

# NIEVES HIDALGO

Alex, la indómita  
sobrina del conde



*Selecta*

Alex, la indómita sobrina del conde

*Nieves Hidalgo*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

# Prólogo

*Londres. 1819*

El intenso olor penetraba por los resquicios de la ventana que aún no se había reparado, desgajada por un rayo que se había colado por ella y recorrido la galería de lado a lado dos noches antes. Por más que intentó sujetar los tablones que, de momento, cubrían los desperfectos, las intensas ráfagas de viento los soltaban una y otra vez. Era como si el cielo hubiera querido castigar Londres durante los últimos quince días: las calles se encontraban casi intransitables y el Támesis, utilizado como alcantarilla de la ciudad, se había desbordado en diversos puntos, provocando que la pestilencia se extendiese por toda la urbe.

Jerome Graham recolocó el tablón y maldijo en voz alta, en un tono tan subido que su reverberación le sobrecogió. Se cerró cuanto pudo el cuello de su levita de paño grueso y se dispuso a acabar la ronda.

No le gustaba aquel trabajo, pero daba gracias por tenerlo; al menos, podía llevar un plato de comida caliente a su casa, lo que ya era mucho después de haberse pasado meses buscando ocupación. Allí se estaba caliente y la tarea no era fatigosa. Sin embargo, tener que deambular solo durante las grises tardes por las distintas salas, una vez cerradas a los visitantes, lo ponía nervioso.

La enorme mansión del siglo XVI en el barrio de Bloomsbury había sido adquirida por el Gobierno a cambio de veinte mil libras, para convertirla en el museo que había abierto al público sesenta años antes, justo el 15 de enero de 1759. El funcionario que lo contrató le aseguró que era una suerte servir de celador en un lugar repleto de cultura y obras de arte, pero a él le importaban poco los libros, manuscritos o cuadros, así como las antigüedades egipcias, griegas, o de donde procedieran. Lo único que le movía a hacer sus solitarias rondas, provisto del candil de aceite, era el digno jornal que permitía comer y vestirse a su familia. Por él, hubiera vuelto a los muelles; entre el barullo de los estibadores no tenía que estar constantemente mirando a su espalda. Allí, por el contrario, el silencio del museo lo impresionaba de tal manera que en cada rincón creía ver figuras que se movían, y con los susurros del aire por cualquier corriente el vello se le ponía de punta.

Sobre todo, aquella tarde. Juraría que había escuchado pasos en la sala donde se exponían los restos egipcios, pero se convenció de que su imaginación, siempre propensa al recelo, le jugaba una mala pasada. ¿Quién iba a colarse en el museo para robar? Todo cuanto se exponía en vitrinas o sobre pedestales era más viejo que Matusalén y la mitad estaba roto. Incluso aquella piedra, que habían traído de lejos y que todo el mundo iba a admirar, no era más que un trozo de basalto lleno de garabatos que ni el más listo podía entender.

Desde luego, si él fuera un ladrón, la casa Montagu sería el último lugar al que entraría a

desvalijar.

Con andar cansino atravesó la sala en la que se custodiaban los famosos manuscritos de sir Hans Sloane, aquel médico y naturalista que dejó en testamento su herencia al Gobierno británico, pasó después por otra anexa que contenía cientos de volúmenes antiguos, y se dirigió hacia la zona del museo en la que se encontraban los restos del antiguo Egipto. Esas salas en concreto eran en las que con más recelo hacía su ronda. Cada vez que entraba en ellas tenía la sensación de que alguien tiraba de su desgastada levita. Procuraba inspeccionarlas lo antes posible, sin detenerse a mirar los ojos vacíos de las estatuas o los cuerpos envueltos en putrefactas vendas que descansaban en las vitrinas.

Comprobado que todo estaba en orden, tomó el camino de las escaleras que bajaban a los sótanos. Allí había multitud de cajas sin abrir, cuadros envueltos en papel aceitado y hasta un féretro de solo Dios sabía la época. Su rutinario trabajo pasaba por confirmar que todo estuviera tranquilo y si, por casualidad, se hubiera colado alguna rata en el recinto, acabar con ella. Alzando el farol por encima de su cabeza recorrió el lugar, miró a un lado y otro, revisó los rincones donde días antes viese algún roedor muerto y regresó hacia las escaleras. Dio un vistazo al reloj de bolsillo, única herencia de su padre, y comprobó que en una hora más acabaría su turno. Peter Sunset lo reemplazaría para hacer el de la noche.

Ascendía ya cuando creyó oír un crujido. Se volvió, levantó el candil y sus ojos atisbaron el lugar. El sonido se repitió. Ya no le cupo duda de que algún infecto bichejo estaba haciendo de las suyas. Renegando entre dientes desanduvo el camino y se armó con la porra que siempre colgaba de su cadera.

—Ven aquí, precioso —dijo a la oscuridad—. Ven con papá.

El silencio lo envolvió como un mal presagio, pero siguió su avance tratando de ubicar al animalejo. Algo se movió detrás de una pila de cajas y Jerome mostró su dentadura mellada forzando una sonrisa, seguro de haber localizado al intruso. Avanzó con cautela dispuesto a aporrearlo, rodeó el féretro de madera pintada y...

Antes de que pudiera saber lo que estaba sucediendo, un objeto contundente chocó contra su cráneo obligándole a sumirse en la inconsciencia.

La figura embozada que lo había dejado fuera de combate pasó por encima del cuerpo, escondió la pequeña estatua que acababa de sustraer bajo los pliegues de su capa y desapareció en la oscuridad.

# Capítulo 1

*Londres. 1819*

Regresar a Londres había sido, sin duda alguna, una de las peores decisiones de su vida.

Lejos de Inglaterra, abstraída por la vorágine que suponía cada hallazgo, el recuerdo doloroso de su desdén se había mitigado, aunque, no por ello, estaba olvidado. Si algo tenía era buena memoria y jamás se lo perdonaría.

La afición de su madre por la cultura egipcia arrastró a su padre, años atrás, a abandonar su trabajo como profesor en Eton para sumarse al equipo arqueológico de Giovanni Battista Belzoni. Ella, por tanto, se había criado a caballo entre Londres y la tierra de los faraones, llegando a convertirse en una aplicada colaboradora.

Como cualquier joven, a veces echaba de menos acudir a las fiestas londinenses, aunque en Egipto no faltaron las veladas en algún hotel o en la mansión de un millonario excéntrico deseoso de agasajarlos. Ella procuraba alejarse de toda la parafernalia que, por costumbre, seguían manteniendo sus padres: acicalarse para las cenas, aunque estuvieran rodeados de dunas y polvo. Lo veía una estupidez suprema, a la que la mayoría de las veces tenía que plegarse para no enfadarlos. Como el esnobismo de Belzoni de tener que utilizar a un capataz de intermediario cuando quería preguntarle algo a uno de los egipcios que achicaban tierra. En más de una ocasión se lo dejó ver porque para ella cualquier hombre era igual a otro, pero el italiano solo sonreía, se encogía de hombros y la dejaba con la palabra en la boca.

Lo que sí echaba de menos cuando no estaba en Londres eran las partidas de ajedrez con su tío, reír con las bromas de su primo Jason y ponerle al día de sus secretos a Nicole, su esposa. No era un bicho raro, como solía decir de ella la condesa viuda en tono jocoso, a la que, a pesar de no ser su abuela, tenía como tal. Pero sí era cierto que ciertas costumbres de la aristocracia no iban con ella. Se encontraba mucho más a gusto enfrentándose a la amplitud de los espacios abiertos y recibiendo el sol en el rostro, que poniendo buena cara a personas que no le interesaban.

Era la vida que deseaba y que le agradaba.

Por desgracia, a pesar de la distancia y el tiempo transcurrido, seguía sin poder evitar que un hombre le quitase el sueño. Uno a quien, parecía haber quedado claro, ella no le interesaba en absoluto.

El trabajo en las excavaciones apenas le había dejado tiempo para pensar en otra cosa que no fuera extraer de las arenas del desierto los vestigios de una civilización milenaria. Pero la actualidad mandaba y hubieron de regresar a Londres para poner al día las inversiones de su padre en la industria textil, interesarse por una fundación en la que colaboraba y estar presentes en la celebración

en honor del heredero de Jason y Nicole, vizcondes de Wickford: Cayden Lionel Rowland. [1]

Sabía que pisar Creston House implicaba volver a enfrentarse a la espiral de emociones que para ella suponía la presencia de Daniel Bridge. Creyó poder controlarlas, que iba a ser capaz de dominar los latidos de su corazón cuando volviera a verlo, mostrarse distante con él. ¡Qué ilusa! Apenas pisar el salón donde todos se encontraban reunidos, aquel estúpido órgano enamorado comenzó a dar saltos en su pecho. Porque él estaba allí, como bien suponía.

Daniel Bridge no solo era el médico de la familia Rowland, sino amigo personal de Jason desde que le salvara la vida durante la guerra, y se contaba con él para cualquier acontecimiento; incluso disponía de una habitación permanente reservada para su uso en Creston House.

Ahogó un suspiro porque, si cabía, lo encontró más guapo aún que cuando se marchó a África por última vez.

Relegó el momento de saludarlo tanto como pudo, dedicándose a repartir sonrisas y abrazos a los demás, consciente de la presencia de Daniel en la sala y de su inevitable reencuentro.

Alto, ancho de hombros, luciendo ese cabello rubio que ella soñó tantas veces con despeinar y aquellos ojos azules que, mal que le pesara, habían invadido sus noches, era imposible obviarlo. Su boca la llamaba como un canto de sirenas y no pudo sino recordar aquella primera vez en que, como despedida, antes de que partieran de Inglaterra, la había besado. Para ella había supuesto un vuelo hasta las nubes, materializar un anhelo tanto tiempo deseado que quiso repetir. Así se lo pidió, como una boba, con los ojos colmados de ilusión juvenil. Como respuesta, Daniel la había apartado de él, dejándola con una sensación de frustración que se prolongó hasta el ridículo por haberse manifestado tan entregada.

Claro que peor fue a su regreso, en aquel maldito baile de máscaras en el que él se presentó disfrazado de Lucifer, todo vestido de rojo, por completo irreconocible, y la abordó cuando buscaba un momento de paz en los jardines. Había tomado su mano para llevarla hacia la espesura, la había besado y luego, cuando ella se encontraba en el séptimo cielo, la había dejado aturdida con una frase que arruinó sus expectativas:

—Sigues besando como una niña.

Evocar el modo en que se burló de ella hizo que se la llevaran los demonios de nuevo. No lo había olvidado, era imposible dejar de lado su desprecio. Se le avinagró el gesto. Y justo entonces, a su espalda, escuchó su voz.

—Hola, Alex.

Se volvió esbozando una sonrisa forzada.

Aunque consiguió mantenerla así, fría y desangelada, dándole a entender que se la dedicaba por puro compromiso, empezó a escuchar en su interior el retumbar de unos latidos que la delataban. Tan fuertes eran que temió que Daniel pudiera escucharlos, así que se ladeó un poco para aceptar la copa de champán que le ofrecía uno de los criados, tratando de darse tiempo y calmarse un poco.

—¿Cómo te va, Bridge? —preguntó de modo escueto, rehusando mirarlo a la cara.

Daniel se mordió los labios para contener una sonrisa por su saludo tan banal. Alexandra no había cambiado en nada, seguía siendo aquella muchacha díscola, empecinada y tozuda. Bueno, sí que notaba un cambio en ella: estaba preciosa, mucho más bonita. Con razón había acaparado su atención desde el mismo momento en que hizo acto de presencia: su cabello rubio claro recogido en bucles, sus ojos vivaces e inteligentes, casi plateados, su estrechísima cintura... Y ¡condenada fuese!, con un escote que magnificaba sus atributos más de lo que él hubiera querido y que le provocó un tirón en la ingle.

Había pasado un año. Un año durante el cual lamentó su ausencia cada día, todos los días. Un largo y maldito año en el que intentó, sin éxito, expulsarla de su pensamiento, dedicándose en cuerpo y alma a paliar las necesidades de quienes acudían a su dispensario gratuito en Whitechapel.

Quería a Alexandra Tanner lejos de su vida porque sabía que no podía aspirar a ella, que no tenía nada que ofrecerle. Él no era más que el hijo de unos obreros que, con tesón, consiguió licenciarse en Medicina. Gozaba de la amistad y la confianza de hombres como el vizconde de Wickford, el vizconde de Maine y el vizconde de Maveric; incluso el conde de Creston, el padre de Jason, lo trataba como a un hijo, y el poderoso duque de Hatfield le honraba con su afecto. Pero no dejaba de ser un plebeyo y ella pertenecía al otro lado.

Sabía que una cosa era mantener una relación cordial con la aristocracia y otra, bien distinta, aspirar a cortejar a una dama. Alexandra Tanner carecía de título, pero no dejaba de ser la sobrina de un conde y la prima de un vizconde.

Sí, la quería lejos de su vida, pero no podía controlar que su sangre se espesara estando cerca de ella.

Su ausencia, lejos de ayudarle a olvidar, se convirtió en su obsesión.

Debería haber rechazado la invitación a unirse a la familia Rowland en la fiesta sabiendo que ella estaría allí. Pero no pudo. En su fuero interno necesitaba volver a ver aquel rostro en forma de corazón, más tostado de lo que la moda exigía a las damas. Alexandra podía no dar la imagen de fragilidad que se requería entre sus iguales, pero estaba encantadora. Y, desde luego, era mucho más mujer que cuando se fue.

—Me alegra que estéis de vuelta —dijo, acercándose un poco más a ella, aprovechando para aspirar la fragancia a rosas que la caracterizaba y tanto había echado de menos.

Las cejas perfectamente delineadas de ella se arquearon.

—No es necesario que disimules conmigo, sé que me quieres a millas de distancia —dijo, en apariencia preocupada por estirar los largos guantes que le llegaban por encima del codo—. Tranquilo, estaremos poco tiempo en Londres, lo justo para exponer las piezas que hemos traído para el museo y dar unas cuantas conferencias.

—¿Te has recortado un poco el cabello?

Siempre lo había tenido precioso y él soñó más de una vez con vérselo libre de las horquillas.

—Es más cómodo. ¿Ahora te interesas por la moda en los peinados? Nunca pensé que te importara

si llevo el pelo largo o voy rapada.

—Mi comentario solo pretendía ser un elogio. Esté o no a la moda ese corte, te queda bien.

—Muy amable, Bridge.

A él, en cierta forma, le molestó que lo llamase por su apellido.

—Qué pronto te has olvidado de mi nombre de pila.

—Seamos francos, *doctor* —enfaticó la palabra para dejarle claro su posición—, es mejor que guardemos las distancias.

—Antes no pensabas así.

—Todo el mundo tiene derecho a cambiar de opinión.

—Desfrunce el ceño, por favor, nos están mirando.

—Por mí, como si salimos en el semanario —repuso con aspereza, negándose a dedicarle una sola mirada—. No me agrada tu presencia.

—No parecías opinar de ese modo no hace tanto, cierta noche...

—¡Ni se te ocurra recordarme aquello, Daniel! —Entonces sí, se volvió para clavar sus ojos plateados en él.

Daniel se permitió una sonrisa victoriosa ante su acalorada reacción. Así era como deseaba verla: belicosa, presta siempre a reaccionar. Le encantaba acicatearla, era muy fácil sacarla de quicio y a él siempre le divertía hacerlo. La Alexandra pusilánime no era ella, no iba con su personalidad, no con la niña que se subiera a los altos como lo hiciera un chico, que se raspaba las rodillas o se enfrentaba a todo aquello que le pareciera injusto.

—Si enfadándote soy capaz de que me llames por mi nombre con tanta pasión, pienso irritarte tanto como me sea posible durante tu estancia en Londres.

Ella lo miró de frente, pero en su mirada no había ni una chispa de humor, muy al contrario.

«¡Maldita sea tu sonrisa y maldito lo que me haces sentir!», pensó la joven.

Dejó su copa sin probar en la bandeja de otro criado que llegaba con más bebida, le dio de nuevo la espalda con aires de reina destronada y le avisó, hablándole por encima del hombro:

—Mantente lejos de mí, Bridge.

## Capítulo 2

La cena se le atragantó. Intentaba esquivar las miradas de Daniel quien, aunque por educación prestaba la atención que correspondía a Aila Matheson, la madre de Nicole, sentada a su lado, no cesó de hacer sentir su presencia en todo momento. Cada vez que levantaba los ojos del plato, se topaba con los suyos. Nunca se había encontrado tan incómoda como aquella noche, deseando que la velada acabara cuanto antes.

Era muy posible que Ian, el hermano de su amiga, al que acomodaron a su derecha, pensara a esas alturas que era una muchacha insociable, porque apenas atendió a su conversación.

Acabada la cena, mujeres y hombres fueron pasando al salón adyacente al comedor, saltándose la norma de que los caballeros se aislasen para fumar y poder charlar degustando una copa de brandy.

Clarence Tanner, sin embargo, se quedó rezagado y pidió a Bridge que lo acompañase a la biblioteca.

Una vez allí, a solas, le confió sus temores en relación con una dolencia que le preocupaba desde hacía días, justo desde que tuviera una caída en el barco de regreso a Inglaterra.

El joven escuchó con atención, asintiendo a la exposición del antiguo catedrático.

—No me atrevo a darle un diagnóstico efectivo sin hacer una exploración, señor. Por los síntomas que me ha confiado me atrevería a afirmar que no se trata de nada más grave que una fisura de costilla a consecuencia, tal vez, del golpe. Sin embargo, me gustaría examinarlo con detenimiento. Mañana mismo, si lo tiene a bien.

—Te lo agradezco, muchacho. ¿Sabes? Ya no soy el hombre que se marchó de aquí siguiendo la estela de la repentina afición de mi esposa por la arqueología. Desde 1805 ha llovido bastante. Catorce años son muchos y empiezo a sentirme cansado, y hasta torpe.

—Salvo esa ligera molestia, me parece que está usted muy sano. Si lo oye su hija dirá que intenta que lo mimen.

—Te agradecería que no le comentes nada de esto ni a ella ni a Florence, son capaces de mantenerme atado a una cama hasta que me recupere.

—Quedará entre nosotros dos, pero, si se confirma el diagnóstico, deberá olvidarse de hacer esfuerzos durante unas semanas.

Una discreta llamada a la puerta los interrumpió. Entró John Till, el mayordomo de Creston House, para entregar una nota a Tanner, que él se apresuró a desdoblar y leer. De inmediato se levantó, guardándola en el bolsillo interior de su levita.

—Lo siento, he de ausentarme. ¿Querrás disculparme ante todos? Señor Till, por favor, ¿puede buscar mi capa y mi sombrero y pedir que me preparen un carruaje?

—Por supuesto, señor —asintió, volviendo a salir.

—¿Qué sucede?

—Ha surgido un incidente en el museo.

—¿Qué tipo de incidente? ¿No puede dejarlo para mañana? No son horas de salir y la condesa viuda va a poner el grito en el cielo si se marcha, lleva planeando esta reunión, junto con Nicole, durante semanas.

—Lo imagino, pero el caso parece importante; regresaré lo antes posible.

—Si no le importa, creo que debería acompañarlo, señor, lo encuentro un tanto alterado.

—No vendría de más.

—¿Acompañarte adónde? —Se hizo presente la voz de Alex que entraba entonces en busca de su padre. No disimuló lo poco que le agradaba encontrarlo junto a Bridge, echándole al joven una mirada arrogante—. ¿Qué le ocurre al señor Till que salía con tanta prisa?

—Le he pedido mi capa, tengo que salir.

Al ver el gesto preocupado de su progenitor Alexandra se acercó a él y le puso una mano en el brazo.

—¿Qué es lo que pasa?

—Te lo contaré a mi regreso, tesoro. ¿Me acompañas entonces, Daniel?

—Por supuesto, señor, cuando quiera.

Tanner intentó escabullirse pasando al lado de su hija, pero la muchacha lo detuvo tomándole del brazo.

—¿Alguno de los dos va a decirme qué ocurre?

—Un contratiempo en el museo. —Se rindió su padre.

—¿Qué contratiempo?

—Al parecer, han atacado a uno de los celadores.

—¡Pero qué...! ¿Lo han herido de gravedad? ¿Se han llevado algo? ¿Han llamado a los agentes?

—No lo sé, Alex. Lo cierto es que no sé nada, deja de hacer preguntas para las que no tengo respuestas. Lo único que puedo adelantarte es que acabo de recibir una nota de Joseph Planta, el bibliotecario principal, para que acuda lo antes posible.

—Pero ¿qué ha pasado con el vigilante?

—No puedo decirte nada más.

—¡Por todos los diablos! —exclamó la joven dando un golpe en el suelo.

—Alexandra...

—Lo siento. —Se disculpó por su espontánea salida de tono, aunque en absoluto se arrepentía, entre otras razones, porque el hecho de moverse entre rudos trabajadores en las excavaciones la había acostumbrado a un vocabulario que allí, en Inglaterra, no dejaba en buen lugar a una dama—. Voy contigo.

—No creo que...

—Voy contigo. Esto me incumbe a mí también.

—Imagino que no voy a convencerte para que te quedes.

—Imaginas bien. Recoge mi capa, daré cuenta a los demás para que no nos esperen y trataré de que mamá no se nos una.

Antes de que su padre pudiera rebatir algo de lo decidido por ella, salió de la biblioteca.

Tanner suspiró con cansancio.

—A veces agota mi paciencia, muchacho. Es como un tifón que nunca se queda quieto dos minutos seguidos.

—En este caso, señor, está cargada de razón.

—Es cierto. Las tablillas encontradas en esta expedición han sido cosa suya. Arriesgó mucho para sacarlas de la maldita tumba que se vino abajo en mitad de los trabajos. De modo que sí, tiene todo el derecho del mundo a saber qué es lo que ha pasado.

A Tanner se lo veía, de todos modos, contrariado. Daniel, por su parte, se alegraba de la nueva situación mientras ambos se encaminaban a la salida. No, desde luego, porque hubiese sido atacado el guardia del museo, sino porque se le acababa de presentar una oportunidad que ni pintada para pasar un tiempo más al lado de aquella arisca muchacha, sin que ella pudiera eludirlo.

Eso sí, a costa de que se resintiera su salud mental, porque no acaba de entender qué era lo que le pasaba con ella. Querer mantenerla alejada y, al mismo tiempo, complacerse por poder disfrutar un poco más de su compañía no era el modo de actuar de una persona cuerda.

## Capítulo 3

Apenas frenó el carruaje, Daniel se apeó y tendió solícito la mano a Alexandra para ayudarla a bajar. Ella, como si no hubiera advertido su galante gesto, lo hizo por sí misma y enfiló hacia la puerta del museo, que se abría para ellos entonces.

Los recibió un hombre alto y fuerte, de edad indefinida, de rostro enjuto picado de viruela, que quedó enmarcado en el haz de luz del candil que levantó para alumbrarse.

—Soy Peter Sunset, a su servicio —saludó con una leve inclinación de cabeza—. Síganme, por favor, el señor Planta y su secretario les aguardan.

Las dependencias estaban a oscuras y a Daniel le dio la impresión de que se adentraba en una enorme cripta.

No era la primera vez que acudía al museo, solía acompañar al conde de Creston, pues ambos estaban interesados por la pintura y existían magníficas obras. Pero nunca lo había hecho rodeado de sombras, lo que le provocó una sensación extraña y hasta inquietante.

Torcieron por uno de los pasillos a la zaga del hombre que los recibiera, hasta desembocar en un cruce de corredores. El celador torció por el de la derecha, llegó hasta la puerta por debajo de la cual se filtraba luz y aplicó los nudillos a la madera. La empujó tras escuchar el oportuno permiso y les cedió el paso, entrando él luego y cerrando a su espalda.

Nada más verlos aparecer, el responsable del museo se levantó, rodeó la mesa del despacho y fue hacia ellos con la mano extendida para estrechar la de Clarence. Se trataba de un individuo de aspecto serio, labios finos y ojos algo hundidos, cuyo rasgo distintivo a primera vista era su cabeza desprovista de cabello, salvo en la nuca. Su anodina apariencia ocultaba, sin embargo, una personalidad fuerte y un cerebro despierto.

—Gracias por venir con tanta premura y a horas tan intempestivas, profesor.

—Su nota era alarmante, hablaba de un herido.

—Me temo que el caso lo sea, amigo mío. Señorita Tanner, siempre es un placer tenerla aquí, aunque sea en estas circunstancias —saludó a la joven, tomando su mano enguantada entre sus dedos e inclinándose, sin llegar a besarla.

—Me he tomado la libertad de que nos acompañe el doctor Bridge —señaló Clarence al joven médico.

—Agradezco que haya venido, doctor, aunque la persona herida ya está en su domicilio. Permítanme presentarles a mi nuevo secretario, el señor Henderson.

Los tres repararon entonces en el hombre que salió de las sombras, de mirada torva, cabello pajizo y exageradamente cargado de hombros. Lo saludaron con un movimiento de cabeza.

—¿Se ha despedido el señor Smith? —Quiso saber Tanner, refiriéndose al hombre que ocupase el cargo con anterioridad.

—Lamento decirle que falleció. —Movi6 la cabeza con pesar—. No teníamos ni idea de que estuviera enfermo, fue una sorpresa. Debió sufrir un mareo debido a su afección y... Lo encontraron flotando en el Támesis tres días después de que diera aviso por su repentina desaparición.

—Es una tragedia.

—Estimaba de veras a ese cascarrabias. Pero siéntense, por favor —pidió al percatarse de su falta de modales como anfitrión—. ¿Les apetece algo de beber?

Negaron y Planta ocupó de nuevo el sillón tras el escritorio. Cruzó los dedos de las manos sobre la mesa y los fue mirando de uno en uno, en tanto el secretario se colocaba a su derecha.

—¿Qué ha sucedido exactamente, señor? —preguntó Alexandra, dándole vueltas a la muerte de Smith; nunca había conocido a un hombre tan sano como él.

—El señor Graham, el celador que cubre el turno de la tarde, ha sido agredido mientras efectuaba su ronda. —Levantó una mano para atajar la pregunta que ella estaba a punto de hacer—. Se encuentra fuera de peligro, no se preocupen, solo tiene una pequeña brecha en la cabeza y, por descontado, un susto monumental.

—¿Pudo ver al agresor?

—Me temo que no, lo atacaron por la espalda.

—Su nota se refería también a la posibilidad de que se hubieran llevado alguna pieza del museo —intervino entonces Clarence.

—Es más que una posibilidad —aseguró entonces Henderson con un tono de voz aflautado y desagradable.

—Les agradeceríamos que nos ayudaran a revisar la contribución que ustedes y el señor Belzoni acaban de hacer, tengo aquí los albaranes —dijo Planta, sacando una carpeta de uno de los cajones—. Con la preocupación por nuestro empleado, no hemos tenido oportunidad de hacerlo.

—¿Por qué ha dicho que es más que posible que hayan robado algo?

—Hemos echado en falta una pequeña estatua de Maat que teníamos preparada para su exposición, junto con otras seis, la semana próxima —explicó Henderson de mala gana. Se notaba que no le agradaba en absoluto tener que dar explicaciones a personas ajenas al museo.

—Por lo que nos cuentan, no se ha llamado a los agentes.

—Bueno... —dudó el aludido mirando a Bridge—, no, todavía no.

—Preferiríamos que, de ser posible, los diarios no estuvieran al tanto de lo ocurrido, al menos hasta confirmar nuestras sospechas sobre lo que realmente se ha sustraído —terció Planta—. Mi secretario me ha hecho ver lo imprudente que sería una nefasta publicidad. La noticia saldría en los periódicos y admitiríamos que cualquier desaprensivo puede colarse en el museo con total impunidad.

—Es que se han colado, señor —intervino Alex.

—No podemos negarlo, para nuestra vergüenza. Pero lo más acertado es guardar silencio sobre este desagradable asunto, al menos por ahora. —Tanner señaló con disimulo al celador que permanecía de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, junto a la puerta—. El señor Sunset goza de nuestra completa confianza, al igual que el señor Graham, por supuesto.

—Perdonen que me inmiscuya en lo que no me concierne e insista, señor —apuntó Daniel—, pero el asunto requeriría la intervención de la Ley. A fin de cuentas, se ha cometido un hurto, con agresión y lesiones a uno de sus empleados. Y aunque así no hubiera sido, no deja de ser un asalto a una dependencia pública.

—Tenga por seguro que los llamaremos si es necesario, caballero —aseguró el secretario en tono seco.

—Esa pieza que dicen haber echado de menos, ¿era de las consideradas de gran valor?

Alexandra lo miró como si acabaran de salirle dos cabezas.

—Una estatua de Maat, la diosa egipcia de la justicia, de hace miles de años, tiene un valor incalculable, doctor Bridge —respondió el aludido con un gesto despectivo en sus finos labios.

Daniel entendió la réplica como una pulla del sujeto, por una parte, y una silenciosa recriminación de la muchacha en su mirada, por otra. En ambos casos, le sentó como un tiro.

—Mis disculpas por ser un lego en la materia —dijo molesto, con los ojos clavados en ella—. Pero con más motivo...

—No discutamos, por favor —medió Tanner, poniendo fin a la controversia—. Señores, creo que lo prioritario sería averiguar si se han llevado algo de lo que hemos traído en este viaje.

—Pongámonos entonces en marcha —continuó Planta, viendo que contaba con el acuerdo de todos. Abrió otro cajón antes de levantarse, asió una pistola con la culata de marfil y se la entregó al celador. A Daniel le pareció más un objeto de exposición que un arma efectiva—. Señor Sunset, lleve a cabo su ronda como es habitual. No tengo que decirle que, de ser necesario, haga uso del arma sin contemplaciones. Estaremos en el sótano.

## Capítulo 4

—Has fallado, Maine. Te toca, Daniel.

Bridge aplicó la tiza por la base de cuero de su taco, pero sus pensamientos estaban muy lejos del salón de juegos en el que Jason Rowland, Alan Chambers y él se distraían con una partida de billar. Solían hacerlo con cierta asiduidad, sin más interés que pasar el rato. Rowland se inclinaba a pensar que el entretenimiento provenía de Devigne, un artesano de la corte francesa de Luis XV, pero Chambers defendía que el juego era un invento inglés, y en esa discusión estaban enredados desde que los conociera.

—Te toca, Daniel —repitió el vizconde de Wickford.

El joven doctor continuó ensimismado, rememorando con insistencia la actividad de Alexandra en el museo: repasando los albaranes de entrega bajo la tenue luz de las lámparas de gas; evaluando entre sus manos tablillas de arcilla que el más liviano golpe podría convertir en polvo, con tanto cuidado como si manejara a un niño de pecho; acariciando con embeleso vasos canopos... La había visto tan centrada en el trabajo, tan diligente y activa, que no pudo por menos que admirarla.

Mientras Planta, Henderson, Tanner y ella revisaban cada objeto, hasta comprobar que todo cuanto habían reunido en su última expedición se encontraba allí al completo, él tuvo la sensación de estar de más, un intruso en tal lugar.

Tenía la necesidad de estar cerca de ella, aunque no se dignara dirigirle ni una sola mirada. Pero viéndola inmersa en su trabajo le golpeó de nuevo la convicción de que no era para él, de que los separaba todo un mundo.

A su lado era un cero a la izquierda.

—¿Se puede saber en qué demonios estás pensando?

El elevado tono con que le hablaban, acompañado de una buena palmada de Maine en su hombro, le hizo reaccionar. Miró a sus compañeros como si acabara de darse cuenta de que estaban en el salón, y chascó la lengua a la vez que abandonaba el taco sobre la mesa.

—Lo siento. —Se pasó la mano por el cabello con gesto nervioso.

—¿Qué te sucede? No has sido capaz de hacer una carambola, estás fuera de esta habitación.

—Por completo —admitió.

—De haber habido algo en juego hubieras perdido hasta la camisa. Ahora bien, si estás preocupado por un asunto de faldas, somos todos oídos, para eso están los amigos, ¿no te parece? —bromeó Jason dejando también su taco, convencido de que era inútil continuar con la partida.

«Si tú supieras de qué faldas se trata...», pensó Daniel.

Hacía tiempo, cuando Alexandra y sus padres regresaron a Egipto, Jason y él habían mantenido

una fuerte discusión. Rowland, en aquellos momentos, se encontraba bajo los efectos del alcohol debido a la repentina desaparición de quien, no mucho después, se iba a convertir en su vizcondesa. Sí, Nicole había abandonado Creston House dejándole tan solo una simple nota. Nunca había visto a su amigo tan hundido, tan desesperado y tan fuera de sí; tanto, que parecía actuar como un poseso.

Él le había recriminado ciertas cosas y Jason, preso de una furia con la que pretendía culpar al mundo entero de su desgracia, lo censuró a su vez a él, tildándolo de cobarde.

Estuvieron a un paso de llegar a las manos.

Jason le echó en cara su falta de decisión por no haber sabido retener a Alex en Inglaterra, por no atreverse a decirle a su prima lo que sentía por ella y por no ir en su busca al fin del mundo. Demasiadas culpas que tuvo que admitir y, en consecuencia, para las que no tuvo réplica.

Lo malo era que seguía sin decidirse, porque en relación con Alexandra se comportaba como un maldito cobarde. Pero prefería ahogarse en su flaqueza que confesarle a ella sus sentimientos, tan convencido estaba de que no lo había visto nunca como algo más que un amigo de la familia. A veces había coqueteado con él, era verdad, lo había mirado con ojos tiernos... El juego de una adolescente a la que no le desagradaba obtener la admiración de los caballeros, solo eso. Al menos él lo había entendido así siempre. Porque Alex podía ser como una yegua desbocada, pero no dejaba de ser una mujer, y a cualquier dama le agradaba sentirse deseada.

Por mucho que en aquel entonces Jason le asegurara que ella lo apreciaba más de lo que él pensaba, nunca lo creyó, prefirió considerar que tal afirmación solo había sido fruto de la terrible borrachera.

—No es nada tan frívolo, Wickford —mintió, porque por nada del mundo le diría lo que le pasaba—, es que no se me va de la cabeza el asunto del robo en el museo.

Maine tiró su taco sobre el tapete, lo agarró del brazo y le hizo sentarse en uno de los sillones, ocupando el contiguo.

—Se han llevado una estatuilla. Y es muy valiosa. De acuerdo. Todos los días hay robos en el mundo, no veo la razón para que te obsesiones con una cuestión que, además, no te concierne.

—Cierto. En todo caso debería ser mi tío el que estuviera preocupado por ello —le apoyó Jason—, y yo diría que él no lo está en demasía.

—No sé... Me siento intranquilo cada vez que pienso en ello, noto algo raro en la boca del estómago, no puedo explicarlo. —Era cierto, tenía la premonición de que el robo acarrearía problemas.

—Recétate unas pastillas, para eso eres médico —se mofó Maine.

—¿Alguna vez te han dicho que te vayas al infierno?

—Barbara a cada momento, amigo. —Alan sonrió al recordar los ojos verdes de la mujer que fue su pupila y le había robado el corazón.<sup>[2]</sup>

Rowland, entretanto, sirvió tres copas de brandy, entregó a cada uno la suya y se repantingó en otro sillón.

—¡Ah, las mujeres! —Suspiró exageradamente—. Acabarán con nosotros, pero ¿qué íbamos a hacer sin ellas?

—Vivir más tranquilos. —Se apresuró a asegurar Daniel vaciando su bebida de un solo trago, tratando de que se le evaporara de la mente el rostro de Alexandra, un rostro que se volvía a hacer presente.

—Hablando de nuevo del museo... Maveric estará de vuelta en unos días; podría encargarse de fisgar por ahí, a ver si se entera de algo, ya sabes que es un sabueso de primera y con multitud de contactos.

—Podrías hacerlo tú —sugirió Maine—, tampoco estás en pañales si se trata de meter las narices en los bajos fondos.

—¿Por qué ha de ser cosa de los bajos fondos? Según dice Daniel, no tienen idea de quién se llevó esa condenada estatua. En cuanto a mí, prometí a Nicole que no volvería a aceptar ningún trabajo similar, ahora soy esposo y padre, caballeros. —Elevó su copa a modo de brindis y bebió un trago.

—Alan tiene razón al deducir que puede haber sido en ese ambiente donde se haya vendido la estatua —dijo Daniel—. Existe una auténtica euforia por cualquier objeto que provenga de Egipto, mucho más desde que Belzoni encontró el busto de Ramsés II. ¡Si hasta hay mujeres que se hacen adornar el bajo de los vestidos con jeroglíficos y caballeros que encargan imágenes de faraones en piedra para sus jardines!

—Cierto. Como lo es que en el mercado negro esa pieza seguro que se vendería por una fortuna —concedió el vizconde de Wickford—. Pero no seré yo quien arriesgue el cuello por dar con el ladrón. Mucho menos si el propio Joseph Planta, el bibliotecario principal, se resiste a que intervengan los *runners*.

—Creo que es un error.

—Lo sea o no, es su decisión. —Abandonó su asiento y dejó la copa—. Dado que, por lo que veo, no vamos a seguir jugando, voy a ir a ver qué está haciendo mi heredero. Imagino que os quedaréis a cenar.

—Barbara me espera —se excusó Maine.

—Yo he de pasarme a comprobar si ha llegado el pedido que hice para mi clínica, así que dormiré en casa —repuso Bridge.

—Tienes ganado el cielo atendiendo a todas esas pobres gentes de Whitechapel.

—También vosotros, por colaborar en la empresa.

—¡Tonterías! —Rowland movió la mano como si espantara a una mosca, aunque al médico no se le pasó por alto que un ligero rubor teñía sus mejillas.

—¡Bobadas! —desechó a su vez Maine, queriendo mostrar la imagen de un hombre frívolo, que Bridge sabía no era.

Conocía a ambos desde hacía mucho y no lo engañaban. Tanto uno como otro hacían todo cuanto

estaba en su mano para paliar las necesidades de los pobres, al igual que sus esposas. A él podrían arrancarle la piel a tiras y sería incapaz de traicionar a cualquiera de los dos. Desde que los tres se jugaran la vida en Leipzig luchando codo con codo contra las tropas de Napoleón, se había creado entre ellos un vínculo indestructible.

—Os aprecio a ambos, ya lo sabéis —dijo.

—Tonterías —repitió Rowland.

—Bobadas —remachó Maine.

## Capítulo 5

Alexandra giró la espita de la entrada del gas de la lamparilla para aumentar la claridad, centrándose una vez más en las anotaciones que llenaban las páginas del cuaderno, porque en su fuero interno hubiera jurado que algo se le escapaba.

Un cuaderno, por cierto, bastante curioso, distinto a los que solían utilizarse: las cubiertas eran de piel oscura, las hojas rayadas habían sido perforadas en el lateral izquierdo, y un grueso y brillante cordón rojo unía todas ellas. La redondeada y pulcra letra con que estaba anotado cada objeto daba fe de un trabajo escrupuloso. Sin duda alguna, Henderson era un sujeto bastante más detallista que su predecesor.

Pero la cuestión era que no acababa de centrarse, las letras se le emborronaban tras las lágrimas.

No debería haber permitido que su padre tomara parte en el tedioso trabajo de cotejar tantas piezas, aunque ¿cómo iba ella a imaginarse lo que le sucedía? Había heredado la terquedad de Clarence Tanner, de modo que lo conocía bien: ni estando a las puertas de la muerte hubiera permitido que lo dejaran al margen. Al acabar, bien entrada la noche, estaba un poco pálido. Ella no le había dado mayor importancia entonces, pero, después de lo que sabía...

El doloroso recuerdo de lo acontecido la tarde anterior le desvanecía toda concentración en lo que hacía, de modo que acabó por dejar el cuaderno a un lado para evocar lo sucedido, aguijoneada por una punzada de angustia que le oprimía el pecho.

Daniel se había presentado en su casa sin previo aviso. Fue recibido por su padre y, dirigiéndose ambos a su despacho, este comentó someramente algo acerca de hacerle una consulta sobre asuntos relacionados con la fundación de la que era miembro. Su madre, ocupada en organizar al servicio recién contratado para poner la casa en orden después de tanto tiempo deshabitada, no les prestó demasiada atención. A ella, sin embargo, no solo le extrañó, sino que le molestó en grado sumo la presencia de Bridge.

Por puro despecho.

Había estado soñando con él durante la noche y lo último que quería era verlo en persona. De todos modos, ya estaba allí, nada podía hacer.

Bien pensado, su padre se tomaba interés por el buen funcionamiento de la institución creada hacía dos años para la investigación de enfermedades como la tuberculosis, que afectaba sobre todo a la población hacinada de los suburbios. Era normal pues, que, como médico que era, buscara la opinión de Daniel de primera mano.

Salieron un rato después y su madre ofreció que tomaran una taza de té en el salón. Al finalizar, Daniel le había propuesto dar un paseo. Su madre la había animado a salir, ya que llevaba todo el día

ayudando en la puesta en marcha de la casa, y su padre descolgó la capa del perchero para tendérsela con una sonrisa cómplice. Al parecer, sus progenitores se habían puesto de acuerdo para lanzarla a los brazos de Daniel, así que no encontró modo de despacharlo sin descubrirles lo tirante que estaban las cosas entre ellos. Ambos estimaban al joven más de lo que dejaban ver, y sabía, porque ya había sucedido otras veces, que le darían la razón a él. Para sus padres, Daniel era el paradigma de la integridad y ella tenía fama de rebelde.

Tomó pues la capa, guantes y bolso, y echó a andar sin esperarlo. Al menos, podía demostrarle que la fastidiaba tener que acompañarlo.

Tan pronto estuvieron lejos de la atenta mirada de su madre a través de la ventana, y aprovechando que la sirvienta que les habían endosado como carabina iba varios pasos detrás de ellos para permitirles un cierto grado de intimidad, le preguntó:

—¿Tan importante era la consulta que tenía que hacerte mi padre como para venir a casa?

—Depende de cómo lo veas. Me ha propuesto ocupar un cargo en la Collins Foundation.

—¿De veras? ¡Vaya, es todo un premio! Se ve que mi padre bebe los vientos por ti, no lo disimula.

—El aprecio es mutuo, lo sabes.

No mentía. Ni en cuanto al afecto que sentía por los Tanner, ni respecto a la noticia. Clarence se lo había dicho nada más encerrarse en el despacho, antes incluso de permitir que lo examinara. Según le comentó, el asunto estaba hablado con el resto de miembros y todos estaban de acuerdo en insuflar sangre joven en la institución.

Era un honor que no esperaba y que lo dejó aturdido. El salario sería más anecdótico que profesional, pero tampoco le hacía falta más de lo que tenía: lo que ganaba como médico personal de los Rowland, atendiendo las dolencias de algunos lores y las inversiones efectuadas en la empresa de Jason, que crecía exponencialmente, le procuraban una vida acomodada.

Lo relevante de ser miembro de la fundación creada por Donald Collins, marqués de Hadden, era el prestigio que ganaría entre la sociedad médica.

Ni había aceptado el ofrecimiento ni lo había rechazado, de todos modos. Debería pensarlo con detenimiento y ver si podía solaparlo con su dispensario, que no quería desatender.

Daniel no le dio a Alexandra más explicaciones, se limitó a subirse las solapas de su abrigo y caminar a su lado un trecho. Sin embargo, le había pedido que dieran una vuelta por una razón y debía afrontarla. Con un deje de preocupación en la voz, la puso al corriente del verdadero motivo de su visita.

—Tengo que serte sincero: tu padre tiene problemas con su corazón.

Ella se quedó clavada donde estaba y lo miró con los ojos muy abiertos sin encontrar palabras. Se le había formado un nudo en el estómago que iba subiendo hacia su garganta, ahogándola.

—Pero...

—En mi opinión, así, *a priori*, por los síntomas que he podido ver, dudo que sea algo grave — tranquilizó Bridge, tomándola del codo e instándola a seguir caminando, achacando el repentino

temblor de la muchacha a la noticia—. Hasta que sepamos algo más no debe hacer esfuerzos de ningún tipo. Quiero que un experto en esta clase de dolencias corrobore mi diagnóstico, pero, de momento, deberá tomarse la vida con más calma.

—Tiene apalabradas varias conferencias y sabes cómo es. No querrá...

—Me refiero a meterse en una excavación, Alex, no a dar una charla.

—Comprendo. Así que, la verdadera causa por la que te ha hecho venir era para hablarte de su enfermedad.

Las pupilas casi plateadas de Alexandra habían tomado un tono gris humo aderezado por un puñado de lágrimas. A él le hubiera gustado tomarla entre sus brazos, calmarla y asegurarle que todo estaba bien, que no debía preocuparse, pero no podía mentir. Aunque había prometido a Tanner guardar silencio, lo conocía lo suficiente como para entender que, si no lo controlaban, pronto dejaría de lado sus consejos. Sabía que, para un hombre activo como Clarence, no era aceptable la inmovilidad.

Él, como médico, ni quería ni debía cargar con la responsabilidad de un presumible empeoramiento, de consecuencias impredecibles.

—Durante la cena en Creston House ya me comentó que estaba cansado y notaba alguna molestia. Como me habló de un pequeño percance durante la travesía de vuelta a Inglaterra, lo achaqué a eso, pensando en algo sin mayor importancia. Me ofrecí a examinarlo.

—¿No puedes estar confundido? Mi padre siempre ha tenido una salud de hierro.

Se resistía a admitir su diagnóstico, aunque, en el fondo, sabía que Daniel era un excelente profesional. Ocurría que la confianza había resultado tan dolorosa que le hubiera gustado abrazarse a él y consolarse al calor de su pecho, en lugar de hacerse la fuerte.

—Sabes que la medicina no es una ciencia exacta y puedo errar en mi valoración previa. Pero no lo creo. En cualquier caso, no te preocupes, nos sacaré de dudas alguien más capacitado que yo, un triste médico de familia.

A ella no le gustó que se infravalorara. Conocía el hecho de que fue él quien curó la pierna de su primo Jason durante la guerra, cuando nadie daba un penique por su vida. No solo le había conservado la pierna, sino curado una depresión tan profunda que solo pensaba en morir antes de aceptarse como un inválido. Nadie ponía en duda que Jason le debía la vida.

—Me fío más de tu criterio que del de cualquier otro —le aseguró, mirándolo de frente, olvidando por un momento su animosidad hacia él.

—Te lo agradezco, pero es mejor ponerse en manos de quien es más apto para tratar a tu padre.

—¿Que sería...?

—Conozco a uno de los mejores especialistas de Inglaterra, el doctor Jonathan Maxtell. Tuve el honor de estudiar con él. Ahora está retirado de la docencia y vive en Glasgow, pero contactaré con él y pediré que venga lo antes posible. Mientras tanto, el doctor Penrose, el médico personal de los Chambers, podría darnos también su opinión.

—No digas tonterías. Ese hombre está muy lejos de tu nivel, Daniel. —Casi lo regañó, limpiándose los ojos con un pañuelo que se guardó después en el bolsito bordado que colgaba de su muñeca.

—Me encanta tu confianza en mí, Alexandra, aunque no debemos cerrar puertas antes de abrirlas, ¿no crees?

—En esta cuestión estoy de acuerdo, sin duda. Pero que tú y yo seamos como el agua y el aceite, no quiere decir que no reconozca tus méritos profesionales.

Entre ellos se instaló un silencio cómplice, al menos, de momento. Esa era una de las pocas cosas en las que solían coincidir: en que, a veces, no hacía falta hablar para entenderse.

Alex agradeció que él no dijera nada, dando por sentado que estaba digiriendo su último comentario. De paso, que le dejara tiempo para asumir que su padre, a quien siempre vio como un hombre vigoroso y activo, estaba enfermo. Y no se trataba de un simple resfriado, sino de su corazón.

Caminaron durante varios minutos, ella absorta en pensamientos sombríos, haciendo esfuerzos para asimilar una realidad que nunca se planteó: la del declive del hombre que le había dado la vida.

—Tu padre me ha hecho prometer que os mantendría al margen a tu madre y a ti. —Rompió Bridge el silencio.

—Pues yo te agradezco que me lo hayas contado.

—No me gustaría que supiera que he traicionado su confianza.

—No has traicionado nada, has actuado como un amigo. Está enfermo, por amor de Dios, no podías guardar silencio.

—Lo cierto es que, de no temer que no siga los consejos que le he dado y empeore, no hubiera faltado a mi juramento hipocrático.

—Lo sé. Tú y tus principios. Serías capaz de dejar que te cortaran la cabeza con tal de no romperlos.

—Lo sería —aseguró muy serio.

—Algunas veces, solo sirven para escudarnos tras una actitud que nos resulta cómoda, y hay que saltárselos, como tú acabas de hacer. Lo que, desde luego, te agradezco.

—¿Qué estás intentando decirme?

—Que sé que también te dejarías guillotinar por mis padres.

—Siempre tiendes a exagerar.

—¿Tú crees? En fin, puedes estar tranquilo, no le diré nada de esta conversación.

—¿Y si te preguntan de qué hemos estado hablando?

Ella lo miró dibujando una media sonrisa en los labios y, queriendo quitar un poco de hierro a la conversación, porque estaba a punto de echarse a llorar, bromeó:

—¿Qué tal si les digo que te estás planteando pedirme en matrimonio?

Bridge apretó los dientes. Qué fácil le resultaba a ella tomarse todo como un juego. Si supiera lo que en realidad sentía por ella... Si tuviera una mínima idea de cuánto la deseaba...

«Si no fueras la maldita sobrina de lord Creston...», se flageló él.

—Voy a pedir que le preparen un medicamento a base de espino albar, debes procurar que se lo tome —repuso con gesto serio, haciendo caso omiso a una chanza que dolía.

—Te lo agradezco de nuevo. Es muy propio de mi padre guardarse los problemas para él solo. Lo tendré vigilado y me encargaré de que se cuide. Y ahora, si no te importa, me gustaría regresar.

A las puertas de la casa, Alexandra instó a la muchacha que los había acompañado a entrar. La chica así lo hizo, dejándolos a solas unos instantes. Se volvió entonces hacia Daniel, puso una de sus enguantadas manos en el pecho masculino y musitó:

—No me extraña que mi padre se sienta orgulloso de ti y quiera que formes parte de la fundación. Gracias, de verdad.

Ella mantenía una mirada triste que él quiso desterrar de su cara: envolvió aquella mano en la suya apretándola contra su corazón, y con la otra acarició su mejilla, enjuagando una lágrima. Le bullía la sangre por volver a besarla.

Porque no había olvidado aquellos besos robados en el jardín. Parecía que hubiera sido mil años atrás, pero no, tenía muy viva la tersura de sus labios, la dulzura de su lengua y el arrebató febril, nunca vivido, con que deseó tomarla allí mismo, entre los parterres, al abrigo de las sombras de la noche. Solo su fuerza de voluntad y la inocencia de ella le había librado de un comportamiento despreciable, que jamás se hubiera perdonado.

Cerró los ojos, desechó de sí toda lascivia y suspiró hondo para calmarse. Liberó la mano de Alexandra y colocó la suya en mitad de su espalda, conminándola a que entrara en la casa.

—Buenas noches.

Volviéndose ya para marcharse con sus demonios particulares, ella lo llamó.

—Daniel...

Alex dio dos pasos hacia él, se aupó sobre la punta de sus zapatos y lo besó en la mejilla.

Fue un beso de simple agradecimiento, como la caricia de una pluma. Pero a Bridge le causó el mismo impacto que le hubiera producido un disparo.

Se quedó aturdido y confuso, consciente a su pesar de que los pantalones se le estrechaban en la entrepierna, mirando que la puerta se iba cerrando tras ella.

## Capítulo 6

—¿Necesita algo, señorita Tanner?

La voz, por inesperada, la asustó y sacó de su abstracción, esfumando los recuerdos del día anterior, haciendo que regresara al presente y al sótano del museo.

Atisbó entre las sombras hasta descubrir la figura encorvada del inoportuno visitante. ¿Por qué aquel hombre tenía que aparecer siempre como si fuera un maldito fantasma? Se pasó una mano por el entrecejo, suspiró, movió los hombros para rebajar la tensión de los músculos agarrotados y se recostó en el respaldo de la silla que había ocupado durante horas.

Algo no estaba bien. No acertaba a saber qué era, pero sabía que su instinto no la engañaba. Todo parecía correcto, sí, la fecha de entrada, la pieza, la descripción, la procedencia. Sin embargo, había algo en el dietario que no terminaba de ver.

—Nada, muchas gracias, señor Henderson —contestó—. Acaso encender una lamparilla más, si puede ser, está oscureciendo y apenas entra claridad por los tragaluces.

—Debería descansar —aconsejó el secretario de Joseph Planta, acercándose a ella—, va a estropearse la vista y tiene unos ojos preciosos.

—Lo dejaré pronto.

Lo observó con atención mientras trajinaba en un mueble cumpliendo su solicitud, desconcertada por su insólita galantería. No parecía un hombre dado a los requiebros, más bien alguien tan taciturno que no se expresaba en otros términos que no fueran los de la reserva. Le agradeció con una sonrisa que dispusiera para ella otra lámpara. A la luz de la nueva llama, Henderson ya no aparentaba ser una figura tan tenebrosa.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor, gracias.

—¿De veras no quiere tomar algo? Puedo bajarle un poco de té y unas pastas antes de irme.

—No es necesario, de verdad.

—No sería molestia.

—Me marcharé dentro de unos minutos.

Norman asintió y se fue hacia la puerta. Con la mano ya en el picaporte, se volvió hacia ella.

—¿Ha conseguido encontrar algo interesante?

Alexandra estuvo tentada de decir que era posible, pero prefirió guardar silencio acerca de sus dudas, puesto que solo eran eso: dudas.

—Nada, por el momento.

—Lo contrario, desde luego, sería preocupante para mí, señorita Tanner —aseveró él con voz un

tanto aguda—, porque pondría en entredicho mi profesionalidad como secretario.

—No tiene que preocuparse por eso, señor Henderson. El señor Planta confía por completo en su trabajo, y yo estoy convencida de que lo hace a conciencia.

—Entonces, con sinceridad, no entiendo por qué continúa revisando el dietario.

—Digamos que soy un poco maniática —sonrió.

—Bien. Si no necesita nada más de mi humilde persona... Sunset le abrirá la puerta trasera cuando decida marcharse.

—Buenas tardes, señor Henderson.

De nuevo a solas, dio un último vistazo al cuaderno y, minutos más tarde, acabó por cerrarlo. Era inútil perder más tiempo en aquello, así que guardó todo en su lugar, se puso los guantes y la capa y salió de allí.

Sin embargo, durante el trayecto hasta su casa, mientras el carruaje traqueteaba por las calles y escuchaba a medias la cháchara de la criada que habían enviado para acompañarla de vuelta, la obsesión de que había omitido algo importante no se le iba de la cabeza.

## Capítulo 7

La sala más amplia del museo relucía bajo las lámparas de gas. A la vista de todos, con las luces incidiendo sobre ellas, se mostraban las últimas reliquias adquiridas: tablillas, papiros, vasijas, diversas estatuas de mayor o menor tamaño, incluyendo hasta los restos de un sarcófago de madera de pino laminada en oro. Una exposición que había despertado la curiosidad de muchos de los invitados y que, después de aquel día, ocuparía un lugar más discreto en un museo que se estaba quedando pequeño. De hecho, ya se especulaba con la posibilidad de volver a ampliarlo porque, de acuerdo con algunos rumores, el mismísimo heredero del trono tenía intención de trasladar allí su magnífica biblioteca.

Para amenizar y obsequiar la asistencia de los distinguidos concurrentes, se habían instalado largas mesas junto a una de las paredes, cubiertas con manteles blancos, donde reposaban bandejas de exquisitos canapés, pastelillos variados y bebida, que invitaban a su degustación.

Joseph Planta no había reparado en gastos para que el acontecimiento fuese memorable, y los presentes, la mayoría de los cuales cooperaba en la conservación del museo, aguardaban la aparición de los convidados principales, Belzoni y el matrimonio Tanner, mientras admiraban los tesoros y cuchicheaban.

Dada la situación, Giovanni Battista Belzoni acudió acicalado como un auténtico caballero inglés: traje oscuro, camisa prístina, pañuelo perfectamente anudado al cuello, y hasta un bastón de ébano cuya empuñadura era una cabeza del dios Horus. Alexandra, acostumbrada a su trato diario en la arena del desierto vistiendo chilabas y turbantes, se sorprendió de su elegancia. Incluso cuando habían disfrutado de alguna fiesta en El Cairo, solía vestirse de aquel modo. Sin duda alguna, se mostraba impresionante: cabello oscuro, enorme mostacho y unos ojos de mirada penetrante, que parecían leer dentro de las personas.

Tanner vestía tan sobrio como siempre, aunque Alex lo encontró guapísimo; le sentaban muy bien las canas que empalidecían sus sienes. En cuanto a su madre, estaba radiante con un vestido de terciopelo azul oscuro y su espeso cabello recogido en un moño bajo que realzaba su porte aristocrático.

Nada más hacer acto de presencia, los allí reunidos prorrumpieron en una salva de aplausos que insuflaron en el pecho de Alexandra una descarga de orgullo. Se había negado a hacer su aparición junto a ellos, no era más que una discípula sin otro mérito que el de amar su trabajo; los honores del acalorado recibimiento no le correspondían, por eso había preferido adelantarse para ir al museo.

Tras el trío, guardando distancia para no opacar su protagonismo, caminaba Marco Varone. Hermano de un amigo de juventud de Belzoni, se había unido al grupo arqueológico meses antes, y

ella tenía que reconocer que era un erudito en lo referente a Egipto. Y un hombre apuesto. De una edad aproximada a la de Giovanni, destacaba por su apariencia elegante y desenvuelta. Su cabello negro relucía bajo los haces de luz y sus ojos, tan azules como el cielo en primavera, herencia de su madre holandesa, acapararon enseguida la atención de todas las mujeres.

En cuanto localizó a Alexandra se dirigió hacia ella y se inclinó con galantería sobre la mano enguantada que le ofrecía, dedicándole una sonrisa que hubiera derretido a no pocas de las damas allí presentes.

—No deberían dejarla salir de aquí, señorita Tanner. —Su voz era de tono ronco y seductor, de hombre que sabía que gustaba a las mujeres y sacaba partido de ello—. Una belleza como usted tendría que ser exhibida en un museo como este.

—¿No cree usted que resultaría muy, pero que muy aburrido? —Rio ella de buena gana, consiguiendo retirar la mano que él mantenía apresada entre sus largos dedos—. Permita que le presente a un amigo de la familia: el doctor Daniel Bridge.

Daniel, por su parte, que había advertido con desagrado la admirativa mirada del sujeto al escote de Alexandra y escuchado su azucarada adulación, le ofreció la mano, que el otro estrechó de inmediato.

—Los amigos de Alexandra son mis amigos, doctor.

La manida frase le pareció a Bridge tan poco original que miró de soslayo a la joven, y ella asintió devolviéndole una disimulada y divertida sonrisa.

—De modo que es usted otro de los afamados arqueólogos que han dotado a Londres de maravillosos descubrimientos.

—*Mi piacerebbe esserlo*. Disculpen mi expresión en italiano, quiero decir que me gustaría ser famoso, claro, pero no paso de simple colaborador en el equipo de Giovanni. ¿Le interesa el arte egipcio, señor Bridge?

—Me interesa el arte en general.

—Ya veo. Bueno, el egipcio tiene peculiaridades que...

Alex vio entrar a su primo Jason acompañado por su padre y su esposa, lo que le sirvió de pretexto para excusarse.

—¿Me disculpan, caballeros?

Ambos asintieron, alejándose ella entonces presurosa al encuentro de la vizcondesa de Wickford. No le importó en absoluto dejar a Daniel en la estacada, sabiendo que Varone podía resultar de lo más insoportable si empezaba a hacer gala de sus extensos conocimientos.

Saludó a Jason y a su tío, y aprovechó después para enlazar su brazo al de Nicole distanciándose de los corrillos que se habían formado, en tanto los caballeros hacían su ronda de saluciones a los conocidos.

—¿Dónde has dejado a mi angelito particular?

—Si por angelito te estás refiriendo a mi hijo, la abuela se ha quedado con él. Ha puesto la excusa

de que este tipo de «saraos», como ella los llama, la aburren.

—Española por los cuatro costados —rio Alex—. No la culpes, está embobada con el pequeño, como todos.

—Entre ella y mi suegro me lo van a malcriar. Y Jason tampoco es que ayude demasiado, se pasa las horas haciéndole carantoñas.

—¿Y tú no?

A la vizcondesa se le dibujó una sonrisa en la boca y sus ojos refulgieron como gemas. No contestó a su amiga, no hacía falta, había exteriorizado el estado de ánimo de una madre orgullosa y feliz.

—Bien, ¿qué te traes entre manos? Porque no me has secuestrado para preguntarme solo por Cayden.

—Vamos a beber algo... —Sin más, Alexandra se hizo con dos copas de champán de la bandeja de un camarero que pasaba a su lado y le puso una a Nicole en la mano.

—¿Qué te pasa? ¿Te has quedado sin habla?

—¿A son de qué dices eso?

—Le estás dando largas a lo que sea que quieres contarme, y no es tu estilo.

—Me conoces demasiado bien —suspiró—. Pero es que seguro que me tomas por chalada.

—¿No será en referencia a Daniel?

Alex abrió unos ojos como platos. ¿Acaso había dicho o hecho algo que le hiciera pensar a la esposa de su primo que fuera Bridge la cuestión de fondo? Y, sin proponérselo, no pudo remediar que, al conjuro de su nombre, lo buscara con la mirada. Lo vio, claro que lo vio. Y tampoco pudo evitar encontrarlo de nuevo muy apuesto.

Daniel había elegido un traje negro que resaltaba su altura, ya de por sí notable. La chaqueta se ajustaba a sus hombros magnificando su complexión y estilizando su figura. ¡Qué guapo estaba!, pensó, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua. Maldijo para sus adentros por no ser capaz de permanecer impávida cada vez que lo miraba. De hecho, ya había tenido una sensación parecida de nerviosismo cuando, a petición de su padre, la había recogido en el carruaje para llevarla al museo. El simple contacto de su mano al ayudarla a subir al vehículo ya supuso para ella un aldabonazo en su interior. Había simulado interesarse por lo que ocurría en las calles, pero durante el trayecto estuvo inquieta teniéndolo frente a ella, mirándola como si le recriminara algo, pero sin decir ni una palabra.

Lo más acertado sería volver lo antes posible a Egipto, pero eso, tras conocer la enfermedad de su padre, tendría que esperar. Sin embargo, permanecer en Londres implicaba estar cerca de Daniel, un hombre con el que sabía que no existía ninguna posibilidad, soñar con relaciones imposibles, y maltratar sus nervios hasta acabar fuera de sí.

—No es de ese bobo de quien quiero hablarte.

—Creo que no te queda ningún otro adjetivo peyorativo que no hayas usado aún contra él —le

recriminó Nicole.

—Siendo así, aprenderé los de otros idiomas.

—Si ambos no fuerais tan cabezotas...

—Dejemos el tema, por favor —rogó—. Me humillé dos veces ante él y no pienso hacerlo una tercera. Lo que quiero saber es si me echarías una mano para que Jason investigue un asunto.

—¿Qué asunto?

—Temo que han robado alguna otra obra más aparte de la estatua de Maat. Él sabe cómo husmear por ahí...

—Lo siento, Alex, no me pidas eso —cortó Nicole, dándole otro sorbo a su copa—. Jason me ha prometido no volver a las andadas y no seré yo quien le haga regresar a ellas. Deja que la policía haga su trabajo y no te metas en líos, por favor, que conozco esa mirada tuya.

—No pretendía...

—Pide ayuda a lord Maveric. Le he oído comentar a Jason que estará de vuelta en Londres en unos días y, hasta donde yo sé, sigue en contacto con los *runners*.<sup>[3]</sup>

—No lo conozco lo suficiente. Además, siempre me ha parecido un sujeto demasiado... petulante.

—¿Maveric? —Se asombró su amiga—. Sin duda no lo conoces, pero comprendo tu reticencia a hablar con él. Pídele ayuda entonces a Daniel.

—¿A Daniel? Ni lo sueñes.

—Pues has de saber que es quien está en mejor posición, tesoro. ¿Con quién crees que trata cuando pasa consulta en su dispensario de Whitechapel?

—Sé que asiste a la gente humilde que no puede costearse un médico, es algo que todo el mundo conoce.

—A gente humilde, cierto. Daniel se ha convertido en algo así como en el ángel de la guarda de los suburbios. Pero también atiende a carteristas, rateros y mujeres de vida licenciosa. Si alguien puede enterarse de lo que se mueve por los bajos fondos, son ellos. Y ahora discúlpame, Jason me está haciendo señas.

Nicole se marchó y Alex se quedó cavilando sobre lo que acababa de decirle.

—¿Pedirle ayuda a Daniel? —dijo entre dientes— ¡Ja! Sin duda solo conseguiré que me tache de insensata.

Acaso lo fuera, porque no tenía ni una sola prueba en que basarse para azuzar a nadie a fisgar por ahí; solo abrigaba una sospecha a la que ninguno, ni siquiera el bibliotecario principal, se sumaría.

—Unos tesoros admirables —comentó una voz a su lado, haciendo que se volviera.

De unos sesenta años, alto, grueso y calvo, vestido de un modo demasiado llamativo, lord Egarton era un individuo que nunca pasaba desapercibido. La miraba con tanta fijeza que le molestó. Bueno, en realidad tenía sus saltones ojos clavados en su escote. Alex disimuló la repulsión que sentía hacia el sujeto con una forzada sonrisa. Era un hombre poderoso y hacía importantes dádivas al museo, no podía hacerle de menos. Le tendió una mano, sobre la que él se inclinó con cierta torpeza debido a su

voluminoso vientre.

—Lord Egerton...

—Tengo entendido que ha colaborado en el descubrimiento de las reliquias.

—No voy a negarlo, pero el mérito es por completo del señor Belzoni y de mis padres.

—No se quite importancia, por Dios, se habla de usted como de una experta, a pesar de su juventud y de ser mujer.

—Me halaga usted, milord.

Le habría puesto una de las bandejas de canapés por sombrero. Su ya nefasta opinión del sujeto empeoró tras el fastidioso comentario acerca de su sexo. No le cupo duda de que era uno de esos misóginos que creía que las mujeres solo servían para hacer calceta.

—Sería un honor para mí poder enseñarle algo que he adquirido hace poco: un par de papiros. Me encantaría conocer su opinión.

—¿No sería más acertado que se los mostrara al señor Planta?

—Bueno... Sí, pero... —Las venillas de sus mejillas adquirieron un tono rojo subido y no acertó a contestar.

—Entiendo —dijo ella—. No han sido adquiridos por vías legales.

—Es usted muy intuitiva, señorita Tanner —murmuró.

—En fin, no voy a entrar en si es decente o no conseguir cosas en el mercado negro, lord Egerton. Y aunque no sé si una simple mujer como yo es la más adecuada para juzgar esos papiros —contestó con cierto retintín—, acepto echarles un vistazo.

—Le quedo muy agradecido. De ser valiosos, le prometo que los donaré al museo.

—Eso ya está mejor.

La mirada de Egerton se desvió unos segundos hacia el otro lado de la galería.

—Si me disculpa ahora, señorita Tanner... Lamento tener que privarme de su maravillosa compañía, pero he de saludar a algunos conocidos.

—Queda disculpado, milord. Ha sido un placer volver a verlo.

—Estaré fuera de Londres algunos días, espero que a mi regreso podamos tener esa reunión.

—Lo estoy deseando. —Sonrió ella como un querubín, anhelando perderlo de vista de una vez.

Al verlo alejarse, con ese andar patoso que lo caracterizaba, no pudo sino suspirar agradecida. Frunció el ceño, sin embargo, al verlo acercarse con disimulo al lugar en el que se encontraba Norman Henderson, y se fijó más en él. No pudo saber lo que dijo, pero el secretario de Planta asintió de modo casi imperceptible con la cabeza antes de poner distancia entre ellos.

Iba a unirse al grupo en el que estaban sus padres cuando fue abordada por otra de las invitadas, que ella reconoció al instante. Se trataba de lady Vaughan, una mujer con la que no había tenido demasiado trato pero que le agradaba. A pesar de su edad, rayando los cincuenta, mantenía el cabello oscuro, y sus ojos, grandes y vivos, la hacían parecer más joven.

—Es estupendo volver a tenerlos en Londres, Alexandra.

—Un honor poder saludarla de nuevo, milady. ¿Cómo está su esposo?

La sonrisa de la mujer resultó demasiado impuesta ante la pregunta. No era de extrañar. Alex sabía que su matrimonio no era un camino de rosas. A Clarise la habían casado hacia treinta años con el barón, un hombre más bajo que ella, grueso y antipático, que casi ni sabía que ella existía, para salvar a la familia de la ruina. Era un hecho conocido por todo Londres. Como lo era que la dama odiaba de dónde salía la fortuna de su repulsivo marido: negociaba con maderas. Para la estirada hija de un conde venido a menos, debía suponer una humillación haberse convertido en la esposa de un comerciante al que, además, tenía que sacar a la fuerza el poco dinero que le daba para sus gastos.

—Goza de buena salud —contestó al fin.

—Me alegra saberlo. ¿Ha venido?

—A Arnold solo le importan sus maderas —repuso molesta—, el arte es algo que ni sabe cómo se escribe. Pero no me he acercado a saludarla para hablar de él, sino para invitar a su madre y a usted a mi casa. Me harían un gran honor si acudieran a contar, a unas cuantas amigas y a mí, sus experiencias en esas tierras lejanas. ¿Qué le parece el martes de la semana próxima?

—Estaremos encantadas de acudir, por supuesto, milady. Se lo comentaré a mi madre —aceptó la joven, aunque no le hacía gracia alguna aquel tipo de reuniones en las que se tomaba el té y, en lugar de una charla cultural distendida se acababa cotilleando de medio Londres.

—La dejo entonces, querida. La felicito por los hallazgos y esperaré con ansia que volvamos a juntarnos.

Alexandra le dedicó otra sonrisa de despedida y optó por buscar una copa de lo que fuera. De no ser poco convencional para una señorita, hubiera preferido un vaso de whisky escocés del que solía guardar su tío en el despacho. Empezaba a aburrirse de un modo alarmante.

Como si le hubieran adivinado el pensamiento, le pusieron una copa de champán en la mano.

—Gracias por haberme abandonado a la cháchara de ese petimetre.

El irónico agradecimiento de Bridge hizo que arqueara las cejas. Se encontró con una mirada burlona y un gesto de hastío que a punto estuvo a arrancarle una carcajada.

—Cualquiera diría escuchándote que no te ha caído bien Varone.

—Y acertaría de pleno.

—Pues es un hombre encantador.

—Seguro que sí. Pero no te ha quitado ojo mientras se explayaba contándome no sé qué diablos sobre una dinastía egipcia.

—Le gusta hablar de esas cosas.

—Y mirar donde no debe.

—No me había dado cuenta.

—¿No será una de tus conquistas?

Entonces sí, tentada estuvo de echarse a reír. Se contuvo, limitándose a encoger un hombro. Si Daniel se molestaba por la posibilidad de que el italiano fuera tras ella, le agradecería muchísimo.

—¿Me estás pidiendo explicaciones? Porque no tengo que dártelas.

—Por descontado que no. Es solo que entiendo que no es el hombre más adecuado para ti.

—¿Y eso?

—Demasiado mayor.

—No ha cumplido los cuarenta.

—Lo dicho: demasiado mayor.

—Pues yo creo que es un caballero de lo más interesante.

—Lo dudo mucho. Es tremendamente aburrido.

—Al menos, sabe tratar a una mujer —aseguró ella, un tanto molesta ya por su insistencia.

—Eso sí, se ve que tiene mucha experiencia con el sexo opuesto, solo tienes que fijarte en lady

Dockery: si nadie lo remedia, acabará pronto convertida en un charquito a sus pies.

En efecto, así era: la dama citada asistía embelesada a la conversación del italiano.

—Te caiga bien o no, Marco sería un pretendiente a tener muy en cuenta —dijo para fastidiarlo.

—Así que Marco, ¿eh? —rezongó él, dedicándole una mirada furibunda al sujeto—. Un trato demasiado cercano, diría yo.

Ella empezó a estar a sus anchas sabiéndole suspicaz, incluso irritado. ¿Qué podía importarle a él su relación con Varone? O sea, no quería nada con ella, ¿pero le molestaba que otro hombre sí estuviese interesado? No le agradaba que nadie se entrometiera en sus asuntos, menos aún Daniel, pero la posibilidad de que estuviera un poco celoso le produjo un cosquilleo agradable que le recorrió la espalda.

—¿Has leído algo de Lope de Vega? —preguntó muy seria.

—*La Hermosura de Angélica* —asintió confuso—. ¿Qué tiene que ver ese dramaturgo español con lo que estamos hablando?

—Deberías leer *El Perro del hortelano*.

—¿Qué?

—Mi tío James tiene un ejemplar de la primera edición en su biblioteca, pide que te lo preste.

—Pero, ¿a qué viene eso?

Sin darle opción a preguntar qué era lo que trataba de decirle, Alex se alejó hacia el otro extremo de la sala, dejándole con la palabra en la boca.

## Capítulo 8

Una semana después, acosada por la insistente sensación de que el robo no era un hecho puntual, y sin dejar de preguntarse qué relación podía tener lord Egerton con el secretario de Joseph Planta, se decidió y consiguió convencer a Nicole para que la acompañara a ver a Bridge. Presentarse ella sola no era opción, porque Daniel no había vuelto a pisar Creston House desde que se vieran en el museo, lo que venía a significar el nulo interés hacia ella. Como lo probaba el hecho de que ni siquiera se había molestado en llevar en persona a su padre la medicina que encargara para él, entregándola a través de un mensajero.

Caía sobre Londres una ligera llovizna cuando subieron al carruaje. Por descontado, no comunicaron a Jason cuál era su destino real, poniendo Nicole el pretexto de una visita a la casa de acogida en la que la hija del duque de Hatfield, la esposa del vizconde de Maine y ella misma, colaboraban. No falseaba la verdad, aunque tampoco le agradaba ocultar el auténtico motivo de la salida a su esposo. Pero se lo debía a Alexandra: hacía tiempo, ella no dudó en revolver la casa de sus padres en busca de dibujos de construcciones similares a aquellos con los que soñaba, tratando de mitigar la espantosa incertidumbre sobre su auténtica identidad.

—¿Nos entretendremos mucho en esa casa? —preguntó Alex nada más ponerse en marcha.

—No demasiado, es una visita de rutina, por si necesitan alguna cosa, y está a solo tres calles del dispensario.

Tras la puerta de la humilde construcción frente a la que se detuvieron, Alex tuvo oportunidad de conocer a una pareja afable, Samuel y Bertha Foster, por completo volcada con los niños que cuidaban. Les hicieron entrega de unos paquetes, Nicole repartió golosinas entre la chiquillería y Alexandra se interesó en lo que hacían los pequeños, que vieron interrumpida la clase que el matrimonio impartía en el momento de su llegada: unos pintaban y otros se afanaban con mayor o menor acierto en copiar un texto.

Le llamó la atención un niño de unos seis años, de cabello color zanahoria y carita cubierta de pecas, que chupaba la mina de su lapicero a cada poco. Se puso en cuclillas a su lado y dio un vistazo al trabajo. La escritura era prieta, pero con trazos bastante legibles para un crío de tan corta edad, aunque completaba la hoja hasta el mismo borde antes de empezar a copiar en otra.

—¿Te gusta escribir? —El niño se encogió de hombros sin pararse a mirarla—. Lo haces muy bien.

—Gracias.

—¿Por qué apuras tanto las hojas?

Entonces sí. Unos ojos verdes como esmeraldas se fijaron en ella como si acabara de preguntar

que por qué salía la luna durante la noche.

—La señora Foster dice que el papel es caro y debemos amini... admoni...

—Administrarlo.

—Eso. *Asministarlo*.

Aclarado el asunto según él, volvió a concentrarse en su trabajo olvidándose de ella, y Alex acudió entonces a la llamada de Nicole.

—Bertha necesita que le eche una mano con unos documentos oficiales y parece que me va a llevar más tiempo del previsto. Lo lamento, pero tendremos que posponer la visita a Daniel para otro día, recuerda que esta tarde tengo cita con la modista.

—¿Te hago yo falta aquí?

—Pues... no. Pero puedes entretenerte con los niños.

—Prefiero acercarme al dispensario, dijiste que está cerca. No te importa, ¿verdad?

—¡Por supuesto que me importa! —Se escandalizó—. No puedes ir allí sin compañía.

—Ya estamos con esas bobadas.

—No son bobadas, Alex. Esto no es precisamente Hyde Park, estamos en los suburbios y no puedes andar por ahí sin protección.

—Admitido —suspiró—. Hagámoslo así entonces: que me acerque tu cochero y vuelva aquí. Cuando acabes, pasáis a recogerme.

—Tú te quedas conmigo.

—Da la impresión de que no confías en tu empleado.

—¡Por descontado que confío en el señor Gordon!

—Así pues, en quien no confías es en Daniel.

—Daniel es un caballero y... —Dejó escapar un resoplido. Su amiga esperaba, con los brazos cruzados, una objeción coherente. Por desgracia, no la tenía—. ¿Tienes idea de lo cabezota que puedes llegar a ser?

—Muy ligera —sonrió.

—De acuerdo. Iré a recogerte tan pronto acabe.

—Gracias, tesoro.

Se despidió de la pareja haciendo carantoñas a los niños que salieron con ella a despedirla hasta la puerta, y montó en el carruaje a pesar de la escasa distancia del trayecto. Se obligó a aparentar tranquilidad, pero estaba muy lejos de sentirla, porque no era lo mismo personarse en el ámbito profesional de Daniel acompañada por Nicole que hacerlo sola. Para eso había insistido en que fuese con ella, pero las circunstancias acababan de obligarla a precederla. La experiencia le decía que, sin ella ejerciendo de mediadora, Daniel y ella terminarían discutiendo, que era lo habitual.

Inquieta o no, estaba dispuesta a obtener su colaboración. La esposa de su primo tenía razón: si alguien podía averiguar algo era la gente con la que él trataba casi a diario.

El cochero bajó del pescante en cuanto llegaron, desplegó la escalerilla del carruaje y la ayudó a

descender.

—Gracias, Gordon.

El pequeño dispensario estaba ubicado en un edificio de una sola planta cuyos muros acababan de ser revocados. La puerta estaba abierta, de modo que entró sin llamar y se encontró con un interior limpio y aséptico. Pero fue una impresión que dio paso enseguida a una realidad mucho más lamentable: una sala en la que aguardaban a ser atendidos seres de diversa catadura, sentados unos en un banco corrido, otros de pie, pero todos con el denominador común de las heridas o la queja por alguna dolencia. Hombres de aspecto rudo con hematomas y restos de sangre en sus rostros, ojos tumefactos o cicatrices supurantes; una mujer que sostenía en brazos a un niño de ojos llorosos y carita febril. Recostada en la pared del fondo, otra con claras muestras de haber tomado parte en una pelea, con el brazo derecho envuelto en una tela sucia, vestida de rojo chillón y un escote tan escandaloso que casi no cubría sus ampulosos senos.

A punto estuvo de darse la vuelta y marcharse. No es que le molestase la compañía de aquellas personas, había tratado con gentes de todo tipo, incluido un bandido que quiso robar alguno de los hallazgos de las excavaciones y fue sorprendido por los guardianes que las protegían, al que tuvo que aplicar unas curas mínimas por los golpes recibidos antes de que se lo llevaran preso. No era una mojigata, pero no había llegado en el mejor momento para hablar con Daniel; tendría que volver en otra ocasión, ni quería ni se podía permitir interrumpir su trabajo en ese instante.

Pero la había visto uno de aquellos tipos, que se dirigió a ella con un sonoro silbido acompañado de la grosería de turno, a la que siguieron las carcajadas de otros sujetos:

—¡Pasa, paloma! Un buen trote con una potranca como tú aliviaría nuestras penas antes de que *doc* nos cosa.

Tan insolente y ofensiva bravuconada hizo enrojecer las mejillas de Alexandra. Lejos de amedrentarse, la muchacha hizo acopio de firmeza, con la mirada enardecida y los puños apretados, dispuesta a responderle como se merecía. No tuvo ocasión. De la habitación adyacente salió Daniel con cara de pocos amigos. Reparó en ella al instante, pero, antes de saludarla se cuadró ante el fulano y le espetó:

—¡Morgan, muérdete la lengua o sal de aquí ahora mismo! No quiero trifulcas ni ordinarieces en mi dispensario, ¿entendido? —Después, clavó sus ojos en la joven—. Alex. ¿Qué haces aquí?

A ella se le olvidó el cometido que perseguía. Hasta ese momento había visto a Daniel con el vestuario adecuado, ya fuera de calle o de fiesta, en general elegía trajes austeros, camisas sin volantes y pañuelos sencillos. ¡Pero iba vestido! Lo que tenía ante ella era lo más parecido a un corsario: despeinado, la camisa abierta hasta medio pecho y las mangas enrolladas en los antebrazos. El corazón comenzó a latirle acelerado.

«Es imposible que otro hombre, con esas trazas, resulte tan atractivo como él», se dijo.

—Necesitaba hablarte.

—¿Tu padre está bien?

Notó la preocupación en su voz.

—Perfectamente.

—Entonces tendremos que dejarlo para otro momento, ahora, ya lo ves, estoy desbordado.

Sin darle tiempo a que se diera la vuelta para volver a su labor, la voz de Alex lo detuvo:

—¿Puedo ayudar? Parece que, en efecto, se te acumula el trabajo.

—No lo creo. Te mancharías esa bonita ropa que llevas puesta —respondió irónico, pero íntimamente agradecido por su oferta.

—Cuando yo digo que eres imposible...

Sin hacer caso a cualquier previsible objeción atravesó la sala de espera, quitándose ya los guantes, y le hizo a un lado para entrar primero.

El brío de su reacción avivó el murmullo, cuando no la risa contenida de los pacientes de Daniel. Él se la quedó mirando mientras la veía desprenderse de la capa y el sombrero y dejarlo todo sobre una silla, sin saber si permitir que ella obstaculizara su trabajo o sacarla del dispensario a rastras. Optó por lo primero, luchar contra las decisiones de Alexandra era como achicar un lago con un vaso: agotador e inútil.

## Capítulo 9

El cuarto acondicionado para atender a los pacientes no era demasiado amplio, pero sí muy luminoso gracias a la claraboya del techo y a una ventana que se abría a la calle. El paciente al que Daniel se encontraba atendiendo estaba sentado sobre una camilla, con las piernas colgando, y la muchacha no pudo reprimir un estremecimiento ante su presencia. Los fulanos de la sala de espera parecían querubines si se les comparaba con él: cabellera rizada, oscura y despeinada, anchísimo de hombros y un rostro en el que destacaban unos ojos negros como el carbón, pequeños y hostiles, que la recorrieron de la cabeza a los pies. A su lado, cerca de su mano derecha, descansaba una navaja de proporciones desmesuradas de la que no debía desprenderse en ningún momento. Tenía un profundo corte que le llegaba desde el hombro hasta el codo.

—¿Dónde puedo lavarme? —preguntó Alex, desviando la mirada de la suya.

Daniel le señaló con un gesto la diminuta estancia que estaba a su izquierda, en la que había un aguamanil algo desportillado, toallas y jabón. Procedió de inmediato a remangarse y lavarse a conciencia las manos, siendo observada por Bridge con un aire de condescendencia. Luego, tomó un delantal que colgaba de un clavo de la pared, se lo pasó por el cuello y se lo ató a la espalda

—¿Cómo puedo serte útil?

—Ya que has decidido ejercer de ayudante, acércame ese frasco de ahí, el de la etiqueta marrón.

Ella se lo pasó y Daniel procedió a empapar un paño, aplicándolo acto seguido a la herida que estaba tratando. Todo lo que hizo el hombre fue encajar los dientes, mientras el fuerte olor a desinfectante se expandía por el cuarto. Se admiró Alex por el modo concienzudo con que Bridge limpió, desinfectó y suturó la carne lacerada y después vendó el brazo acuchillado.

—Procura no mojarlo en tres días y vuelve el martes para que lo revise —le prescribió Daniel, acompañando a su instrucción un pequeño frasco de láudano que extrajo de un cajón y luego le entregó—. Tómalo en pequeñas dosis.

El tipo se bajó la destrozada manga de la camisa, se enfundó la navaja en la cinturilla del pantalón y recogió su raída chaqueta.

—Le debo una, *doc*. Un placer, señorita. —Se despidió de ambos exhibiendo una sonrisa torcida en la que destacaban sus dientes picados.

—Ya te la cobraré —aseguró Bridge—. ¡El siguiente!

Le tocó el turno al individuo que había sido amonestado por su zafia lindeza a Alexandra, quien, cabizbajo, se dispuso a ocupar el puesto del que se iba.

—Espere —ordenó ella. Retiró el paño salpicado de sangre que cubría la camilla y, tras dar un vistazo a su alrededor, tomó otro limpio del montón que se encontraba en una estantería, lo extendió y

le indicó con un gesto que se sentara.

A Daniel le agradó su escrupulosidad. No dijo nada, se metió en el cuarto adyacente para lavarse y luego se dedicó a revisar los hematomas que el nuevo paciente mostraba en el rostro. Ella se aproximó para observar mejor cómo trabajaba y a él le encantó su cercanía por el aroma a rosas que desprendía. Pero también lo lamentó, porque no le dejaba centrarse en lo que hacía.

—¿No crees que yo podría ir atendiendo a alguien más mientras tú te encargas de este caballero?

Oyendo cómo se le denominaba tuvo el sujeto un acceso de tos, que se cortó de inmediato al presionar Daniel con sus dedos en uno de los golpes.

—¡Auh!

—Procura estarte calladito, Morgan. De hecho, vas a estar sin poder reírte a gusto unos cuantos días, te han dejado la cara como un mapa.

—Casi prefiero que me cure la dama, *doc*, yo creo que *tié* mejores manos que *usté*, y quiero que mi parienta siga encontrándose majó.

—Cierra la boca, o si no, vete por donde has venido.

Miró a Alexandra por encima del hombro un poco más de lo conveniente, distrayéndose de lo que se traía entre manos.

—¿Estás segura de que quieres ayudarme?

—¿Me hubiera ofrecido de no ser así?

Centrándose en el herido otra vez, volvió a echar desinfectante en otro paño y empezó a limpiarle las contusiones. Ella, entendiendo que su silencio equivalía a la vía libre, hizo pasar a quien correspondía, en este caso una mujer, a la que ordenó que se acomodara en una de las sillas para, acto seguido, quitarle la tela con la que se cubría el brazo. Otra herida, también un corte, que creyó no revestía mayor importancia, aunque tendría que darle un par de puntos. Lo limpió a conciencia con agua y jabón, aplicó el mismo antiséptico que usara Daniel, cosió el pequeño corte con mucho cuidado, y terminó vendándose de un modo que Bridge entendió que podía pasar por profesional.

—Eres una caja de sorpresas, Alex. ¿Dónde diablos has aprendido a realizar curas?

—¿Quién crees que ayudaba al matasanos que teníamos en las excavaciones? ¿Ramsés? Esto está listo, señora —dijo a la mujer, que la miraba con interés—. Espero que no le haya dolido demasiado.

—Para *ná*, señorita.

—Me alegro. Tenga el brazo en reposo un par de días y luego láveselo con agua tibia y jabón. Haga pasar al siguiente, por favor. ¿Esto es así todos los días? —preguntó a Daniel, que ya examinaba al pequeño afiebrado.

—Si te refieres a heridos de arma blanca, es de lo más frecuente.

—No te aburres, no.

Permanecieron en silencio dedicándose cada uno a sus pacientes respectivos, pero Daniel no dejaba de observar el cuidado, incluso la destreza, con la que ella trabajaba.

Una vez todos atendidos, Alexandra cerró la puerta de la consulta. Tenía el delantal moteado de sangre, su estirado moño estaba parcialmente deshecho en mechones de pelo húmedos de sudor, y en su rostro se dibujaba una pizca de cansancio. Pero Daniel nunca la había visto tan hermosa.

Bridge tiró a un cubo el agua sucia de la palangana, vertió agua nueva de una jarra y la compartieron, pasándose el jabón de uno a otro sin mirarse siquiera.

Alex, a pesar de haberse encontrado a sus anchas durante las curas, tomó conciencia de que se habían quedado a solas en el dispensario, apoderándose de ella una corriente de excitación. Admitió, además, que trabajar codo a codo con Daniel le había resultado no solo gratificante, también placentero. Sin que él se diera cuenta, había estado valorando no su quehacer profesional, contrastado y apreciado, sino su trato con la gente, de la que se ocupaba con afecto; de ahí, con seguridad, la devoción que le profesaban. No era de extrañar que, como le anticipase Nicole en su día, se hubiera convertido en una especie de ángel de la guarda para aquellas personas de muy escaso o nulo recurso.

Se había sentido atraída por él desde el mismo día que lo conoció. Muy atraída. Tanto, que estaba segura de que Daniel podía ser el hombre de su vida. En ese preciso momento, en que sus facciones delataban la fatiga de un trabajo que nada le reportaba, salvo la gratitud de las personas a quienes atendía sin cobrarles un penique, lo admiró de verdad.

Se turbó un poco por el halo de ternura que emanaba hacia él, pero se rehízo, imponiéndose en ella que prevaleciera la camaradería con la que habían trabajado y, en base a ello, creyó que ya había perdido el apuro de contarle sus sospechas y pedirle ayuda.

Al terminar de asearse, Alex recogió su delantal, los paños y las sábanas utilizadas, hizo un bulto con todo ello y lo dejó a un lado. En el pequeño espejo que colgaba de la pared, encima del aguamanil, recolocó los mechones que se habían escapado de su peinado, se bajó las mangas de la blusa y estiró la mano hacia Daniel.

Él entendió que le pedía su camisa, sucia de sangre y sudor. Hizo ademán de quitársela, pero en un acceso de timidez se recordó que no se encontraba frente a un colega, sino delante de una dama. Una mujer, por cierto, con una determinación como había visto pocas. No solo por el arranque con que se sumó a echarle una mano, sino porque no le temblaba el pulso ni ante los exabruptos ni ante la sangre.

Sabía en qué lugar se encontraba, por eso se dominó, porque lo que hubiera querido habría sido tomarla en sus brazos allí mismo y besar el labio inferior que se había mordido cada vez que clavaba la aguja. Por primera vez tuvo conciencia real de cómo la deseaba, de lo que le dolía permanecer a su lado sin poder tocarla.

Ella, en cambio, ni siquiera daba muestras de embarazo al encontrarse a solas con él, circunstancia de la que cualquier otra mujer huiría para no comprometer su decoro. Por supuesto, era consciente de lo poco que a Alex le importaba atenerse a pautas establecidas, pero él era un caballero y nunca se permitiría que una conducta inapropiada pusiera su nombre en boca de todos.

—Ha sido un auténtico placer trabajar junto a ti, Alex, pero ahora creo que deberías marcharte.

—¿Lo dices porque nos hemos quedado a solas? Tranquilo, no pienso aprovecharme de ti — bromeó.

«Si tuvieras idea, solo una ligera idea de lo que yo haría contigo, escaparías sin perder un segundo», pensó él.

La especulación lasciva fue abortada por el golpear de la aldaba de la entrada.

—¿Esperas más pacientes?

—A estas horas, no lo creo, aunque nunca se sabe.

—Veamos entonces de quién se trata, ¿no?

Alexandra fue a abrir, instante que él aprovechó para quitarse la camisa con prisas y ponerse una limpia. Al reconocer la voz de Nicole suspiró más tranquilo, pero, al mismo tiempo, le molestó que rompiera la intimidad de la que disfrutaban. Y es que, por mucho que se obstinara en negarlo, cada segundo junto a Alex significaba un regalo para su espíritu.

Escuchó que ambas muchachas hablaban a media voz, incluso le pareció que discutían. Metió los brazos por las mangas de la levita para unirse a ellas, pero antes de que pudiera hacerlo oyó que se cerraba la puerta y los ligeros pasos de Alex volviendo.

Al encontrarlo ya vestido, una sonrisa pícaro estiró los labios femeninos.

—¡Vaya! Me he perdido el espectáculo.

A Daniel le costó disimular el apuro que le causó su comentario cargado de ironía porque su talante desinhibido conseguía avergonzarlo como si fuera un colegial. Se anudó de cualquier modo el pañuelo al cuello y se echó la capa por encima.

—Pocas mujeres te ganan a descarada —recriminó, tomando la de la joven—. ¿Era Nicole o estoy confundido?

—Lo era, sí. ¿Quién se hace cargo de limpiar todo eso? —Permitió que le pusiera la prenda sobre los hombros, complacida por el hormigueo placentero que le supuso el ligero roce de sus dedos.

—Una mujer viene a limpiar por la noche los días que paso consulta. Bien, ¿qué quería Nicole, acaso te espera fuera?

—No. Me adelanté a ella porque se quedó en una casa de acogida, cerca de aquí. Le he pedido que nos envíe un coche de punto, aunque ha puesto mil objeciones, porque necesito hablar contigo. Podemos aprovechar el trayecto hasta tu casa.

Daniel la miró como si estuviera bromeando. ¿De verdad había despedido a la esposa de Jason y pretendía...?

—Yo vuelvo andando —zanjó—. En cuanto aparezca ese coche te subes a él y...

—Lo despediré y caminaremos —concluyó ella.

—Deberías dejar de decir tonterías e irte a tu casa cuanto antes, estas calles no son seguras.

—Aún es de día y no voy a pasearme sola por ahí, por amor de Dios. Voy contigo. Por aquí todos te conocen y respetan, ¿no es cierto? Además, imagino que, en caso de ser atacada, sabrás

defenderme como haría cualquier caballero.

—Me encantaría que te portaras como una persona cuerda, Alexandra, y dejaras los juegos. Que yo te acompañe no garantiza nada. Además, esto es algo inusual, inadecuado e insensato para una señorita.

—¡Deja de decirme lo que es apropiado o no, Daniel! No te imaginas lo pesado que te pones cuando te empeñas en darme clases de prudencia.

—Una palabra que tú, por cierto, desconoces.

—¿Prudencia? Creo que empieza por p.

—La sensatez nunca ha sido una de tus virtudes.

—La sensatez es algo bastante tedioso. Creo que el carruaje está llegando. ¿Lo despido o lo tomamos?

¿Qué podía él frente a su terquedad? No era seguro hacer el trayecto a pie llevándola a su vera, aunque no hubiera oscurecido, porque Alex destacaba como un faro en la noche. Tampoco era razonable meterla en el coche y olvidarse de ella sin más, la cortesía lo obligaba a hacer de escolta. Pero imaginarse compartiendo la estrecha cabina de un carruaje con ella imprimía ya a su sangre un ritmo más vigoroso. Salió a grandes zancadas, le cedió el paso y cerró el consultorio.

Un cochero de pésimo aspecto, embozado en una desgastada capa, aguardaba sobre el pescante de un coche que había conocido tiempos mejores. Carecía incluso de escalerilla para subir a la cabina. Dio la dirección de la casa de los Tanner, abrió la puerta, la ayudó a ascender y luego se acomodó junto a ella, puesto que no había más que un asiento.

Apenas se pusieron en marcha, Alex no lo dudó:

—Me gustaría que indagaras entre tus pacientes por si alguien oye algún rumor acerca del mercado negro de antigüedades. ¿Me harías ese favor?

## Capítulo 10

Cansado de dar vueltas entre las sábanas se decidió por levantarse. Encendió el quinqué de la mesilla, se puso la bata y echó una mirada al reloj sobre la repisa de la chimenea: las cuatro de la madrugada y no había podido conciliar el sueño a pesar del cansancio acumulado.

¿Porque ella era una inconsciente que tan pronto lo aceptaba como lo rechaza?

¿Porque él la deseaba y, al mismo tiempo, no quería hacerlo ni confesárselo?

Sea como fuere, la razón tenía nombre y apellido: Alexandra Tanner.

—¡Condenada seas! —rezongó, pasándose los dedos por el cabello, como hacía siempre que estaba nervioso.

Se sirvió una copa, se sentó en el sillón junto a la ventana y acomodó los pies encima de la mesita. El alcohol le quemó la garganta, pero consiguió tranquilizarlo un poco.

La espesa niebla que se había apoderado de Londres a última hora de la tarde bloqueaba cualquier visión del exterior, aunque sí llegaron hasta él los ladridos de algún perro vagabundo o el rechinar de ruedas del paso ocasional de un carruaje.

Después todo volvió a quedar en silencio. Un silencio que lo desequilibraba porque era el reflejo de su soledad.

En esos momentos hubiera ansiado encontrarse en Brook's, club del que era socio gracias a sus amigos. O en un tugurio cualquiera, inmerso en el bullicio de esos locales, aunque fuera oyendo el alboroto torpe de los borrachos, incluso tomando parte en una pelea, lo mismo daba. El caso era huir de su aislamiento. Cualquier cosa que le hiciera olvidar. Tal vez no fuese mala idea retar a Jason un día de esos en el cuadrilátero para desfogarse. O a Alan. O a los dos a la vez, si te terciaba.

Alexandra le había hecho la propuesta tan de repente que no supo qué contestar. Pero una vez que la hubo dejado, cayó en la cuenta de lo que, en realidad, le había pedido: nada menos que indagara entre sus pacientes, la mayoría de los cuales no dejaban de ser maleantes, para saber si en ese mundillo alguien comentaba o tenía alguna información sobre quién podía estar detrás del robo del museo. Siempre según ella, en base a que presentía que la estatua de aquella diosa egipcia no había sido el único objeto sustraído. Eso sí, no tenía ni una sola prueba en la que apoyar su sospecha, le confesó. Simple intuición, había dicho, una corazonada. Con eso le bastaba.

Lo malo era que sus corazonadas solían ser, casi siempre, acertadas. Y la extraña sensación que él tenía desde que se enteraron del percance en el museo cobraba vida. Había presentido que les acarrearía complicaciones y ahí estaban: Alex metiendo su preciosa naricilla en un asunto que se preveía turbio.

En un primer momento se había negado a ayudarla, por supuesto. Lo suyo no era andar husmeando,

eso se lo dejaba a otros con mayores conocimientos de lo que se cocía en los suburbios. Pero ella le contó sus dudas, que eran muchas, y no le dejó alternativas. Conjeturaba acerca de la repentina desaparición del anterior secretario de Joseph Planta, de haber creído ver a lord Egerton intercambiando confidencias con Norman Henderson, del dietario que él llevaba...

Estuvo a un paso de tildarla de loca, pero sus sospechas dejaron en él un poso de recelos. Y tras su disertación en voz baja, como si le estuviera contando secretos de estado, afirmó:

—Si no puedo contar contigo, ya buscaré por otro lado.

En boca de Alexandra, eso significaba que no iba a cejar, aunque se metiera en problemas que podían ser muy serios. Era muy capaz de contratar a cualquier facineroso para que físgara por ahí, le sobraban agallas para dar ese paso y muchos más. No era la primera vez, y no sería la última, que se creaba dificultades por meterse en asuntos que no le concernían.

Los conflictos iban a Alexandra como las moscas al ganado.

Lo cierto era que a él también le intrigaba el asunto. Si se estaban sustrayendo obras de arte del museo ningún ciudadano quedaba al margen, iba en detrimento de todos.

Pero no era solo eso lo que lo mantuvo despierto, con el ánimo entre inestable y agitado. De fondo, sobre todo, rondaba por su mente el episodio ocurrido en el carruaje, un cuadro al que no podía ponerle marco porque no lograba asimilarlo del todo y, además, recordándolo, su organismo reaccionaba alterando su virilidad.

Siempre que las ruedas del coche pasaron por los desniveles del suelo, que a tramos eran casi socavones, ambos habían sido zarandeados de un lado a otro, en especial Alex, que, por su peso mucho más liviano, era lanzada contra su costado una y otra vez. La cabina era de tan reducidas dimensiones que no era posible establecer mayor distancia entre los dos, por lo que él tuvo que hacer el trayecto con un grado de azogamiento de lo más embarazoso. Ella, por el contrario, había parecido incluso divertida.

El deseo que levantó en él el continuo roce, y su inconsciencia, acabó en que tomó su rostro en sus manos y la besó.

Fue una reacción instantánea que no supo contener. Una locura momentánea que no podía explicar. Y no fue un mero contacto de labios. No. La besó sediento de su boca, abstrayéndose del mundo que los rodeaba y centrándose en Alexandra que, para su sorpresa y también su deleite, le respondió con la misma avidez. Lo que lo impulsó a que su mano derecha se colara bajo la capa femenina explorando y persiguiendo la morbidez de su cuerpo joven.

Hubiera seguido bebiendo de sus labios toda la eternidad, diciéndose a sí mismo que podría pasarse la vida así, con la miel en la boca y bajo la palma de su mano el cautivador tacto del pecho de Alexandra. Cualquier duda quedó disipada: quería tenerla a su lado por encima de todo.

¿Cómo pudo haber sido tan insensato de pensar hasta la reiteración que lo mejor era estar alejado de ella?

Alex, sin embargo, se apartó de él. Incluso bajo la tenue luz de la única lamparilla de aceite de la

cabina, pudo apreciar el tono subido de sus mejillas.

—Lo siento...

—No pasa nada, no estoy ofendida, olvidémoslo.

—¿Así de fácil?

—Digamos que sucumbimos los dos a una... reacción impetuosa que no hemos sabido controlar.

La frialdad con que se expresó rompió todo el hechizo. Nunca como entonces se había sentido tan imbécil, hasta notó que se sonrojaba. La muchacha que él conocía nunca se hubiera mostrado tan gélida. Era imposible cambiar tanto en tan escaso margen de tiempo.

Reacción impetuosa, decía la muy bruja.

Respondía a sus caricias con un ardor que lo había dejado perturbado y luego reaccionaba con la frialdad de un témpano de hielo. La hubiera estrangulado. Porque si le quedaba un resquicio de esperanza de que pudiese mirarlo como algo más que un amigo, aunque discutiera con él un día sí y otro también, ella acababa de tapiarlo con hormigón.

El embotamiento de una segunda copa de brandy, unido al cansancio, lo fueron empujando por el sendero del sueño, al que llegó pensando que nunca tendría a esa mujer para sí.

\*\*\*

Daniel no era el único al que el sueño lo rehuía. A esa misma hora, Alex se paseaba por su cuarto como un león enjaulado.

Ella creía que Daniel Bridge era un hombre incoherente.

¿Cómo, si no, tras el lance vivido en el carruaje, que a ella la enardecía cada vez que lo recordaba, se limitó a dejarla en casa y marcharse sin más, como si no hubiera ocurrido nada? Ciertamente que había sido la que puso distancia entre ambos, pero, de haber sentido algo por ella, ¿no debería haber insistido?

Había intentado entender el porqué de su desapego, sin lograr asimilar su reacción tan esquiva. Tan pronto la ignoraba como si fuera una apestada como la besaba. ¡Y de qué modo! Todavía le temblaban las rodillas recordando la boca de Daniel sobre la suya, cómo sus labios se prendieron de los suyos, la calidez de su lengua haciendo diabluras en el interior de su boca...

¿A qué jugaba? ¿Tal vez suponía que ella se iba a prestar a tener un simple coqueteo? Sí, debía de estar acostumbrado a que las mujeres no se le resistieran, que cualquiera estaría al alcance de sus conquistas.

O tal vez tenía una amante de la que se había cansado y buscaba una nueva aventura.

Imaginar a Daniel revolcándose entre las sábanas con otra mujer aumentó su irritación hasta el punto de verter mentalmente sobre él un adjetivo que hubiera puesto las orejas rojas a un estibador del puerto.

Nada más hacerlo, el espejo de la coqueta le devolvió reflejada su propia imagen. Era ella, sí:

otro perro del hortelano. Se le estiraron los labios en una sonrisa amarga. Porque no podía negar que, por enojo o por orgullo, había flirteado con Daniel. Y que, además, le había gustado verlo escamado por culpa de Varone.

En realidad, los dos jugaban una partida absurda, donde ni querían ni se dejaban querer. Nicole estaba en lo cierto al afirmar que eran un par de tercos, pero no sería ella quien pusiera su corazón a los pies de Daniel cuando ya lo había rechazado dos veces. Eso nunca. No pensaba perdonarle la felonía que tuvo que sufrir en su anterior visita a Londres.

Si él hubiera roto la barrera tras la que se escudaba diciendo que no era suficiente para ella...

Si hubiese intentado retenerla, en lugar de dejarla marchar...

Lo evidente era que estaban en tablas: él, por su empecinamiento en sentirse inferior; ella, por no saber hacerle ver lo poco que para ella significaba esa nadería, que le importaba un ardite casarse con alguien sin abolengo ni título, que sería feliz ejerciendo de esposa de un médico.

Suspiró. Estaba cansada. No podía seguir cavilando o acabaría volviéndose loca. Sopló la llama del candil, se metió en la cama y cerró los ojos. Necesitaba dormir o, de lo contrario, al día siguiente, en su cara habría más ojeras que en las de una momia.

Pero no era tan sencillo. A su retina se asomaban los ojos claros de Daniel y su atractiva sonrisa, que no cesaban de acosar su descanso.

# Capítulo 11

Jonathan Maxtell resultaba a primera vista un hombre chocante. De baja estatura, en extremo delgado, de marcados pómulos, enormes ojos de un tono tan claro que parecían traslúcidos y un color de cabello y cejas blanco que Alex nunca había visto. Era la primera vez que tenía ante ella a un albino.

Daniel parecía confiar en él y a ella eso le bastaba. Aguardó en el salón a que el antiguo profesor examinara a su padre en el despacho, a puerta cerrada, muy preocupada por la posibilidad de un diagnóstico de malos augurios. Por fortuna, su madre había salido a hacer unas compras, lo que evitó que tuvieran que darle explicaciones sobre la visita. Su padre, sin embargo, pareció molesto al darse cuenta de que ella estaba al tanto de su problema.

Nada más salir del despacho, se fue directa hacia el médico.

—¿Qué opina, doctor Maxtell?

Este, antes de responder, se guardó el estetoscopio en el desgastado y viejo maletín que había llevado consigo.

—Yo diría que no reviste gravedad. La dolencia de su padre se conoce como un soplo cardíaco. Digamos que, a veces, la sangre circula de manera poco normal por el corazón. El soplo del señor Tanner, por fortuna, es inofensivo.

—¿Qué nos recomienda?

—Mi consejo que es su padre debe tomarse la vida con calma, sin preocuparse de más. El descanso siempre viene bien, y puedo asegurarles que la dolencia no implica riesgo alguno.

—No sabe cómo se lo agradecemos, doctor —expresó entonces el dueño de la casa, que estrechó su mano con afecto—. Con gusto le pagaré por su trabajo.

—¡Por favor! No me debe nada, señor Tanner. En realidad, este viaje a Londres supone para mí unas vacaciones, que aprovecharé para volver a recorrer la ciudad y visitar a algunos conocidos, si es que mi antiguo alumno es tan amable de acogerme en su casa por unos días.

—El tiempo que desee, doctor, por supuesto.

—Entonces todo está dicho. —Se inclinó sobre la mano de Alexandra y volvió a estrechar la de Tanner—. Ha sido un placer. En esta profesión no siempre puede uno dar buenas noticias.

—¿Nos aceptaría, antes de marchar, una taza de té, doctor?

—Encantado.

Se dirigieron al salón para compartir el té, pastas y emparedados que Alex había pedido preparar a una de las criadas. Antes de entrar, ella se acercó con disimulo a Daniel y le preguntó en voz baja:

—¿Has pensando en aquello de lo que hablamos?

—Estoy en ello.

No dijo más, ni siquiera la miró, como si nada hubiera ocurrido entre ambos, con lo que Alexandra también mantuvo las distancias. Excluyendo temas de medicina, se abordaron asuntos varios de actualidad, como en cualquier otra conversación de carácter informal entre conocidos. Para sorpresa del doctor Maxtell, poco o en absoluto acostumbrado a que una mujer tomara parte en debates de este tipo, Alexandra se sumó a la charla cuando esta discurría por los avatares de política exterior.

Casi media hora después, Daniel y Maxtell se despidieron. Tan pronto se cerró la puerta, la joven se lanzó a los brazos de su padre y lo aprisionó entre los suyos.

—¿No sabes lo contenta que estoy de que todo haya sido solo un susto, papá!

—Yo, sin embargo, estoy furioso —dijo él, abrazándola a su vez y pasando su mano por el rubio cabello de su hija, lo que demostraba que sus palabras no eran ciertas—. Contigo y con Daniel. Contigo, por curiosa; con él, por chismoso.

—No lo culpes. Estaba muy preocupado por ti.

—Debería haber guardado silencio, no quería que os mortificaseis ni tu madre ni tú porque, al fin, ya has visto que no es nada importante.

—Gracias a Dios. —Sonrió ella, acariciando su barbilla—. De todos modos, procuremos que mamá no se entere. Vamos, no seas gruñón y desfrunce el ceño, no te imaginas lo que te afea cuando lo haces.

—¿Me serviría de algo enfadarme contigo, viborilla?

Rieron ambos. Ella se volvió al escuchar la voz del recién contratado mayordomo:

—Señorita, han traído una carta para usted.

—Gracias, señor Penton.

Abrió el sobre, la leyó y entonces fue ella quien arrugó el entrecejo.

—¿De quién es?

—De lord Egerton. Durante la fiesta en el museo me dijo que le gustaría que le diera mi opinión sobre un par de papiros. Me invita mañana a tomar el té en su casa. Es un fastidio, pero no tendré más remedio que acudir —suspiró.

—Si le diste tu palabra...

—No me dejó alternativa. Me llevaré a mamá, espero que no le importe servirme de carabina. Ya me encargaré de decirle que simule un mareo que nos permita marcharnos al poco tiempo de llegar.

Tanner exhibió un destello de orgullo en su mirada mientras su hija subía las escaleras.

\*\*\*

La casa de Stephen Carlton, conde de Egerton, de dos pisos, ladrillo rojizo y tejados oscuros, era la típica construcción de estilo georgiano. Situada en una calle cercana a la catedral de San Pablo, la rodeaba un cuidado y amplio jardín en el que destacaban sobremanera los numerosos rosales.

Les abrió la puerta una mujer con cara avinagrada, bastante alta y de fuerte complexión, por completo vestida de negro, que a Alex le desagradó al primer vistazo. De modales bastante fríos, se limitó a hacerles pasar a un salón bellamente decorado, con paredes forradas de tela listada en verde y blanco, a juego con la tapicería de los pesados y carísimos muebles de maderas nobles, así como las gruesas cortinas y la exquisita alfombra blanca con dibujos geométricos que ocupaba casi todo el piso. Una araña de doce brazos, alimentada por gas, colgaba del techo.

—Avisaré a milord de su llegada.

Mientras aguardaban la aparición del anfitrión, ni la joven ni su madre se privaron de echar un vistazo a las pocas obras expuestas en vitrinas y pedestales. Para su decepción, a ambas les intrigó el hecho de que no fueran piezas demasiado valiosas. Lo único decente era una pequeña colección compuesta por seis escarabajos de lapislázuli de distintos tamaños.

—¡Mis queridísimas señoras!

La almibarada voz del conde interrumpió el repaso del muestrario expuesto, poco interesante por otro lado.

—Gracias por su invitación, milord.

—Gracias a ustedes por aceptarla. Veo que estaban ojeando mis escarabajos. ¿Qué les parece? Pero, por favor, siéntense. Espero que lo que ha mandado preparar la señora Grant, mi ama de llaves, sea de su agrado.

Lo fue, en verdad. La mujer con apariencia de cuervo malhumorado podría ser arisca, pero sabía el modo de honrar a las visitas. Tras unos minutos de charla banal, Egerton quiso mostrarles los papiros, que sacó de una caja de cedro.

—Por supuesto, les pido su opinión profesional.

—Pues lamento decirle, milord —dijo Florence después de examinarlos a conciencia—, que solo uno de ellos es auténtico. Este otro es una falsificación.

—Lo temía. Nunca puede uno acertar, ¿verdad? De todos modos, tal como le dije a su hija, el auténtico será donado al museo.

—Una decisión por completo acertada, milord —asintió Alexandra—. Sin duda el bibliotecario principal y el señor Henderson le estarán agradecidos.

—¿Henderson?

—Su secretario —aclaró la muchacha con un parpadeo rápido—. Me dio la impresión, durante la exposición, de que se conocían.

—¡Ah! Se refiere a él. Lo he visto un par de veces en el museo, sí.

Soportaron su tediosa charla algunos minutos más y luego, como habían acordado, viendo Alex que no iba a sacar nada en claro del conde sobre su posible relación con el secretario de Planta, hizo una disimulada seña a su madre. Florence dijo sentirse algo indispuesta, y Egerton, con gesto preocupado, se prestó de inmediato a cederles su carruaje, ofrecimiento que desestimaron puesto que el suyo las esperaba fuera. Volvieron a agradecer la invitación, le brindaron su casa para cuando

quisiera, y poco después el ama de llaves las acompañaba hasta la salida.

Mientras que su madre se adelantaba hacia el carruaje, Alex no pudo evitar abandonar el camino de gravilla y adentrarse en el jardín para hacerse con una de las rosas de invierno que crecían debajo del ventanal que daba al salón. Supuso que al conde no le importaría el pequeño hurto y a ella le encantaban.

Aunque ya oscurecía sobre la ciudad, la luz de gas proveniente del interior le permitió elegir un precioso capullo. Lo cortó con cuidado y aspiró su aroma. Justo en ese momento se apagó la luz de la casa. Por instinto, la mirada de Alex se dirigió hacia el salón... Y lo que vio la dejó confundida.

¿Acababa de ver a lord Egerton con un candil en la mano atravesando el muro?

## Capítulo 12

Henderson se adentró con paso renqueante en Hatchards, la librería más antigua de Londres, bastante escasa de clientela a aquella hora de la tarde, ya próxima a cerrar sus puertas. Disfrutaba visitando el local abierto hacía ya veintidós años, tras hacerse su dueño con la inestimable colección de libros de Simon Vandenberg. La tienda olía a papel, a cera y limón, y siempre solía abandonarla con algún libro bajo el brazo. Sin embargo, en la presente situación no iba a comprar nada, acudía a la llamada de una nota recibida.

No tardó en localizar a la persona que lo había citado; se entretuvo en toquetear algunos ejemplares antes de acercarse con disimulo.

—Buenas tardes —saludó en voz apenas audible, obviando nombres y ojeando uno de los libros como si estuviera interesado en su contenido.

—Manténgase inactivo por el momento.

La orden, transmitida en el mismo tono usado por él, lo sorprendió. No miró a ningún lado, se limitó a dejar el libro que sostenía y tomar otro.

—Tenía en mente conseguirle una tablilla de...

—Manténgase inactivo le he dicho, Henderson. —La persona que estaba a su lado subió un poco el timbre de voz—. Alguien anda metiendo las narices por ahí y nos conviene esperar.

—¿Quién está detrás? ¿Los *runners*?

El secretario de Joseph Planta no pudo enmascarar su alarma. Se jugaba mucho, demasiado, si aquellos sabuesos se olían algo de sus pillajes. Porque lo cierto era que, desde que ocupaba el cargo en el museo, gracias a la «deliberada» desaparición del anterior funcionario, con el fin de hacerse con obras de arte, su cuenta bancaria iba engordando a ojos vista. Y no quería dejar de aumentarla.

No había sido sencillo llegar a donde estaba, claro. Primero, hubo de perpetrarse un asesinato: el de Derek Smith. Y él, en una ocasión, se había visto abocado a contratar a un rufián para que lo ayudara, dado el peso de lo que quería sustraer. Pero por su lado no habría problemas: el fulano en cuestión había pasado a mejor vida en cuanto acabó el trabajo.

Quien le daba las órdenes le había conseguido las credenciales para hacerse con el puesto del difunto Smith, pagaba bien y a él no le gustaba dejar cabos sueltos. El acuerdo que mantenían beneficiaba a ambos. Si los objetos robados eran revendidos en el mercado negro, no era asunto suyo. A él solo le importaba el dinero, obtener el suficiente como para poder regresar a Gales, ser dueño de una propiedad y disfrutar de una vida sin estrecheces.

—Si fueran ellos no me preocuparía —oyó que decía su cómplice—. Son las ratas de alcantarilla de los suburbios quienes han empezado a hacer preguntas. Tal vez el individuo al que contrató se

fuera de la lengua.

—Imposible. Cuando hablamos del trabajo no tenía idea de su cometido porque nada le dije, y lo eliminé en cuanto finalizamos. Le aseguro que nadie quedaría con vida después de...

—No me interesa saber cómo se deshizo de él.

—Está muerto —aseguró, pero ya con un punto de inquietud.

—Sea como fuere, están haciendo preguntas.

Henderson se atrevió a alzar la mirada durante unos pocos segundos antes de soltar el libro que tenía en las manos y hacerse con otro con dedos temblones.

—No debería preocuparse.

—¿No debería?

—Lo más probable es que esas pesquisas vayan encaminadas hacia otro lado, nadie puede sospechar de nosotros.

—Rece para que sea así. De cualquier manera, si detecta algún movimiento extraño en el museo, lo que sea, quiero saberlo. ¿Qué pasa con esa enredadora señorita Tanner? ¿Ha vuelto a fisgonear?

—Hace días que lo dejó. No encontró nada, sé hacer las cosas bien.

—Siga haciéndolas. Hasta ahora me ha sido útil, Henderson, pero nadie es imprescindible. Si su traspiés, arriesgándose a que casi lo pillaran en pleno robo, me causa el menor problema...

A Norman le costó tragar la saliva que se le había quedado atascada en la garganta porque aquellas palabras eran, en sí, una clara amenaza. No, a aquella persona no le importaría prescindir de él; si tenía la más mínima duda ya podía ir encargando su propia lápida.

## Capítulo 13

A pesar de la recomendación de tomarse un respiro en sus actividades, Tanner no quiso ni oír hablar de anular la ronda de conferencias que él y Belzoni tenían apalabradas: tres en el Teatro Real de Bath y dos más en York, donde sir John Lister-Kaye y su esposa, lady Amelia, les habían cedido su mansión. A él, afamado jugador de cricket en sus años jóvenes, no le interesaba demasiado el arte, pero su esposa, hija de George Harry Grey, conde de Stamford y Warrington, lo adoraba y había insistido en convertirse en anfitriona.

No estarían más que unos pocos días fuera, viajarían en un carruaje cómodo y procuraría descansar entre coloquio y coloquio. Así se lo expuso a Daniel y al doctor Maxtell, acabando por obtener el beneplácito de ambos, a condición de que continuara tomando el preparado dispuesto por Bridge.

Florence no los acompañaría porque se inclinaba más por el trabajo de campo que por el de las disertaciones delante de extraños, decidiendo en cambio que lo más acertado era trasladarse aquellos días a casa de su hermanastro, a Creston House. Londres la agobiaba, y tanto ella como Alex podrían disfrutar de campo abierto y del benjamín de la familia.

Antes de partir, sin embargo, recibieron la invitación de lady Vaughan y acudieron a la cita.

Resultó una tarde tan tediosa como Alexandra había imaginado. Ciertamente fue que las damas invitadas por la anfitriona pidieron, al principio, que les contaran algunas de sus peripecias por tierras egipcias. Y hasta se habló de los expolios que muchos de los arqueólogos habían llevado a cabo, entre ellos el propio Giovanni Belzoni quien, el año anterior, había entrado en la pirámide de Jafra. Contrariamente a lo que esperaba el italiano, solo encontró algunos huesos de animal y restos de comida podrida dejada por los saqueadores. Aquello lo enfureció. Cosa curiosa cuando él estaba actuando de forma similar en las distintas tumbas del Valle de los Reyes, entre ellas la de Seti I. Su modo de proceder chocaba con Tanner y, en más de una ocasión, discutieron de forma acalorada y hasta amenazó el inglés con abandonar el grupo.

Luego, la conversación se desvió hacia temas más mundanos, como el último escándalo de lady X o si lord Y había sido pillado en un fumadero de opio. Momento ese en que Alexandra y su madre se excusaron aduciendo tener que marchar a Creston House.

Al día siguiente, prepararon pues un par de baúles con lo más indispensable, dejaron la casa en manos del mayordomo y, mientras se cargaba todo en el carruaje, Alexandra escribió una escueta nota para Daniel, por si surgían noticias.

Y sí. Las hubo. Le llegaron a Bridge aquella misma tarde.

Se disponía a abandonar la clínica cuando entró una mujer. Enlutada de pies a cabeza, no aparentaba estar enferma. Daniel dejó el abrigo que ya se estaba poniendo y se dispuso a atenderla, extrañándose de que ella no dejara de mirar a todas partes, como si quisiera asegurarse de que estaban solos. Cerró la puerta antes de decirle:

—*M'an* dicho que venga a verle, *doc*.

—¿Qué le sucede?

—A mí, *ná*. Pero a mi compañero le rajaron el cuello, y *pué* que a *usté* le interese lo que me contó el día en que lo mataron. Algo *relacionao* con el museo.

Bridge, al oír de qué se trataba, también tomó sus precauciones comprobando no solo que la puerta estuviera bien cerrada, además echó el visillo de la ventana antes de pedirle que tomara asiento en el banco.

—¿Qué es lo que viene a decirme?

—Primero, quiero saber cuánto me *v'a* pagar —se apresuró a subrayar ella con cierto nerviosismo.

—Dependerá de lo que me cuente, señora...

—Mi nombre no importa —dijo, echado hacia atrás la capucha de la desgastada capa con la que se cubría antes de ocupar un sitio junto a él—. Julian tenía que hacer un trabajo aquella noche *pa* un caballero. Dijo que iba a sacar una buena *tajá* por la faena, pero no volvió a casa, lo encontraron muerto dos días después.

Daniel se la quedó mirando y un hormigueo de recelo le recorrió la espina dorsal.

—¿Un caballero? ¿Por qué lo describió así? ¿Mencionó su nombre?

—Al parecer hablaba de modo *educao*, así que no era un muerto de hambre. Le dio media corona de adelanto. ¿Su nombre? Seguro que ni lo sabía, por aquí no se suele preguntar quién le contrata a uno, siempre que pague. Solo comentó que tenía que esperarlo a medianoche en la puerta trasera del museo.

—Entiendo.

—Bueno... También se burló del tipo porque, según él, tenía algo de chepa.

Bridge se recostó en la pared e inhaló todo el aire que le permitieron sus pulmones. El recelo anterior se iba convirtiendo en alarma porque aquella descripción, parca pero muy indicativa, le hizo pensar de inmediato en Norman Henderson. Trató de desechar su prejuicio tal como le llegó porque aquel hombre gozaba de la confianza de Joseph Planta, había colaborado de buena gana facilitándoles información sobre la agresión al centinela, parecía afectado por el robo... Pero recordaba con viveza las conjeturas de Alexandra y, cuanto más vueltas le daba a la información que le facilitaba aquella mujer, más crecía su desconfianza.

La suspicacia ya era aprensión, a un paso de desembocar en miedo.

Miedo por Alexandra.

Si se confirmaba como cierto que Henderson había contratado al compañero de su confidente, no solo estaban hablando de la sustracción de alguna que otra pieza de valor, estaban hablando nada menos que de asesinato.

—¿Vale algo lo que le he *contao*, jefe? —Oyó que le preguntaba.

Se pasó la mano por la frente para apartar de sí sus reflexiones. Se levantó, sacó de su ropa la bolsa donde llevaba el dinero, se quedó con algo y se la entregó a ella. La mujer volcó sobre la palma de su mano las monedas y, satisfecha, las devolvió a su lugar para, a continuación, meterse la bolsa entre los pechos y marcharse.

Nada más irse, Daniel se puso en movimiento: tenía que avisar a Alexandra sin perder un minuto. De ninguna manera iba a permitir que volviera al museo, la quería tan lejos como fuera posible de Henderson.

Sin embargo, no era factible acercase a Creston House, tenía que hacer algo que no admitía retraso: la mujer de Thomas Penn, el deshollinador, estaba a punto de traer al mundo a su tercer hijo y había prometido visitarla.

Tomó pues papel y pluma, escribió una rápida nota, la metió en un sobre y cerró el dispensario. A paso rápido atravesó la calle, se adentró en el primer callejón a la derecha y llegó hasta la taberna El pato azul, un tugurio del que salían risas y voces de ebrios.

La buena suerte le hizo distinguir a la primera inspección a Jimmy, el hijo de un hombre al que trataba de sífilis, que se ganaba unos chelines sirviendo cervezas en el local. Lo llamó, hablaron un momento y luego salieron a la calle. Allí le entregó el sobre y el dinero con el que se quedara, mientras accedían a una de las vías más anchas.

Daniel paró al primer coche de punto con que se cruzaron, indicó al conductor dónde debía llevar al muchacho y lo instó a subir a la cabina.

—Debes entregárselo a la señorita Alexandra Tanner, solo a ella —repitió. No era conveniente que Florence se enterase de en qué lío se estaba metiendo su hija.

—Tranquilo, así lo haré.

—Mañana pásate por la clínica y te pagaré el favor.

—Ya me paga atendiendo a mi viejo, *doc* —sonrió el chaval antes de dejar caer la cortinilla.

# Capítulo 14

Alex:

Tengo noticias inquietantes. Mañana te explicaré.

No vayas al museo. No vayas, pase lo que pase.

Daniel

La escueta nota que le entregara el joven enviado por Daniel la noche anterior había disparado su imaginación y su preocupación. Maldijo que no hubiera sido más explícito porque los secretos la ponían frenética. Podría haberse extendido un poco más en lugar de dejarla con una incertidumbre que la desesperaba.

Por mucho que le fastidiara, no quedaba otra que esperar.

No tenía intención alguna de hacer caso a la orden de Daniel. ¡Quién se creía que era para decirle dónde podía o no podía ir! Sin embargo, aquella mañana no pensaba acercarse a la ciudad, estaba convencida de que era una pérdida de tiempo volver a revisar las anotaciones del cuaderno de entradas. Prefería disfrutar de la inesperada visita que acababan de recibir a la hora del desayuno.

De todos modos, mientras atendía a medias a la conversación, no dejaba de preguntarse qué demonios quería decir Daniel con «noticias inquietantes».

Oyendo la última frase abrió los ojos como platos y se reincorporó a la tertulia que Nicole y ella mantenían con la hija del duque de Hatfield.

—¿Está usted hablando en serio, milady?

Ella se consideraba una mujer animosa y hasta atrevida, pero nunca se le hubiera ocurrido ambicionar lo que la vizcondesa de Weymouth acababa de confesarles: nada menos que entrar a formar parte de los *runners*.<sup>[4]</sup>

—Por completo. Y, por favor, tutéame, tenemos la misma edad. Sé que hay, al menos, dos mujeres que ya trabajan para la policía, de modo que ¿por qué no yo? A Patrick no es que le haga la menor gracia, desde luego.

—Es natural. Se preocupa por ti —terció Nicole.

—Lo amo por eso. Pero más pronto que tarde las mujeres tomaremos el lugar que nos corresponde en la sociedad y dejaremos de ser meros objetos decorativos.

—Los tiempos cambian, qué duda cabe, pero para eso aún falta mucho —dijo Alexandra.

—No voy a negar que, para ciertas cosas, es imprescindible la fortaleza de un varón, querida. Pero hablamos de inteligencia, y eso no es, desde luego, atributo exclusivo de los hombres.

—Acabarás con la salud mental de tu esposo —aseguró la anfitriona, sonriente, aunque por completo de acuerdo con lo que su amiga decía.

—Lo dudo mucho —repuso Lili con candor, dejando con delicadeza su taza de té. Era la viva imagen de la dulzura, como si no hubiera roto un plato en su vida—. Y ahora, ¿por qué no me traes al pequeño heredero? Quiero besuquearlo un poco antes de marcharme.

Nicole asintió de buena gana, abandonó su sillón y salió del cuarto; no sería ella la que evitara presumir de Cayden.

Apenas esta se hubo ido, Alexandra cambió su asiento por el que estaba más cercano al de Lili.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. Otra cosa es que sepa responderte.

—¿Qué opinión te merece el robo en el museo? Nicole me dijo que mi primo os lo contó y pidió ayuda a tu esposo.

—Así es. Y creo que es un feo asunto, sobre todo si tenemos en cuenta que, además, hubo daños personales. El bibliotecario principal se negó a que se abriera una investigación para evitar el escándalo y la mala publicidad, pero Patrick está llevando las pesquisas por su cuenta.

Alex había oído decir que el vizconde colaboraba con los agentes de la ley en algunos casos.

—También yo estoy llevando las mías.

Las cejas de Liliana Chambers formaron un arco perfecto, inclinó un poco la cabeza hacia ella y quiso saber:

—¿Y cómo es eso?

—No pretendo interferir, desde luego, pero hay una incógnita que me quita el sueño y tengo alguna teoría al respecto. Es probable que sea una locura, lo confieso.

En la mirada de la hija del duque de Hatfield apareció un súbito brillo de interés. Dio un rápido vistazo a la puerta por si aparecía Nicole y aseguró en voz baja:

—Me encantan las locuras. Soy toda oídos.

Para cuando la vizcondesa de Wickford regresó, llevando a su pequeño hijo en brazos, Alexandra estaba exultante. No solo había conseguido la desinteresada ayuda de Liliana, sino que estaba a un paso de embarcarse con ella en una aventura que hacía que su sangre corriese alocada por las venas. Habían quedado en verse frente a la catedral de Saint Paul tres días después. Cada una pondría la excusa de pasar la noche en casa de la otra para acercarse a primera hora de la mañana a la escuela de huérfanos a la que ya había hecho una visita con Nicole. Visita que, a fin de cuentas, le acababa de dar un hilo del que tirar al recordar, de repente, lo que le dijera el niño pelirrojo y el esmerado trabajo de Norman Henderson.

\*\*\*

El día había amanecido fresco pero agradable y solo algunas nubes algodonosas cubrían el cielo. Alexandra apenas había dormido por culpa de la nota de Daniel, pero después de hablar con Liliana cualquier atisbo de cansancio desapareció. Y es que seguía sin creer en su buena suerte. Lo único

que pedía era que su tío, Jason o el duque no descubrieran lo que ambas se traían entre manos, antes de poder llevarlo a cabo.

Al marcharse Lili, se encerró en la biblioteca, dispuesta a aguardar la llegada de Daniel. Tenía a medias una novela de Jane Austen publicada el año anterior: *Northanger Abbey*, de la que el personaje de Henry Tilney la tenía cautivada.

Sin embargo, no pudo leer ni un capítulo completo cuando escuchó alboroto afuera. Curiosa como era, y habituada a la quietud que solía existir siempre en la casa, cerró la novela y salió para interesarse por lo que ocurría. Encontró a la familia, al mayordomo y al ama de llaves en el hall, rodeando un extraño artefacto que acababan de desembalar. Todos hablaban al mismo tiempo.

—¿Qué es esto? —preguntó intrigada.

—Acaban de traerlo desde Mannheim —contestó su primo Jason, sacudiendo en el aire la carta que, imaginó, había llegado con el enorme paquete—. Me lo envía Karl Freiherr von Drais, un hombre al que ayudé cuando estábamos en Leipzig.

—Y... ¿dice qué es? —demandó dando vueltas alrededor, tan extrañada como el resto.

Se trataba de una máquina insólita compuesta por dos ruedas unidas por una barra, un manillar y un diminuto sillín.

—Si hago caso de su misiva, ha bautizado este cachivache como *draisiana*. Dice que hay que impulsarse con los pies y levantarlos tras ganar velocidad. Según él, se pueden recorrer grandes distancias evitando las caminatas.

El conde de Creston dijo que le parecía un disparate de lo más excéntrico y mandó de inmediato que llevaran «aquella cosa» a las caballerizas. Nicole, en cambio, creyó que podía ser divertido, contra la opinión de Jason, que aseguró no tener intenciones de abrirse la cabeza probándolo.

Alex no dijo nada, pero se prometió a sí misma intentarlo. A fin de cuentas, todo lo que significara innovación le interesaba.

Una vez desapareció el artefacto y todo volvió a la calma, pidió a Maille Page, el ama de llaves, su caja de costura. Subió a la carrera hasta su habitación, eligió la falda más deslucida que tenía, hizo un rápido arreglo en ella y, una vez satisfecha, se cambió de ropa para salir a escape hacia las caballerizas.

Darren, el encargado de los magníficos equinos de Creston House, se quedó desconcertado al verla entrar ataviada con una falda dividida en dos, a modo de indecorosos pantalones bombachos. Pero como era su costumbre, aquel hombre de pelo ensortijado, ojos azules y sonrisa de niño, ni comentó nada ni puso objeciones cuando ella pidió que le sacara el inverosímil regalo recibido por su primo. Solo se atrevió a elevar un poco la voz para rogarle que tuviera cuidado, mientras Alexandra, con una soltura impensable, se alejaba montada en tal artilugio.

Titán, el enorme bullmastiff de pelaje canela del conde, tampoco reconoció aquella masa que se movía y salió ladrando tras ella.

## Capítulo 15

Daniel sofrenó el caballo que había alquilado para acercarse a Creston House al cruzarse con Hugh, uno de los jardineros, a quien trató semanas atrás de una fuerte lumbalgia.

—¿Cómo se encuentra hoy, señor Coyle?

El citado levantó la cabeza, apoyó los antebrazos en la pala con la que trabajaba y sonrió al joven.

—Mucho mejor, doctor Bridge. El aceite que me dio para las friegas ha hecho maravillas.

—Debería guardar reposo unos cuantos días más.

—Ya me conoce, no soy hombre de estar inactivo.

—Cúidese, hágame caso —recomendó antes de dirigir la montura hacia las caballerizas.

No le dio tiempo a descabalar porque Darren le salió al encuentro con gesto preocupado, limpiándose las manos en el mandil que cubría sus pantalones, para decirle sin más:

—Vaya en su búsqueda, doctor, si no quiere tener que atender heridas por una caída o, peor aún, una cabeza abierta.

—¿De qué habla, señor Leech?

—De la señorita Alexandra. Hace unos minutos ha salido en dirección al lago, montada en una máquina que corre como un rayo.

—¿Cómo dice?

Darren se acercó a él, acarició el cuello del animal y se explicó:

—Han enviado un aparato extraño y la señorita se ha ido a probarlo.

Daniel no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo el caballerizo, pero oír los términos rayo y Alexandra en la misma frase fue suficiente para que se movilizara en el acto. Taconeó los flancos del caballo y lo puso al galope.

Alex, por su parte, ya se había caído varias veces intentando controlar el vehículo. Bastaba con ver un raspón en su rodilla derecha, la falda rasgada por culpa de un arbusto que no pudo evitar y diversas hojas y ramitas adheridas a su cabello. Pero no se desmoralizaba. Al contrario, una y otra vez se subía sobre el pequeño sillín, aferrándose con decisión al manillar, impulsándose hacia adelante, y dándose ánimos a sí misma cuando conseguía mantenerse derecha unos segundos rodando por los lisos senderos de la propiedad.

Sin embargo, el aparato comenzó a adquirir velocidad enfilando la cuesta que bajaba hasta el lago y no acertaba a frenarlo. Pensó que estaba pecando de impulsiva, que no había sido tan buena idea. Solo cabía echar pie a tierra, pero al tocar el suelo provocó un bamboleo que la ladeó sobre el asiento. Se torció un tobillo, perdió el control y salió despedida, cayendo desmadejada sobre unos matojos, gritando más de enfado que de temor.

—¡Mierda! —exclamó frustrada justo antes del golpe.

Daniel, ya a corta distancia, fue testigo del accidente y escuchó el contundente y vulgar exabrupto. Se le aceleraron las pulsaciones por lo que pudiera haberle ocurrido, fustigó al caballo palmeándole la ijada para que galopara más aprisa, llegando a la altura de Alexandra y saltando a tierra antes incluso de que el animal se frenara.

—¡¡Alex!!

En dos zancadas estuvo junto al cuerpo inerte. Se agachó y pellizcó suavemente sus carrillos repitiendo su nombre. Ella no respondía: sus ojos estaban cerrados, tenía arañazos en su mejilla derecha y un hilillo de sangre le corría por la sien del mismo lado. La preocupación comenzó a hacerse hueco en él, pero prevaleció su lado más profesional: le tomó el pulso e intentó reanimarla llamándola por su nombre y dándole pequeños cachetes.

—Alex, por Dios, contesta. —Un nudo de miedo atenazaba su garganta—. ¡Abre los ojos, maldita sea! ¡Alex!

Le atizó un par de suaves bofetadas a la espera de una reacción que no se producía. Pero no hubo lugar para más. De repente, una mano pequeña se aferró a su muñeca y unos ojos plateados entre desvaídos y airados se clavaron en los suyos para advertirle con voz segura:

—Si me vuelves a sacudir te voy a tener que devolver los sopapos, Daniel.

El alivio instantáneo que experimentó el ánimo contrito de Bridge fue proporcional a la sensación de recuperación física de la muchacha. Fue liberando el aire que había estado reteniendo en sus pulmones, la abrazó sin limitaciones y besó su frente susurrando una oración de agradecimiento al Altísimo.

El regocijo, no obstante, no le duró demasiado. El susto pasado se hizo presente y así lo exteriorizó:

—¡Eres una maldita loca! La mujer más desesperante que he tenido la desgracia de conocer, la más estúpida, la más irreflexiva, la más...

—Te he entendido, no hace falta que sigas regalándome cumplidos.

—Eres una insensata. Te juro que me dan ganas de mandarte a...

Él empezó a examinarle la cabeza, los brazos y las piernas para comprobar si tenía algún hueso roto.

Alex, orgullosa como siempre, le palmeó la mano.

—Deja ya de sobarme, ¿quieres? Estoy bien.

Lo apartó de sí, enfadada por el hecho de que él hubiera sido espectador de su humillación. Quiso incorporarse sola, pero le falló el tobillo, de modo que hubo de aceptar de mala gana la ayuda de Daniel, porque no tuvo más remedio. Al apoyar el pie izquierdo en el suelo se mordió el labio inferior y ahogó un gemido de dolor.

El batacazo pudo haber sido muy serio. Le dolían hasta las pestañas, pero tenía su ego, que era inmenso, además de ninguna intención de aparecer como una víctima. No quería quedar ante él como

una mema, aunque eso ya no tenía arreglo después del numerito que acababa de protagonizar. Echó un vistazo al aparato sobre el que había montado y arrugó el ceño: una de las ruedas estaba partida, y el manillar, desencajado de su eje.

—Necesito saber si tienes algún hematoma, tal vez interno. ¿Te duele algo? —Daniel insistía en examinarla.

—Mi amor propio —admitió al comprobar que no podía apoyar el pie sin sentir el correspondiente pinchazo de dolor—. Jason se va a poner como una fiera por haberle estropeado su regalo.

—Olvida eso. Podrías haberte roto la crisma, ¿no te das cuenta? ¿En qué demonios estabas pensando para montar en ese cacharro, así, sin más?

—Ese cacharro, como tú lo llamas, es una draisiana, un invento extraordinario —manifestó con el mismo engreimiento que si hubiera sido la inventora.

—Es estupendo, sin duda. Para abrirse la cabeza, ya lo he visto.

—Qué poco dice de ti que infravalores algo que puede cambiar el mundo —criticó ella, sin abandonar su actitud inconformista cuando, en realidad, le estaba hormigueando la piel bajo el contacto de las manos masculinas, que porfiaban en palpar con delicadeza por si tenía algún hueso roto—. Eres el ser más tozudo de la Creación, el más...

Daniel silenció sus protestas tomándola en brazos para caminar con ella resuelto hacia el caballo.

—Si me cabreas un poco más, Alex, solo un poquito más... —amenazó, de bastante mal humor después de un sobresalto que le había cortado el aliento.

Alex le pasó un brazo por el cuello y reclinó la mejilla furtivamente en su pecho, aspirando con deleite el aroma que despedía la piel de Daniel. ¡Cuántas veces había soñado con encontrarse así, entre sus brazos, escuchando los acelerados latidos de un corazón que demostraba, aunque él quisiera negarlo, que no le era indiferente!

Se supo complacida y también un poco pérfida. Alzó la cabeza para mirarlo a los ojos y le incitó con una sonrisa maliciosa:

—¿Qué haría usted si le cabreo un poco más, doctor Bridge?

Daniel se detuvo. No sabía por lo que decantarse: si dejarla allí y enviar a cualquiera a por ella, o besarla hasta saciarse de aquellos labios que se estiraban en una mueca irónica, provocándolo con todo descaro. Una sola mirada de Alexandra conseguía excitarlo, una sola palabra avivaba sus ansias por tenerla, una sola sonrisa podía conseguir que se fuera de cabeza al infierno por ella. Estaba enamorado de aquella mujer, la amaba más que a su propia vida y el tormento que le provocaba comportarse como un hombre honorable teniéndola así, tan cerca de él, tan a su alcance, lo estaba matando.

La estrechó contra sí, bajó la cabeza y se prendió de su boca. Perdía la cordura y hasta la dignidad cuando se trataba de Alexandra, le abandonaban las fuerzas para resistirse.

Lejos de alzar una barrera, la muchacha se apretó a él y le respondió enardecida entrelazando su

lengua con la de Daniel. Una vez más, dejó de importarle el decoro. Y es que, cuando él la besaba, el mundo estallaba a su alrededor en fuegos artificiales, en sus oídos sonaba la más hermosa melodía y sentía que flotaba.

Ninguno de los dos pudo determinar cuánto estuvieron besándose, el tiempo se había parado para ambos. Al separarse, Alex se pasó la punta de la lengua por los labios, un poco hinchados, y lo miró muy seria. ¿Cómo era posible que él siguiera insistiendo en mantenerla fuera de su vida? Ningún hombre se entregaba de un modo tan completo si la mujer no lo atraía. Maldijo su obstinación cien veces seguidas.

—Bájame.

—Ni aunque me amenazaran con la horca.

Volvió a besarla. Porque no podía hacer otra cosa. Encontró en Alex idéntica ansia que la que lo consumía a él, el mismo deseo irrefrenable. Una réplica que acabó por desarmarlo.

Había intentado poner freno a la atracción que sentía por ella, darle la oportunidad de encontrar a un hombre de su estatus, con más fortuna o acaso con título nobiliario. Pero era inútil, no podía luchar contra su corazón.

La subió a la grupa, montó delante, afianzó los brazos de la muchacha alrededor de su cintura y enfiló hacia la mansión. Al llegar, mientras la tomaba con delicadeza de la cintura para bajarla, dijo:

—Me gustaría que nos casáramos en Temple Church.

\*\*\*

Ya en la mansión, reclinada en los almohadones de su lecho, con el tobillo vendado y un apósito en la frente, Alexandra seguía como ida, respondiendo apenas con monosílabos a las preguntas de cuantos entraban y salían del cuarto interesándose por su salud. Su madre, Nicole, Jason, su tío, hasta el ama de llaves y la señora Fox, la cocinera, desfilaron por la habitación.

Seguía en su cielo interior, aun atónita por la súbita e imprevisible —increíble, maravillosa y enloquecedora— osadía de Daniel.

«El muy insolente ni siquiera me ha preguntado si estoy de acuerdo, lo ha dado por sentado. Así, de pronto, cuando hace muy poco me evitaba cuanto le era posible. Me ha dejado muda... con lo difícil que es eso, lo reconozco. ¡Quién entiende a los hombres! Y luego dicen que nosotras somos complicadas...», pensó.

Entre tanta ida y venida a su cuarto, más atestado que los jardines de Vauxhall, no les fue posible hablar de la súbita propuesta. A ella hasta se le pasó por la cabeza cobrar entrada. Daniel se había visto limitado a curar sus heridas, recomendar que tomara una cucharadilla de láudano si le dolían demasiado —lo que no pensaba hacer porque odiaba quedar aturdida con el brebaje— y susurrado:

—Es posible que Henderson esté vendiendo mercancía del museo en el mercado negro. Es peligroso, de modo que ni te acerques a él.

Eso fue todo cuanto pudieron hablar. No hubo ocasión para más, no les dejaron un minuto a solas para poder discutir si ella iba a aceptarle o no como esposo.

## Capítulo 16

Alexandra se había empeñado en salir de su cuarto. El tobillo le seguía molestando, pero no tanto como para quedarse recluida, de manera que permitió que la criada personal de Nicole la vistiera, y luego Jason, que insistió en llevarla en brazos como si fuera una inválida, la bajó al saloncito azul. Su primo la acomodó en un sillón, cerca de los ventanales, con el pie lastimado sobre un escabel.

Nicole se obcecó en hacerle compañía e intento entretenerla contándole distintas trastadas de su hermano Ian cuando era pequeño. Pero ella tenía la cabeza en otro sitio y apenas disfrutó de las andanzas del escocés.

No quiso comentar nada a su amiga sobre la insólita decisión de Daniel. No quería echar las campanas al vuelo, primero debía aclarar las cosas con él, sabedora de la inclinación de Nicole al romanticismo. De decirle algo, no tardaría en hacer planes proyectando ya una boda.

Tampoco había dormido demasiado aquella noche dándole vueltas al asunto, preguntándose por el repentino cambio de parecer del hombre por el que llevaba tanto tiempo suspirando. Siempre pecó de impulsiva, pero en las circunstancias presentes se trataba de su futuro. No. Se trataba del futuro de ambos y debía regirse por la prudencia, por mucho que anhelase pasar el resto de su existencia junto a Daniel. Necesitaba saber que no se trataba de cumplir como un caballero después del interludio en el carruaje, que él la amaba de verdad, del mismo modo apasionado que lo amaba ella.

Porque no admitiría menos.

A pesar de la charla de Nicole, para cuando apareció Daniel, una hora más tarde, estaba aburrída como una ostra.

—¿Cómo está hoy nuestra atolondrada señorita Tanner?

La voz varonil hizo que volviera la cabeza. Daniel entraba con un botiquín en las manos y estaba tan atractivo que el corazón empezó a bombarle alocado.

—Bastante apática, la verdad —contestó Nicole—. ¿Necesitas ayuda?

—No, gracias. Pero sí agradecería que me sirvieran un café, he dormido poco y necesito despejarme.

—¿Alguna contrariedad?

—Complicaciones con un paciente.

La vizcondesa se levantó para tirar del cordón que llamaba a la servidumbre cuando Alex la interrumpió.

—Nicole, me gustaría hablar un momento a solas con Daniel. ¿Te importa?

Su amiga frunció el ceño y se lo pensó unos segundos. No era lógica su solicitud. Confiaba en ellos, pero no en la afición de algunos criados al cotilleo. De todos modos, acabó por encogerse de

hombros y acceder a lo que le pedía.

—Yo misma traeré el café para que no os interrumpa nadie —dijo antes de salir cerrando la puerta tras ella para dejarles privacidad.

Daniel depositó el botiquín junto al escabel, se arrodilló en la alfombra y procedió a subirle un poco el ruedo del vestido, lo justo para poder quitarle la venda.

—¿Te ha dolido?

—Ni un poquito —aseguró ella, notando que se le encogían los dedos del pie al tacto de las manos masculinas.

—No está hinchado, es buena señal.

—Pues informa a todos de que estoy curada, han montado un complot para no dejar que me mueva.

—No exageres, solo quieren cuidarte.

—No necesito que me cuiden, soy mayorcita para hacerlo sola.

—Me lo demostraste ayer, sí —musitó él mientras frotaba el tobillo con un aceite que olía a menta.

—Un accidente lo puede tener cualquiera. Y fue muy divertido montar en ese aparato, para que lo sepas.

—No me cabe la menor duda —ironizó. Volvió a vendar el tobillo, le bajó el ruedo de la falda, recogió sus útiles y se acomodó en el sillón de enfrente. Imaginaba de qué quería hablar ella, pero no pensaba ponérselo fácil—. Bien. ¿Qué es eso tan particular que tienes que decirme para tener que quedarnos a solas?

—Necesito...

La llamada a la puerta hizo que guardara silencio. Daniel abrió, tomó la bandeja que le entregaba Nicole y la depositó en una mesita baja.

—Tenéis diez minutos —avisó la vizcondesa antes de volver a desaparecer.

Bridge le señaló el café, Alex negó con la cabeza y él se sirvió una taza antes de volver a sentarse.

—¿Decías?

—Que necesito que me expliques qué quisiste decir con eso de casarnos en Temple Church.

—Pues eso, que siempre me gustó esa iglesia en particular. Pero si prefieres otra...

—¡Daniel, estoy hablando en serio! —Golpeó el brazo del sillón.

—Y yo.

—Ni siquiera le has pedido mi mano a mi padre.

—Lo haré en cuanto regrese de su viaje.

—¿Y qué hay de mi parecer? No soy un objeto al que puedas comprar, tengo mi propia opinión, ¿sabes? ¡Maldita sea, estamos en el siglo XIX, no en la época de las cavernas! Las cosas no se hacen así. Hay unas normas, un modo de hacer, una tradición...

Daniel sonreía con una flema candorosa, disfrutando por sacarla de sus casillas, con los ojos clavados en ella hasta hacer que se callara. Prescindió de su taza y se acercó a ella muy despacio,

como el felino a punto de saltar sobre su presa. Apoyó sus manos en los brazos del sillón que ocupaba Alex y ella hubo de alzar la cabeza para mirarlo a la cara.

—Tú y yo, cariño, pocas veces hemos hecho las cosas como debíamos. Normas, dices. ¿Desde cuándo las sigues? Nunca lo has hecho, que yo recuerde.

—Puede que empiece ahora.

—Justo en el momento más inoportuno. Mira, Alexandra: he intentado alejarte por todos los medios y he fracasado. Me es imposible estar cerca de ti sin besarte o tocarte. Ahora mismo libro una batalla interior para no tomarte en mis brazos, solo me lo impide el respeto que les debo a mis anfitriones.

—Eso sería si yo te lo permitiera. ¿Qué te has pensado?

Daniel solo se enderezó y arqueó una ceja haciendo que enrojeciera. Él sabía que su aparente recato era solo una farsa.

—Se te da muy mal mentir, cariño. Pero tampoco yo me veo con fuerzas para seguir luchando contra lo que siento por ti.

—Eso suena a una declaración en toda regla, señor Bridge —sonrió coqueta.

—¿Y te es suficiente para aceptar casarte conmigo?

—Tendría que pensarlo —dudó ella, con el sonido del corazón bombeándole en los oídos, loca por tirarse a sus brazos—. La verdad es que siempre imaginé algo más... romántico. No sé. Tal vez que el caballero que me pidiera matrimonio lo hiciese como en las novelas, que me regalara el oído con todas las virtudes que ve en mí, ya sabes...

Daniel se echó a reír. Hincó la rodilla en tierra, tomó su mano derecha entre las suyas y dijo:

—Eres una insolente, Alexandra Tanner, pero no quiero a otra. Una inconsciente, pero ya no imagino la vida junto a una mujer que lo sea menos que tú. Eres una mezcla explosiva de osadía y orgullo que me ha robado el alma.

—No sé si vas bien... —Volvió a sonreír con picardía.

—Despertarme cada día a tu lado es un reto que me fascina porque nunca sabré con qué locura voy a encontrarme —continuó él—. Lo más probable es que discutamos a diario, pero no importará si te tengo a mi lado. Me embrujaste desde el primer momento, me conquistaste con tu encanto, conseguiste que cayera rendido a tus pies sin proponérmelo y quiero compartir contigo lo que me reste de vida.

Alex encerró el rostro varonil entre sus manos y lo besó en la boca. Él respondió con una intensidad que le provocó un escalofrío de placer. Así y todo, le resultaba divertido agujijonearle un poquito más y le dijo:

—Pensaré si te acepto como marido.

—Pequeña, ya me aceptaste cuando te besé la primera vez. Y volviste a aceptarme aquella noche, en la fiesta de disfraces. No puedo ofrecerte lujos, mi amor, pero sí mi corazón, que ya te pertenece. Estoy locamente enamorado de ti, Alex. Te amo.

—Yo te he amado desde siempre —declaró ella con convicción, dejando de lado cualquier sarcasmo.

La puerta se abrió de repente, asomando por ella la cabeza de la condesa viuda.

—¡Entonces dile que sí de una vez, niña! Me resulta incomodísimo estar escuchando detrás de la puerta a mis años.

—¡¡Abuela!!

—Anda, hijo, consigue que fije la fecha de la boda, me gustaría asistir a ella antes de volver a España.

Y así, dejando a los dos riendo, María Vélez se fue por donde había llegado.

## Capítulo 17

Tal como conviniera con Lili en Creston House, había llegado a la catedral de Saint Paul a bordo de un carruaje de alquiler, vestida de negro y con un velo cubriéndole las facciones. Era noche cerrada, hacía frío y la persistente y espesa niebla que cubría Londres como un sudario se le había colado hasta los huesos. Salvo un par de coches que cruzaron en dirección a Fleet Street, no había visto a nadie.

Con las manos afianzadas al cuello de la capa, resguardándose de la desagradable temperatura en una esquina, no pudo evitar temblar con cada tañido de las campanas anunciando la medianoche. Por un lado, la emoción la embargaba, por otro estaba preocupada. No por ella, sino por las consecuencias que podría acarrear su aventura si las pillaban.

A la hija del duque de Hatfield no se la veía por ningún lado, y los minutos de espera se le estaban haciendo eternos preguntándose si no estaban a punto de cometer una chifladura. Le dio tiempo a imaginar las varias situaciones en las que podrían encontrarse, todas ellas catastróficas. Porque podía no salirles nada bien. Y el problema de que fueran descubiertas no solo afectaría a Lili y a ella, sino a sus familias. ¿Qué argumentos podían esgrimir si las cazaban husmeando dentro de una propiedad privada en plena noche? Ya se veía esposada. El escándalo, si eso sucedía, sería mayúsculo: todos los periódicos se harían eco de su fechoría, serían denostadas, quedarían convertidas en parias para el resto de sus vidas, porque el círculo social al que pertenecían no tenía piedad en esos casos.

Lo que era peor: su matrimonio podía irse al garete después de lo que le había costado conseguir a Daniel.

Arrinconó aquellos nefastos pensamientos y oteó la calle.

Algo después, oyó que se acercaba un carruaje entre la niebla. A medida que se aproximaba distinguió un coche negro, sin distintivos, gobernado por un sujeto de buena envergadura vestido de oscuro. La propia Lili abrió la puerta y ella subió, frenética por ponerse a cubierto.

—¿Preparada? —preguntó Liliana en cuanto el coche se hubo puesto en marcha.

—Lamento haberte metido en este lío —confesó.

—Haces mal, para mí es divertido.

—No hemos contado con que alguien en la casa siga despierto.

—¿A estas horas? No es probable, apuesto a que todos estarán en brazos de Morfeo. Mi cochero nos dejará en el callejón que da a la parte trasera de la casa y permanecerá alerta.

—¿Te fías de él?

—¿De Michael? —Lili asintió—. Te asombrarías de las veces que me ha acompañado a lugares

nada apropiados para una dama.

Alex no dudó ni un segundo de que así habría sido, no era ajena, gracias a Nicole, a las andanzas de su compañera de correría. Pero eso no la tranquilizó. También ella se había metido en algunos líos, pero nada comparable al hecho de poder ser arrestada y encarcelada por allanamiento de morada.

—¿Cojeas o he visto mal?

—Tuve un pequeño percance, pero quédate tranquila, correré si hace falta salir a toda prisa — bromeó para erradicar sus miedos.

El cochero las dejó donde habían previsto, en la parte trasera del edificio, alejándose luego un trecho para desaparecer entre la bruma. No vieron luces encendidas, reinaba un silencio casi absoluto, pese a lo cual permanecieron agazapadas cerca de la puerta de servicio durante un par de minutos. Alex se preguntó entonces cómo iban a entrar; con la ofuscación por averiguar qué escondía lord Egerton no había caído en aquel «pequeño detalle».

Lili demostró que iba preparada, resolviendo el problema en un abrir y cerrar de ojos, dejándola poco menos que atónita: tanteó la cerradura, se quitó un par de horquillas, las dobló y la emprendió con ella. Segundos después se escuchó un clic y su amiga empujó la puerta cediéndole el paso con un guiño cómplice.

—¿Dónde demonios has...?

—Tío Alan es un experto en ciertas cosas, y algo he aprendido de él.

Recorrieron parte de la casa a tientas, alumbrándose solo con la diminuta llama que proporcionaban los múltiples cerillos de los que se había provisto Lili —otro punto para ella— y que prendía introduciéndolos en un minúsculo frasco que olía a rayos y centellas. Los palitos se apagaban a los pocos segundos, pero fueron sus aliados para evitar que se llevaran algo por delante.

Después de un angustioso peregrinaje por distintas dependencias, dieron por fin con el salón.

—Echa las cortinas.

La advertencia, en un susurro apremiante, hizo que Alexandra se pusiera en movimiento. Si era franca con ella misma, no le llegaba la camisa al cuerpo, como solía decir la condesa viuda. Estado muy contrario al que mostraba su compañera de aventura, a la que esa correría parecía divertirle, y de qué modo.

Daniel le había advertido contra Henderson y, aunque le fastidiaba ceder, pensó que debía hacerle caso. Sin embargo, nada dijo acerca de lord Egerton, ¿verdad? Y era en su casa donde estaban curioseando, de modo que no traicionaba la palabra dada.

A Lili, tras lo que ella le había contado, y aficionada como era a desplegar sus dotes detectivescas, no le cabía duda de que ese hombre guardaba un secreto. Y a ella, que el conde estaba compinchado con Henderson. Aún no sabía en qué o cómo, pero lo averiguarían.

No dejaba de ser una corazonada, así se lo había dicho a Daniel, pero necesitaba confirmar si estaba en el camino acertado o se equivocaba.

Una vez cerradas las cortinas, se arriesgaron a encender un par de lamparillas.

—¿Dónde viste a Egerton atravesar el muro?

Alexandra miró las paredes de la habitación y acabó señalando la librería que cubría una de ellas.

—Juraría que desapareció por ahí.

—Empecemos a buscar. Solo los fantasmas atraviesan los muros, y yo no creo en aparecidos. Por fuerza debe existir una puerta tras la librería, así que tenemos que encontrar algún tipo de resorte... Tal vez una pequeña cerradura, un aplique, alguna figura decorativa... —dijo mientras comenzaba a toquetear y mover objetos.

Nada. Ni cerradura, ni anilla de la que tirar, ni escultura que al ladearla les mostrara un indicio. Comenzaban a desesperar cuando Alex, al introducir la mano tras unos libros de griego, se fijó en uno que no correspondía a la colección y que llamó de inmediato su atención.

—¿Te imaginas al conde leyendo *A Sicilian Romance*?

Lili se acercó presurosa, alzó su propio candil para verlo mejor y enarcó las cejas.

—Dudo mucho que nuestra querida Ann Radcliffe sea santo de su devoción.

Se miraron ambas expectantes con un rayo de esperanza en los ojos. Más animosas, tiraron del libro con cuidado, escucharon un tenue chasquido y la estantería comenzó a moverse despacio hacia un lado.

Con el alma en un puño, las dos muchachas se colaron en el cuarto secreto que quedó al descubierto, alumbraron el interior y, entonces sí, soltaron a la vez un jadeo. Porque ante sus asombrados ojos apareció un óleo que de inmediato identificaron como un Tintoretto, otro que era sin duda obra de Durero y un hermoso Velázquez. Cada uno de ellos colocado en un caballete de madera oscura. Delante de ellos, un mullido sillón de tapicería roja y un escabel para apoyar los pies.

No había valiosos códices medievales, ni tallas de madera policromada, ni bustos de mármol o reliquias egipcias. Y mucho menos lo que esperaban encontrar: la estatua de la diosa Maat.

—Ya ves cómo es el mundo, querida: unos atesoran cuadros para disfrutarlos en privado mientras otros se mueren de hambre. Lord Egerton pertenece a ese grupo de privilegiados, o quizá dementes, que goza manteniéndolos escondidos. ¿Serán acaso robados?

—Es posible que hayan sido adquiridos por cauces ilegales y que Henderson sea el intermediario, tal vez fuera de esto de lo que hablaban en la exposición.

—Pues aquí no está tu desaparecida estatua, así que estamos como al principio.

—Ni mucho menos. Nos queda una baza por jugar: tenderle una trampa al señor secretario.

## Capítulo 18

—Esto tiene que ser una broma de mal gusto.

Los ojos verdes de Patrick Farraday, vizconde de Weymouth, eran dos ranuras que rezumaban enojo.

—Voy a ir rellenando los impresos necesarios para recluirte en Bedlam, Alexandra —masculló Bridge.

—Cumplimenta otro a nombre de la vizcondesa, si eres tan amable —pidió su compañero sin dejar de mirar a su esposa como si quisiera matarla.

—No seáis obtusos, por favor —protestó Liliana.

—¿Qué problema puede haber? —apoyó Alex.

Se encontraban en Hardstone Manor y discutían desde hacía más de una hora. Ellas habían decidido contarles su incursión y lo que tenían en mente, obcecadas por descubrir las rapacerías de Henderson. Ellos, por supuesto, notablemente enfadados por el peligro que habían corrido, no atendían a razones.

—¡Henderson puede estar detrás de un asesinato, por todos los infiernos! —estalló Patrick—. Dejadme a mí este asunto y no os metáis en más líos. Si os llegan a pescar olisqueando en casa de lord Egerton, ahora estaríais las dos en Newgate.

—Pero no nos han pillado.

—¿Os dais cuenta de verdad del riesgo al que os habéis expuesto? —insistió Daniel cargado de razón.

—No ha sido tan...

—¡Se acabó! —zanjó el vizconde descargando la palma de su mano en el brazo del asiento que ocupaba—. ¿Me habéis oído? Esta locura ha llegado a su fin. Me encargaré de vigilar al secretario del señor Planta y averiguaré...

—Hasta ahora, querido esposo, no es que hayas averiguado demasiado que se diga —replicó Lili—. Si Henderson tiene algo que ver con el asesinato de ese hombre al que contrató, del que nos ha hablado Daniel, tenemos que pararle los pies.

—Muy bien, pero, desde luego, no vais a ser vosotras.

—Olvidaos de hacer de cebo —medió Bridge—. Es un desvarío que no vamos a consentir.

—Una mula irlandesa es más sensata que vosotros dos juntos —protestó Alex—. Hay que hacer que hable. El libro de entradas es la clave, ahora lo sé. Y nosotras no lo vemos tan complicado: solo hay que preguntarle la causa por la que, en algunas páginas, no ha anotado nada en la última casilla. Estoy segura de que han sido falsificadas después de los hurtos.

—Estás como una cabra —bufó Daniel, aunque reconocía que su argumento era del todo lógico.

—En nosotras no verá peligro, a fin de cuenta somos solo dos pobres y tontas mujeres a las que creerá que puede engañar —intervino Lili. Parecía muy convencida de lo que decía, pero se le fue apagando la voz según hablaba y, de pronto, se levantó como si le hubieran salido espinas al asiento y salió a la carrera cubriéndose la boca con las manos.

Se miraron unos a otros, un poco desconcertados, antes de que Patrick fuera tras ella. Acto seguido, Daniel les siguió.

Alexandra se quedó a solas. Como a ellos, la repentina palidez de Liliana le preocupaba; esperaba que solo fuera fruto de la acalorada discusión, que no se tratara de nada importante. Sin embargo, tardaban en volver y comenzó a impacientarse. A punto estaba de ir en su busca cuando regresó Daniel, con la chaqueta colgada del brazo y bajándose las mangas de la camisa. Detuvo de inmediato su nervioso ir y venir por la sala y se le acercó con gesto contrito.

—¿Qué es lo que...?

—Me temo que tendréis que posponer vuestra chifladura.

—Pero...

—Al menos por unos cuantos meses. Digamos que lady Weymouth tiene ahora otras preocupaciones de mucho más peso, nada menos que la de cuidar su embarazo.

Alex abrió los ojos como platos, se le iluminó la cara y no pudo evitar dar unas palmadas de alegría.

—¡Va a tener un bebé! —dijo con entusiasmo.

—Si entiendo algo de medicina, dentro de unos siete meses. No, no, déjales intimidad ahora, Alex.

—La retuvo tomándola de la muñeca antes de que saliera, aprovechando para estrecharla entre sus brazos y darle un suave beso en los labios—. Es su momento, permite que lo disfruten a solas.

—Tienes razón, no lo había pensado. Lo cierto es que no me imagino a una mujer tan emprendedora como Lili haciéndose cargo de un bebé.

—Seguro que va a ser una madre estupenda. Poco convencional, eso sí. Yo a ti, en cambio, sí te imagino con nuestro hijo en los brazos.

Evocando lo que habrían de hacer para que llegara a ocurrir, a la joven se le encendieron las mejillas y lo miró a los ojos.

—Para eso, primero tenemos que casarnos. Y que yo recuerde, no te he aceptado aún, a pesar de la intervención de la abuela.

Daniel rio de buena gana y no dijo nada, se limitó a saborear un poco más la boca de Alexandra para, un largo minuto después, tomar el rostro de la mujer que amaba entre sus manos.

—Ya me has dado el sí.

—¿De veras? ¿Cuándo ha sido eso que no me he enterado, doctor Bridge? —bromeó ella echándole los brazos al cuello.

—¡Qué mala memoria tienes! Me lo estás dando cada vez que me besas.

Ella le hizo callar pegando de nuevo sus labios a los de él, perdiendo, como solía ser habitual últimamente, la noción del tiempo y del lugar en el que se encontraban. Al separarse, Alex tenía un brillo especial en los ojos y una sonrisa hechicera y bribona que alertó de inmediato a Daniel.

—Me casaré contigo con una condición —susurró mientras el dedo índice hacía diabluras en el cuello masculino.

A él no le cupo duda de que acababa de perder. No una batalla sino la guerra.

—¿Y es...?

—Que me dejes entrevistarme con Henderson.

Daniel Bridge supo que ella había vencido. No dijo nada, tan solo dejó escapar un largo suspiro de derrota.

## Capítulo 19

Era la hora de cerrar el museo al público, los últimos visitantes acababan de marcharse y Henderson se dirigió a su despacho para recoger su cartera.

Se quedó clavado en el umbral al encontrar a Alexandra ocupando su silla tras el escritorio.

—Buenas tardes —saludó ella muy sonriente, moviendo en el aire los dedos de una mano.

—Señorita Tanner. —Entró y cerró, quedando ante ella con las manos cruzadas a la espalda y una mueca en los labios—. ¿Puedo ayudarla en algo?

Ella había entrado en el museo como una visitante más, burlado la vigilancia del guardia de seguridad, y después se había colado en el despacho del secretario de Joseph Planta, a la espera de que apareciera. Nadie, salvo Daniel, escondido en el cuarto donde se guardaban los útiles de limpieza, sabía que estaba allí. Ni siquiera el bibliotecario principal, evitando de ese modo poner a Henderson sobre aviso.

Según habían ideado, Daniel solo aparecería en el momento justo, cuando ella hubiera conseguido la confesión de Henderson. Si estaba equivocada, le pedirían mil disculpas por el agravio; en caso contrario, llamarían a los agentes que estaban fuera y lo arrestarían.

Patrick había insistido en apostar a una pareja de *runners* cubriendo las dos salidas del edificio. Por tanto, según ella, todo estaba controlado y nada podía salir mal.

Aguardando la llegada del secretario, Alex, entretanto, había estado echando un vistazo al despacho. No era demasiado grande, pero sí bastante cómodo y acogedor. Una buena reproducción de *La Asunción de la Virgen*, de Tiziano, colgaba de la pared de la derecha. En el muro opuesto, un dibujo a carboncillo del dios Anubis. A ambos lados de la mesa, un par de candelabros de primorosa confección. Se notaba que al hombre que ocupaba la habitación le gustaba rodearse de la belleza de determinados objetos.

—Lamento robarle su tiempo, señor Henderson —dijo la muchacha sin hacer intención de dejar libre el asiento—. Estará deseoso de acabar su jornada, pero necesito que me aclare una cosa.

Puso entonces sobre la mesa el libro de entradas que había estado revisando días antes.

A Norman le cambió el gesto.

—Creí que había terminado ya con eso.

—No del todo. Verá... —Abrió el libro por una de las páginas, le dio vuelta y lo empujó hacia él—. Me intriga el hecho de que justo en esta hoja no haya nada anotado en la última línea. En esta otra pasa igual. —Mostró otra—. Y aquí, también. —Enseñó una tercera.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Puede que ninguna... Siempre que la hoja no haya sido falseada.

—¿Qué trata de decirme, señorita Tanner?

—¿Tal vez que cada página con una línea vacía es porque ha desaparecido una obra de arte? — insinuó.

Lo vio ponerse rígido y se felicitó. Acababa de dar en el clavo, no estaba equivocada en sus apreciaciones.

—Si esto es una muestra de su nefasto sentido del humor...

Ella negó con la cabeza y los ojos masculinos se entornaron al mirarla. Henderson pretendía aparentar tranquilidad, incluso desinterés por lo que ella señalaba. Pero había comenzado a frotarse las manos contra la levita con un tic nervioso. Fue suficiente para que Alex jugara su siguiente carta:

—Es inútil que niegue la evidencia, señor Henderson. Su cómplice ha soltado la lengua, está en las dependencias de los *runners* y le acusa directamente de un asesinato.

Aunque perdió el color de la cara, él guardó silencio. Se limitó a dar la espalda a la muchacha, cerrar la puerta con llave y metérsela en el bolsillo interior de la levita. Acto que no le pasó desapercibido a ella, haciendo que se pusiera en guardia.

—Ha cometido una tontería viniendo sola, señorita Tanner.

—¿Quién dice que lo haya hecho así?

—No veo aquí a nadie más.

—Nunca se debe dar nada por obvio, señor mío.

Él hizo un gesto vago, de no creerla. Se acercó a la ventana y echó la cortina. Luego se giró para enfrentarla.

—De modo que esa zorra de lady Vaughan no ha sabido mantener la boca cerrada en cuanto le han apretado un poco las clavijas, ¿eh?

Escuchando aquel nombre, fue Alexandra quien se quedó más blanca que el papel.

\*\*\*

Daniel maldijo veinte veces seguidas la estúpida idea de haberse escondido en aquel cuartucho.

Según lo previsto, tenía que procurar que nadie lo viese, no convenía que el vigilante lo descubriera y todo el plan se fuera al garete. Debía esperar un tiempo prudente para que Alexandra consiguiera sonsacar una confesión al secretario de Planta —si es que lograba hacerlo— antes de entrar en el despacho. ¡Pero estaba encerrado! No entendía cómo, pero la puerta parecía haberse atrancado y no era capaz de abrirla.

«Sabía que esto era una locura. Lo sabía, maldita sea», se flageló.

Imaginar a Alex a solas con un sujeto que podía ser un asesino le puso el vello de punta. Ella basaba su confianza en su apoyo, y él, como un cretino, estaba confinado allí, con los nervios a flor de piel y temiendo lo peor. Conocía a la mujer con la que iba a casarse, sabía que se arriesgaría al límite para conseguir que el sospechoso hablase, se aventuraría hasta donde fuese necesario con tal

de alcanzar su propósito. ¡Qué escaso de miras había sido permitiendo que Alex...!

Inspiró hondo y retrocedió. No era mucho el espacio que tenía para arremeter contra la puerta, pero tenía que salir de allí fuera como fuese. Sin contemplaciones, lanzó una patada a la altura de la cerradura. La condenada madera resistió. Fuera de sí, con el pánico a punto de bloquearlo, trató de hallar a su alrededor cualquier utensilio, cualquier trasto que le permitiera forzar la maldita cerradura. Pero aparte de cubos, trapos y escobas, nada había en el cubículo que le fuera útil.

Se maldijo una y otra vez para concluir que solo había una manera. Tomó impulso de nuevo y asestó otro potente golpe a la puerta. Aquella vez se astilló un poco, insuflándole renovados bríos.

\*\*\*

—Lady Vaughan.

La voz de la muchacha sonó un poco menos fiable al pronunciar el nombre de la dama a la que él se refería, aunque trató de permanecer firme, tan hierática como hasta entonces. ¿De modo que estaba confundida de medio a medio con lord Egerton? ¡Valiente detective estaba hecha! Le resultaba incomprensible que la esposa del baronet estuviera implicada en los robos. Era de dominio público la tacañería de sir Arnold Vaughan para con su mujer, aunque se sabía que gastaba el dinero en las mesas de juego, pero que ella se atreviera a llegar tan lejos para complementar su fuente de ingresos... No le cabía en la cabeza.

—Una perra —la despreció insultándola el secretario— que ni siquiera es capaz de mantener a su esposo junto a sus faldas.

Alex estaba atónita. Tenía que decir algo, cualquier cosa para no dar a entender a Henderson que no esperaba una noticia como aquella. Se rehízo como pudo y declaró:

—Al menos a ella no la acusarán de ser una criminal.

—En eso se equivoca. Fue ella la que se encargó de eliminar al hombre que ocupaba antes mi cargo.

La frialdad con la que se expresaba el sujeto de su cómplice la llevó a disimular más su estupefacción.

—¿Me está diciendo que lady Vaughan asesinó al señor Smith?

—Va entendiendo. No le resultó complicado, se lo aseguro. Como tampoco lo será para mí deshacerme de usted.

## Capítulo 20

Alex tuvo conciencia de lo precario y expuesto de su situación, lo que se tradujo en una pérdida de convicción que se reflejó en su semblante y que él, concentrado, supo captar. Exhibiendo la dosis de suficiencia de quien se cree en posición de dominio, se acomodó en una de las esquinas de la mesa sonriendo, convencido de su control sobre aquella advenediza, despreciándola e incluso vanagloriándose de sus vilezas y de las de su cómplice.

—O sea, que la solución a la que ha llegado es que va a eliminarme. Va a matarme, ¿no es eso? Un error imperdonable, señor Henderson, porque son varios de mis allegados quienes están al corriente de que he venido a verlo y será el primer sospechoso.

Pretendió mostrarse voluntariosa, pero a su reacción anímica le contradecía el temblor de sus rodillas, una prolongación del pánico que empezaba a menguar su ánimo.

—Para cuando encuentren su cadáver ya estaré muy lejos. He reunido una pequeña fortuna y no me molestará cambiar de aires. Es una lástima, eso sí, que sus estúpidas pesquisas hayan dado al traste con un negocio rentable, pero todo se acaba, ¿no cree? Sí, querida, yo me iré, lady Vaughan acabará colgando de una soga y a usted los suyos le encargarán una bonita lápida.

—¡Cómo se puede alcanzar tanta infamia! ¡Es usted un auténtico hijo de...!

—Guárdese sus invectivas, no me hacen mella.

Toda esperanza de Alex se basaba en la irrupción de Daniel por la puerta a la que echó una rápida mirada. Si todo marchaba de acuerdo al plan que habían trazado, ya debía estar fuera y, por tanto, tenía que haber escuchado la conversación. ¡Y la amenaza de matarla! Entonces, ¿por qué no echaba la puerta abajo y entraba a socorrerla? ¿A qué estaba esperando? ¿Dónde diablos se había metido?

Tenía que ganar tiempo como fuera, así que probó diciendo:

—Todos sabemos que sir Arnold nunca ha sido espléndido con su esposa. ¿De dónde sacaba el dinero para pagarle a usted?

—Es usted una auténtica cotilla, querida.

—No lo niego. Pero si, como dice, está dispuesto a matarme, deme al menos la satisfacción de enterarme de sus enredos. A un condenado siempre se le concede un último deseo.

—Reconozco que tiene agallas. ¿Por qué no acceder a lo que me pide? Unos minutos más no cambiarán nada. —Se levantó, rodeó la mesa y se colocó justo detrás de la muchacha. Su dedo corazón se paseó con lujuria por el cuello femenino provocando que ella se irguiera como un resorte —. Clarise comenzó encargándome pequeños hurtos antes de establecerse en Londres. Aquí pasó a negociar con algún que otro contrabandista. Pero quería más. Hasta donde yo sé, le propuso a Smith asociarse con ella. Él no aceptó entrar en su juego y amenazó con denunciarla. Era uno de esos

hombres íntegros a quien lady Vaughan no dudó en quitárselo de encima. Después, recomendó mi candidatura. Le aseguro que me presenté con excelentes referencias, por si quiere saberlo.

—Y empezó a robar piezas en el museo para ella.

—No veo que eso haya sido de especial relevancia para esta institución, las hay por decenas acumulando polvo en el sótano.

—¿También lo acumulaba la estatua de la diosa Maat? Eso sí que me tiene intrigada. —Se volvió un poco hacia él—. ¿Por qué arriesgarse a ser descubierto por el vigilante, cuando podía ir y venir a su antojo por el museo? ¿Por qué no llevársela sin más cualquier día, casi a la vista de todos?

—Fue un pedido de última hora para uno de sus clientes. Le insistí que me diera tiempo, pero no quiso escuchar. De haber hecho las cosas a mi manera ahora no estaría con un pie en el cadalso.

—Creo que...

—Bueno, ya está bien de charla, señorita Tanner. Levántese y venga conmigo —ordenó empujando la silla hacia atrás.

—¡¡Está usted loco si cree que voy a permitir que me asesine sin sacarle antes los ojos!! —vociferó Alex fuera de sí, aunque estos se le desorbitaron ante la pistola con la que Henderson la apuntaba.

—Levántese —repitió él con voz tranquila, acercándole el cañón del arma.

A ella le costó lo indecible ponerse en pie, las piernas amenazaban con no sostenerla, empezó a respirar con dificultad y se juró que, si salía de aquella, se lo pensaría mejor antes de meterse en otro lío semejante.

—¿Dónde me lleva?

—¡Camine y deje de hacer preguntas de una puñetera vez!

Como una exhalación, justo entonces, la puerta fue abierta con tanto ímpetu que golpeó contra el muro.

Bridge había estado sufriendo como nunca, con el corazón desbocado al escuchar el bramido de Alexandra y comprobar que el despacho estaba cerrado. No pensó, solo actuó urgido por la coyuntura en la que se la imaginó a ella: tomó distancia y se lanzó contra la madera con todo el peso de su cuerpo.

La sorpresa de su aparición le costó a Norman perder un par de segundos preciosos antes de rehacerse, olvidarse de la muchacha y apuntar a Daniel, el rival que ahora representaba el peligro más inmediato.

Craso error. No debió despreciar los arrestos de la chica. Porque antes de que Bridge se lanzara contra el secretario o este pudiese disparar, Alexandra agarró uno de los candelabros por la base, lo volteó en el aire y lo estrelló contra la cabeza de Henderson. Se pudo oír un desagradable crujido antes de que el secretario, con los ojos en blanco, apretase el gatillo en un acto reflejo que disparó el arma incrustando a bala en el techo. Luego se derrumbó en el suelo.

—¡¡Maldito seas Daniel!! ¡¿Dónde te habías metido?!

A él, doblado sobre sí mismo, le costaba trabajo respirar, le dolía horrores el hombro que había estrellado contra la puerta y el corazón parecía querer salirse del pecho. Se irguió, se acercó a ella, le quitó el candelabro que atenazaba en su mano para dejarlo caer, la abrazó y comenzó a comérsela a besos.

—Dios mío, mi amor, creí que te perdía —musitó él entrecortando las palabras—. Jamás en mi vida he pasado tanto miedo, Alex.

Ella le respondió con el peso del miedo latiendo aun en sus venas. Le echó los brazos al cuello y, medio llorando, medio riendo, le dijo:

—Pensaba en matarte mientras no aparecías. Ahora creo que fue un disparate solo imaginarlo, porque me gustan demasiado tus besos.

Ajenos a todo lo que no fuera ellos, no vieron entrar a los agentes de Patrick que, al escuchar el disparo, se apresuraron a llegar hasta el despacho. Aunque sí oyeron poco después que uno de ellos decía, refiriéndose a Henderson:

—Sigue vivo.

## Capítulo 21

*Tres meses después.*

Deberían haber conseguido una licencia especial para casarse. O marcharse a Gretna Green. A su padre incluso le hubiera encantado ya que él, según le contó en cierta ocasión, estuvo tentado de fugarse con su madre a ese lugar de Escocia. Pero su progenitora era harina de otro costal y se empeñó en hacer las cosas por la vía de la tradición, casi a la antigua usanza. Eso significó tres estresantes meses de preparativos que la desquiciaron, porque lo que más deseaba en el mundo era convertirse en la esposa de Daniel cuanto antes.

Las pruebas con la modista para confeccionarle el vestido de novia fueron desesperantes porque nada de lo que ella escogía se adaptaba a la concepción convencional de su madre: ella hubiera elegido una seda azul, su madre insistió en que fuera dorada; para el cabello, una simple cinta entrecruzada en los bucles le hubiera servido, su madre se empeñó en que llevara la diadema de brillantes con la que ella se había casado y que guardaba celosamente para aquella ocasión. Coincidieron solo en que la capa con la que se cubriría hasta entrar en la iglesia fuera blanca. La elección de los adornos florales provocó también otro choque: a Alex le importaba poco o nada la ornamentación de los bancos de la iglesia, pero su bendita madre, ¡cómo no!, porfió e impuso que se colocaran dalias blancas con rosas entremezcladas.

En lo único que Alexandra no cedió un ápice fue en las damas de honor: lady Liliana y la vizcondesa de Wickford. Ni una más. Quería que solo sus dos mejores amigas, además de aliadas y confidentes, fueran quienes la acompañasen hasta el altar. Florence, que se había salido con la suya en todo lo demás, tuvo que aceptarlo como mal menor porque para ella eso era una extravagancia.

—Solo espero que no le dé un mareo en medio de la ceremonia —murmuró, refiriéndose a Liliana y su embarazo.

Sin embargo, después de tanta complicación y tanta disputa, a punto ya de subir al carruaje con el distintivo de los Creston que habría de llevarla hasta Temple Church, Alex hubo de reconocer que se veía muy bonita. El vestido que lucía era precioso, y la diadema y la capa de piel blanca que lo complementaban le conferían un halo esplendoroso.

—Estás deslumbrante, querida, como una princesa— halagaron sus amigas Nicole y Lili, que le instaron a ascender al coche, tan nerviosas como ella misma.

—¿Necesitas algún consejo de última hora? —preguntó la primera apenas arrancó el carruaje.

—¿Qué tipo de consejo?

—Bueno... Pues...

—Que si estás al tanto de los pormenores de la primera noche, cariño —intervino Lili, frívola y

jocosa ante el repentino sonrojo de la esposa de Jason.

Alex sonrió y negó con la cabeza, aunque también se ruborizó.

No insistió la hija del duque y derivó la conversación hacia el banquete que tendría lugar en Creston House después de la ceremonia. James Rowland, conde de Creston, no había ahorrado gastos dando por supuesto que el acontecimiento daría que hablar. Aunque a la iglesia solo acudirían los familiares y amigos más allegados, en el convite se congregarían un buen número de personas de un entorno social muy caracterizado por evaluar y reprobar todo aquello que no se atuviera a cánones de sofisticación, elegancia y refinamiento con los que solían convivir.

Junto a pulcros edificios y cuidados jardines, entre Fleet Street y la rivera del Támesis, la iglesia en la que Alexandra Tanner se convertiría en la señora Bridge se erguía con la majestuosidad de otros tiempos. Había sido construida en el siglo XII por los Caballeros Templarios y era una de las más hermosas de Londres. Lady Vaughan, en cierta ocasión, había comentado que en ninguna otra iglesia se escuchaba la música sacra como allí.

Recordar a esa mujer hizo que sintiera cierta lástima por ella y por Norman Henderson, ambos encarcelados en Newgate, acusados de asesinato y expolio. Había actuado en conciencia ayudando a resolver el caso, pero no por ello dejaba de experimentar una pizca de zozobra por ser la causante directa de que pudieran pasar el resto de su vida entre rejas, si no de terminar en la horca.

Se obligó a olvidarse de ellos cuando se abrió la puerta del carruaje.

Como en un sueño, aceptó la mano de su padre para descender, recibió su beso en la mejilla y se apoyó en su brazo para llegar hasta la entrada del templo. Allí, él le retiró la capa, y en su rostro se dibujó la inevitable sonrisa de orgullo paterno.

—Estás preciosa, mi niña.

Alex caminó detrás de Nicole y Lili, portadoras de los pequeños cestos de flores con las que, según la tradición, se llamaba a su fertilidad.

Imaginarse con un hijo de Daniel en los brazos, o a él arrullándolo, hacía que el corazón se le desbocara de felicidad.

Mientras cruzaba el pasillo central, escuchando apenas la música del órgano, ni siquiera fue consciente de quienes se encontraban allí para ser testigos de su unión con el hombre al que amaba. Sabía que estarían los duques de Hatfield, los vizcondes de Maine, su tío James, la abuela, los vizcondes de Maveric, Patrick y sus padres, los condes de Hardstone... Pero ella solo podía ver las puntas de sus zapatos asomando por debajo del vestido al compás de sus pasos.

Según la costumbre se situó frente al altar, al lado izquierdo, aguardando la llegada de Daniel. Al verlo entrar poco después, vestido con un traje oscuro, camisa prístina y ese andar seguro que lo caracterizaba, hubo de contenerse para que no se le escapasen las lágrimas de pura dicha.

Luego, como si nada de lo que estaba ocurriendo fuese real, como si se tratara de una fantasía maravillosa, se oyó a sí misma pronunciando los votos y la profunda y varonil voz de Daniel haciéndole entrega de sus posesiones terrenales y prometiéndole amor y protección.

Solo se dio cuenta en toda su extensión de que acababa de convertirse en su esposa al escuchar la salva de aplausos al salir de la iglesia.

Ni supo ni quiso reprimirse y, saltándose cualquier norma de compostura o decoro usuales, sujetó a Daniel por las solapas de su levita, se aupó sobre las puntas de sus pies y lo besó.

Creyó oír algún carraspeo, alguna risita, pero ¿qué diablos le importaba? Daniel Bridge ya era su marido y tenía todo el derecho del mundo.

Durante el trayecto hasta Creston House no dejaron de mirarse a los ojos con las manos entrelazadas, conscientes ambos de que empezaban una vida nueva, la vida en común que habían soñado.

—Quiero hacerte la mujer más feliz de la tierra, Alex.

—Ya lo soy porque eres mío, el hombre que he escogido. Solo espero no defraudarte como esposa —musitó ella reclinándose en el pecho masculino, donde el corazón de su flamante esposo palpitaba al mismo ritmo acelerado que el de ella.

—Me conformo con no tener que sacarte de un lío cada semana —bromeó Daniel besando su rubio cabello.

—Prometo no crearte más problemas... en cuanto Lili y yo resolvamos un asuntillo.

Una sombra de duda arqueó las cejas de Bridge, tomó el rostro femenino entre sus manos y clavó sus ojos en los de Alex.

—¿Qué asuntillo?

—Bueno... Ahora que mi padre ha decidido que no volveremos a las excavaciones, algo tendré que hacer, ¿no crees? No voy a pasarme el día en reuniones de...

—¿Qué asuntillo, Alex? —insistió, alertado por la mirada chispeante y traviesa de ella.

—Parece que a lady Scarborough le han robado unas joyas.

—¡¡Maldita sea, mujer!! Ni se te ocurra...

Lo silenciaron los labios de ella uniéndose a los suyos. Daniel, perdido en el embrujo de aquella boca, renunció primero a pensar y después relegó el mundo al olvido.

# Epílogo

*Sevilla. Agosto de 1820*

La situación en España seguía siendo poco halagüeña, regida por un soberano que había pisoteado muchos de los derechos de su pueblo. El hijo de Carlos IV y María Luisa de Parma parecía haber aprendido poco de su obligada abdicación en Bayona y de las penurias que acarreó la guerra contra Napoleón. Rodeado siempre de aduladores que, a la postre, solo pretendían su beneficio personal, Fernando VII siempre hizo gala de un carácter irascible y egoísta. María Vélez nunca lo había visto con buenos ojos, considerándole un mal gobernante, con nula visión de futuro, además de un rey sin escrúpulos. Por eso continuaba oponiéndosele y mantenía estrecho contacto con los liberales, a los que el monarca no dejaba de acosar, encarcelar y, llegado el caso, fusilar.

A pesar de lo cual, Alexandra no había querido rechazar la invitación de la condesa viuda a visitar España y, en cuanto su amiga Lili hubo dado a luz al hijo que esperaba, un hermoso niño que colmó todas sus expectativas, instó a su esposo a viajar a Sevilla. Había escuchado tantas veces hablar a Jason de aquella ciudad, del río Guadalquivir que la bañaba y al que los árabes llamaron *al-wādi al-kabīr*, «el río grande», de sus gentes y de sus costumbres, que no quería perderse la ocasión de verlo todo con sus propios ojos.

Le costó convencer a Daniel, que se resistía a abandonar a sus pacientes de Whitechapel. Acudió en su ayuda el desinteresado ofrecimiento para cubrir su ausencia de Gabriel Newton, un joven médico que había comenzado a colaborar con él hacía meses, con lo que su marido se quedó sin opciones para negarle el capricho.

Sevilla no les defraudó. La ciudad desprendía un embrujo que rompía los esquemas urbanos que ellos conocían: su casco antiguo, de calles estrechas, casas abigarradas, pero con balcones y ventanas rebosantes de flores; gentes ajetreadas, bulliciosas, y el encanto de un pueblo, en definitiva, al que, pese a las dificultades, no le faltaba el humor para expresarlo con sus guitarras y sus cantos, de una profundidad nunca escuchada.

La hacienda de María Vélez, a las afueras de la ciudad, supuso para ellos un auténtico descubrimiento. Era un remanso de paz en el que la blancura de sus muros encalados contrastaba con las columnas que rodeaban un patio de estilo mudéjar, sustentando una balaustrada de madera barnizada a la que se accedía por una escalera de piedra labrada. Por entre la trabazón de sus listones se escurrían colgando por el perímetro ramas de cintas, geranios y petunias, y arriba, emergiendo sobre el tejado, las copas de pinos, magnolios y cipreses proyectaban su sombra y ampliaban los trinos de los pájaros a los que cobijaban. Y en el centro del patio, una fuente, también de piedra, de la que emergía un chorro de agua que esparcía sus gotas con el vago rumor de una

cascada.

Al amparo de aquel reducto de quietud Alex se acurrucó en el pecho de Daniel y estiró su brazo derecho hasta el hombro de su esposo, jugueteando primero con su cuello, bajando luego despacio, muy despacio, hacia el triángulo de piel que su camisa abierta le permitía disfrutar.

—Deja de hacer eso.

Agachó un poco más la cabeza y sonrió para sí. Le era tan fácil excitarlo... Por ella, hubieran hecho el amor allí mismo, a cobijo de la enorme palmera cuyas espinosas hojas rozaban la barandilla del primer piso de la casa. Llevaba allí, según la abuela, desde que su propio padre la plantara para conmemorar su nacimiento.

—Aquí hace calor. ¿No podríamos ir un ratito arriba? —insinuó con picardía, pasando el índice por el pecho masculino hasta llegar y detenerse en la cinturilla del pantalón.

—Acabamos de casarnos y ya quieres quedarte viuda, ¿verdad?

Alexandra se echó a reír, se levantó, se acomodó sobre las rodillas de Daniel, encerró su rostro entre sus manos y lo besó en la boca.

—Te amo.

—Y yo a ti. Pero hasta un hombre como yo, enamorado hasta la médula, por mucha virilidad de la que esté dotado, necesita un descanso.

—La abuela dice que quiere otro bisnieto.

—¿Tu abuela también? Lo dicho: vais a matarme —rezongó, aunque sus labios se estiraron en una sonrisa satisfecha—. Creo que ninguna de las dos va a parar hasta conseguirlo.

Las carcajadas de Alex resonaron en el patio. Se cubrió la boca para aplacarlas al ver aparecer a una mujer bajita, algo regordeta, que lucía un lustroso cabello negro recogido en un austero moño. Los ojos de la criada de María Vélez brillaron de regocijo ante una pareja tan encariñada.

—¿No les gustaría refrescarse un poco con la limonada que les traigo? —preguntó, depositando una bandeja con dos vasos y una jarra sobre la mesita que estaba a su lado—. Se la sirvo aquí... ¿o prefieren tomarla en otro lugar más privado? —dejó caer con la carga socarrona que suelen dar los años.

Daniel miró a Alex y luego puso los ojos en blanco. Ella le devolvió la mirada. Y entonces, sin más, rompieron ambos a reír.

—¡Dios bendito! Es imposible. Ya no son dos, son tres mujeres las que me incitan. —Pretendió lamentarse con fingida quejumbre que, al instante, desmintieron sus actos. Hizo que Alex bajara de sus rodillas, se levantó, la tomó en brazos y se encaminó hacia la hermosa escalinata por la que se ascendía a las habitaciones.

Rocío, la cocinera de la condesa viuda, los vio subir besándose como dos adolescentes, mientras movía la cabeza y contemplaba cómo se desarrolla el ritual en el que se sustenta la humanidad.

FIN

# Agradecimientos

En primer lugar, a mi equipo. Sus comentarios, los datos que me aportan, las bromas mientras corregimos y lo que me enseñan, no se paga con nada.

A quienes acabáis de leer esta nueva aventura: gracias infinitas por acompañarme una vez más, por vuestros constantes mensajes en las RRSS regalándome afecto. Y por no cesar de pedirme más historias.

Quiero hacer mención especial a Francesca Hillier, *Senior Archivist* del *British Museum*, que tuvo la gentileza de contestar a mi consulta informándome del nombre del bibliotecario principal en 1819, Joseph Planta.

A todos, mi infinito cariño.

## Nota de autora

Desde que se publicó la segunda entrega de la trilogía «Un romance en Londres», no habéis dejado de pedirme la historia de Alexandra Tanner y Daniel Bridge. Ahora os la entrego, vuestra es y espero no defraudaros.

Como en todas mis novelas, en esta también se han colado personajes reales que intervienen en la historia, y me gustaría presentaros a alguno de ellos, así como datos que pueden ser de vuestro interés.

De Giovanni Battista Belzoni, con el que trabajan los Tanner, ya hice referencia en *Ódiame de día, ámame de noche*, pero para quien no la haya leído diré que nació en Padua, se casó con Sarah Banne y en 1815 decidió viajar a Egipto. Uno de sus trabajos más importantes fue despejar de arena el templo de Abu Simbel en 1817, aunque también expolió varias tumbas de famosos faraones en el Valle de los Reyes. Exploró los templos de Edfu, File y Elefantina, y muchos de los objetos que ahora se muestran en el Museo Británico fueron hallados por él.

El primer edificio con el nombre de la familia Montagu, en Bloomsbury, una de las zonas de élite de Londres del siglo XVII, fue diseñado por Robert Hooke para Ralph Montagu, por aquel entonces embajador inglés en suelo francés. La construcción sufrió un incendio en 1686 y fue levantada de nuevo por el arquitecto Pouget. Fue este segundo edificio el que acabó siendo adquirido por el Gobierno en 1755 para convertirlo, en 1759, en la primera sede del Museo Británico.

La draisiana, tal como explico en la historia, fue ideada por el barón alemán Karl C. Ludwig Drais von Sauerbronn, al que he introducido en la novela como un amigo personal de Jason Rowland, el primo de Alexandra. De este invento tenéis un artículo más amplio en mi blog.

Sir John Lister-Kaye, 1er Baronet, es un personaje real que nació en 1772 y murió en 1827. Fue un afamado jugador de cricket de primera clase del Marylebone Cricket Club y del Surrey. Se ha llegado a decir que su familia descendía de un caballero de la Mesa Redonda del Rey Arturo. Sus propiedades incluían varias mansiones y múltiples tierras, y se casó con lady Amelia Grey, la sexta hija del conde de Stamford y Warrington en el año 1800.

Por último, me he tomado la licencia de hacer referencia a la obra de Lope de Vega, *El perro del hortelano*. La historia proviene de una antigua fábula griega atribuida a Esopo, aunque no está confirmado, y en cada país se la conoce con un nombre distinto. Y ese antiguo cuento habla, como cita Laura Gibbs, «de un perro tirado en un pesebre que no se comió el grano, pero que sin embargo impidió que el caballo pudiera comer cualquier cosa». La obra de Lope aborda el tema de los celos, y la protagonista, enamorada de su secretario, no acaba de permitirle que la corteje y tampoco le deja

que regale requiebros a otra mujer. Me venía como anillo al dedo para acabar la discusión de Alexandra con Daniel, y siempre es un placer recordar a este extraordinario dramaturgo.

Ya sabéis que podéis poneros en contacto conmigo a través de las RRSS y de mi correo personal. Me encantaría conocer vuestras opiniones.

<https://nieveshidalgo.blogspot.com/>

<https://www.facebook.com/escritoranieveshidalgo/>

<https://twitter.com/0rgullosaj0n>

[nhidalgodelacalle@hotmail.es](mailto:nhidalgodelacalle@hotmail.es)

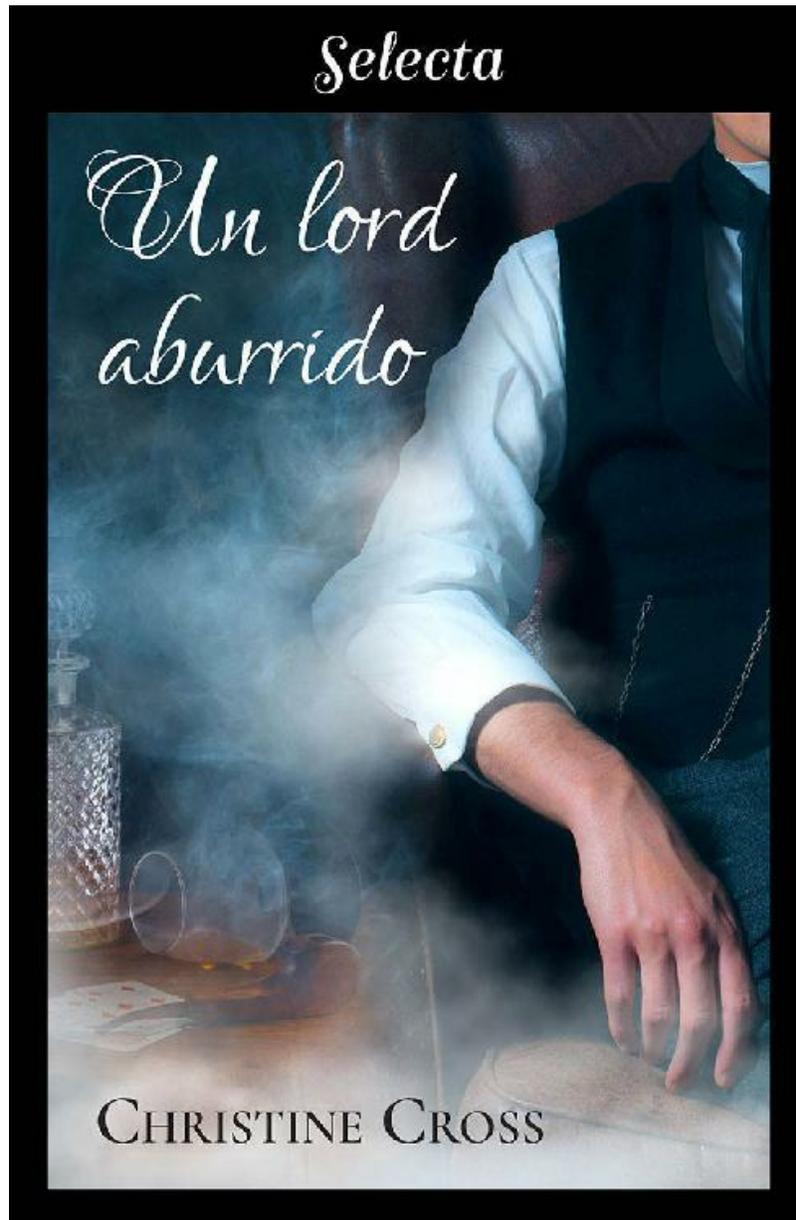
Si te ha gustado

*Alex, la indómita sobrina del conde*

te recomendamos comenzar a leer

*Un lord aburrido*

de *Christine Cross*



Prólogo

Ni una sola luz iluminaba la fachada de la casa.

Robert Marston gruñó de nuevo cuando Barlow volvió a insistir en entrar con él al interior del edificio. Aquella era la última entrega que tenía que hacer. Llevaba los papeles escondidos en el doble forro de su casaca, y a pesar de su importancia, no le interesaban mucho en ese momento.

Su único pensamiento se dirigía hacia Helena. La honorable Helena Winslow trabajaba para el Ministerio y actuaba como enlace con los espías ingleses instalados en Francia. Era su amante, pero esperaba que ese mismo día aceptara convertirse en su esposa. Por eso, la insistencia de Barlow en acompañarlo suponía algo más que una molestia.

—De verdad que no es necesario que entres conmigo —le aseguró una vez más.

—Esto no me gusta, Marston —replicó en lo que a él le sonó como una mala imitación de David Langdon, su mejor amigo. Tendría que haber sido él quien lo acompañase en esa sencilla misión, pero tenía unos asuntos pendientes y le había resultado imposible—. Si nos están esperando, ¿por qué no hay luces encendidas?

Lo cierto era que él también se había preguntado lo mismo. Helena solía dejar encendidas algunas velas. La luz ambarina se derramaba desde el interior por las ventanas de la fachada, que, en esta ocasión, permanecía a oscuras.

Robert se dirigió a la puerta y abrió con la llave que ella le había facilitado. Por lo general, no había criados los días que él la visitaba. Entraron en el oscuro vestíbulo y se detuvieron un momento para acostumbrar sus ojos a la oscuridad. Después de un momento, pudo ver la rendija de luz tenue que se filtraba por debajo de la puerta que daba acceso a la sala de visitas. Encaminó sus pasos hacia allí mientras se preguntaba cómo demonios iba a librarse de Barlow. El joven tenía el ceño fruncido y una actitud nerviosa que empezaba a molestarle.

—Tal vez sería mejor que esperases aquí —le dijo. Si Helena vestía solo un *negligé*, como era su costumbre cuando lo recibía, no quería que su acompañante la viese. La honorable señorita Winslow era una mujer hermosa y dotada de muchos encantos que Robert quería solo para sí. Metió la mano en el bolsillo y palpó el anillo que había comprado para pedirle matrimonio.

Sonrió confiado. Estaba seguro de que ella no lo rechazaría.

—Prefiero entrar contigo —repuso su compañero con gesto hosco—. Esto sigue sin gustarme.

Robert apretó los dientes disgustado. David había tenido razón cuando le había dicho que Barlow era un pardillo, y su actitud recelosa lo demostraba.

—Como quieras.

Estaba seguro de que Helena los había escuchado hablar, así que confiaba en que se hubiese percatado de que, en esta ocasión, no venía solo. Abrió la puerta y entraron en la sala. La calidez de la estancia los envolvió enseguida y Robert se estremeció por el contraste con el frío que reinaba en el exterior. El fuego ardía alegre en el hogar, iluminando la sombría habitación.

Helena vestía un elegante traje de terciopelo de color burdeos. Se hallaba de espaldas, frente a un pequeño secreter en el que sabía guardaba algunas bebidas. Supuso que estaría sirviendo unas copas. Se preguntó si, en realidad, no se había dado cuenta de que no se hallaba solo.

—Buenas noches, señorita Winslow. —El trato formal debería ser suficiente para que ella captase el problema, pero, por si acaso, añadió—: El señor Barlow ha decidido acompañarnos esta noche.

—Lo sé —contestó ella, aunque sin volverse todavía, mientras seguía manipulando lo que fuese que tenía entre manos—. Y es una pena.

Su cuerpo se tensó cuando Helena se giró, sosteniendo en cada mano una pistola. Escuchó el jadeo de su compañero, pero no lo miró. Toda su atención se centraba en la mujer que había sido su amante durante los últimos meses.

—Helena...

Ella le sonrió, pero esta vez su sonrisa tenía algo diferente, un matiz burlón que lo sorprendió.

—Hubiera preferido que no fuese así, pero en este trabajo siempre hay daños colaterales.

Robert se sorprendió cuando la sorda detonación reverberó en el estrecho espacio y el olor a pólvora llenó el aire. Vio a Barlow caer. Su rostro, una máscara mezcla de sorpresa y horror. Actuó por un instinto agudizado por la experiencia acumulada de los años. De pronto, se encontró encañonando con su propia arma a la mujer que amaba y con la que había decidido casarse.

Hubiese debido decirle que soltase la pistola, pero no fueron esas las palabras que surgieron de su boca.

—¿Por qué, Helena?

Se maldijo a sí mismo por el dolor que traslucía su pregunta. Vio cómo ella se encogía de hombros con delicadeza; un gesto que siempre le había resultado seductor, pero que, en ese momento, hizo que un nudo se apretara en su estómago.

—Los franceses pagan mejor, querido —repuso con fría indiferencia. Robert se preguntó si en verdad había llegado a conocerla en algún momento—. La información que me has entregado y los papeles que llevas encima me proporcionarán un buen dinero con el que mi amante y yo podremos darnos un frívolo capricho. —Vio el gesto en el rostro del hombre y esbozó una sonrisa burlona—. ¿Pensaste acaso que eras el único para mí? No te lo tomes a mal, Robert, eres un gran amante, pero los ingleses sois tan... fríos y estirados.

Aquellas palabras lo golpearon con dureza. Habían vivido encuentros apasionados entre aquellas paredes, llenos de ternura y de amor. ¿Cómo podía decir que era frío? Su cuerpo tembló. Le dolían los músculos por la tensión que soportaba y sentía que algo se había quebrado en su corazón, pero se obligó a mantener la serenidad.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Matarte, querido, por supuesto —comentó con naturalidad—. Sin embargo, me gustaría que me entregases antes los últimos papeles que llevas encima. No me agradaría que resultasen dañados cuando te atravesase el corazón.

Robert apretó la mandíbula con fuerza mientras trataba de contener la furia interior que lo azotaba. Ella lo había engañado, lo había usado y ahora pretendía deshacerse de él.

—Puede que te mate yo primero.

La carcajada cristalina que brotó de la garganta femenina le provocó un estremecimiento. ¿Cuántas veces se había reído ella así cuando hacían el amor? No, se recordó a sí mismo. Aquello no había sido amor, solo una hábil manipulación, y él, como si fuera un novato, había caído en las redes de la seducción y había hecho que un hombre muriera.

—Robert, querido, siento decírtelo, pero tú no me dispararías —replicó. El convencimiento con el que pronunció las palabras le provocó un escalofrío.

—No estés tan segura —declaró con frialdad.

—Oh, pero lo estoy. —Tiró de los cordones que sujetaban el corpiño de su vestido y sus pechos blancos y cremosos emergieron—. Aquí tienes, querido, dispárame. —La mano de Robert tembló ligeramente y un sudor frío cubrió su frente. Se maldijo a sí mismo cuando clavó los ojos en la mirada azul de Helena. A pesar del brillo burlón que danzaba en ellos, supo que tenía razón—. Basta ya de cháchara. Acabemos con esto.

Le sorprendió la rapidez con la que todo sucedió. Escuchó la detonación y notó el impacto de la bala en su cuerpo, que lo arrojó contra el suelo. El golpe lo dejó sin respiración por unos momentos y sintió que una fría neblina lo envolvía.

¿De verdad su vida iba a acabar así?

El pulsante dolor en el pecho lo hizo volver en sí. Su amante se había acomodado en el sillón y lo estudiaba con desapasionada curiosidad.

—He... lina.

Ella se agachó a su lado, indiferente a la palidez de su rostro y al dolor que crispaba su boca, y comenzó a palpar su cuerpo en busca de los papeles del Gobierno. Robert la aferró por la muñeca, con tanta fuerza, que ella soltó un jadeo sorprendido, aunque logró desprenderse de su agarre.

—Si no hubieses sido tan honorable y tan leal, Robert —le dijo, acomodándose de nuevo en el sillón cuando tuvo los papeles en su poder—, podría haberte tentado para que te unieras a mí. Con tu inteligencia y la mía podríamos haber realizado grandes empresas.

Robert se dio cuenta de que lo lamentaba de verdad. Entonces comprendió que todo el juego de seducción que ella había empleado con él había ido dirigido a conseguir su colaboración. Pero había fallado, y él dio gracias por no haberse convertido en un Judas para su país.

—¿Nunca... me amaste?

Aunque lo formuló como una pregunta, en su interior sabía que era una afirmación. Y este conocimiento le dolía más que el hecho de que ella deseara verlo muerto, porque él le había confiado su amor sin reservas.

—El amor, querido, es una quimera digna de un tonto romántico como tú —le espetó con cinismo—. ¿Acaso el amor te da de comer?, ¿puede comprarte joyas y lujos? No, Robert, nunca te amé, soy

demasiado práctica para eso. Además, descubrí hace mucho tiempo que carezco de corazón.

—¿Cómo pudiste...?

Helena esbozó una sonrisa sensual y, a su pesar, Robert sintió el tirón del deseo en su cuerpo. Sintió asco de sí mismo.

—¿Acostarme contigo, *chéri*? No niego que disfruté de tus encantos, al principio.

—Eres una...

Le sobrevino un repentino acceso de tos, y el dolor del pecho se tornó tan insoportable que pensó que perdería el conocimiento. Apretó los dientes y se esforzó por mantenerse lúcido. La vista se le nubló, pero alcanzó a ver cómo ella limpiaba la recámara del arma para volver a cargarla.

—He... lena.

—Lo siento, querido, no dispongo de más tiempo para charlar contigo, he de tomar un barco para Calais —le dijo. Se inclinó de nuevo hacia él y lo besó en los labios. Robert se odió a sí mismo por estremecerse ante aquel gesto hipócrita, y habría deseado tener la fuerza suficiente para apretar aquel elegante cuello femenino hasta que dejase de respirar, pero sentía que la vida se le escapaba del cuerpo—. Es una lástima tener que dispararle a alguien tan hermoso como tú. Posees el rostro de un ángel, ¿lo sabías? Siempre te tuve un poco de envidia por ello. En fin, nunca me ha gustado alargar las despedidas. *Au revoir, mon cher*.

A través de la neblina que cubría sus ojos, vio el cañón de la pistola, incandescente por el reflejo del fuego de la chimenea. Dejó que sus párpados se cerrasen mientras se evadía del dolor a un lugar de su mente cargado de recuerdos de sus seres queridos. Vio el rostro de su madre sonriéndole amorosamente, sintió la mano cálida del duque en su hombro mientras le decía que estaba orgulloso de él; oyó las risas felices producidas por los juegos infantiles con sus hermanos. Le causó un profundo dolor saber que ya no formaría parte de ellos, no al menos en este mundo.

Escuchó la detonación como un eco lejano, pero no sintió el dolor del impacto. Pensó que, quizás, ya había muerto antes de que ella volviese a disparar.

—No te puedes morir, ¿me oyes? —El obscuro juramento que acompañó a estas palabras, y la fuerza con la que sacudieron su cuerpo, le hicieron gruñir de dolor—. Maldita sea, Robert, abre los ojos de una vez.

—¿Da... vid?

—Sí, y acabo de salvarte tu patético trasero. —El alivio tiñó su voz—. Así que haz el favor de colaborar un poco, ¿quieres?

—Hele...na.

—Está muerta. —La voz de su amigo temblaba de rabia mientras le retiraba el pañuelo del cuello y apretaba con este sobre la herida. Robert rechinó los dientes—. Alégrate. Si sientes el dolor es que todavía estás vivo —le aseguró con un gruñido—. Y quiero que sigas así mientras aviso al cochero para que traiga un médico. ¿De acuerdo?

Lo intentó. Intentó mantenerse consciente a la espera de que David regresara, pero, finalmente,

acabó sucumbiendo a la oscuridad. En medio de la negrura, un único pensamiento martilleó su mente: no volvería a caer en las redes de ninguna mujer.

## A veces el amor está reñido con el orgullo



Alexandra Tanner ha compartido desde pequeña el amor de sus padres por la egiptología. Sin embargo, no olvida la ciudad en la que nació, Londres, a la que regresaría con renovado entusiasmo tras cada expedición... si en ella no viviese Daniel Bridge; un hombre del que está enamorada desde que era adolescente, pero que la ha rechazado dos veces.

Decide no volver a humillarse, no demostrarle nunca más que lo ama, hacer como que no existe. Pero el inesperado robo de una obra de arte en el Museo Británico les

obliga a colaborar, a seguir las pocas pistas que tienen y a arriesgar incluso la vida.

Daniel, a pesar de querer alejarse de Alex porque no se siente digno de ella, acabará por darse cuenta de que no puede luchar contra lo que siente por esa díscola, intrigante y perturbadora muchacha que le quita el sueño.

**Nieves Hidalgo** es madrileña de nacimiento y devoradora impenitente de lectura. Escribe desde siempre por simple afición y durante años lo compaginó con su trabajo. En la actualidad se dedica en exclusiva a escribir. Comenzó escribiendo novelas románticas a principios de los 80, para el disfrute de sus amigas y compañeras de trabajo. En el 2007, movida por la insistencia de su más querida amiga, envió a varias editoriales algunas de sus novelas, y pronto tuvo respuesta de uno de los más importantes sellos de novela romántica en nuestro país: Ediciones B. Su primera novela publicada, *Lo que dure la eternidad* vio la luz en Marzo del 2008 de la mano del sello Vergara, que ha seguido apostando por sus novelas. Ha publicado también con Esencia y Booket, ambos sellos de Planeta.

Edición en formato digital: julio de 2020

© 2020, Nieves Hidalgo

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18122-91-0

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

### Capítulo 1

[1] Conoce la historia de Nicole y Jason en Ódiame de día, ámame de noche.

### Capítulo 4

[2] Puedes conocer su historia en Rivalés de día, amantes de noche.

### Capítulo 7

[3] Puedes conocer su historia en Días de ira, noches de pasión.

### Capítulo 14

[4] Conoce su historia en “Lili, la intrépida hija del duque”

# Índice

Alex, la indómita sobrina del conde

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Epílogo

Agradecimientos

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Nieves Hidalgo

Créditos

Notas